

EL AMANTE



Por Paul de Koch.

Traducida por

D. José Ignacio de Michelena.

—
TOMO II.



Cádiz.

IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA,
calle de la Torre, n.º 38½.

—
1847.

EL FINITE

En la Librería de

Traducida por

Es propiedad de la casa de Arjona.

TOMO II.



1847

IMPRESA DE FLORENCE E. DE ARJONA
Calle de la Torre, n. 63.

1847

La canción llorona.

Todos guardan el mas profundo silencio.

Mr. Pastoureau empieza su canción , pero con tono tan sentimental y pausado, que cada copla se hace eterna , á pesar de no contener mas que la historia de un carnero.

El trovador vacuno vá á cantar las desgracias é infortunios acaecidos al quinto carnero de Galatea, pero los espectadores pierden la paciencia y empiezan à murmurar entre sí:

—Temo mucho que el rebaño conste de

muchos carneros, dijo Bouchonnier con disgusto.

—Yo, dijo por su parte Isidoro, estoy deseando de ver llegar un lobo y armar un zafarrancho de mil demonios.

—Vamos, señores, piedad, piedad; dijo Elmonda sonriéndose. Apropósito, Isidoro, como sigue el tío?

—Muy bien.

—Cuando pensais ir á verlo?

—Por ahora vá despacio, necesito estar aquí para el pleito.

—Un pleito!!! y con quien?

—Con un tal Mr. de Riberprè... un hombre muy rico.

—Sí... sí... contestó Bouchonnier, lo he visto en la bolsa diferentes veces... es un hombre de muchas relaciones, dicen que tiene en su casa todas las noches unas reuniones soberbias.

—Sí, varias veces me ha convidado.

—Y no habeis ido, Isidoro?

—Muy pocas veces. Es un hombre que me choca en extremo, sin saber porquè. Es tan tenaz... tan...

—Mamà, Dios mio! exclamò Emelina, que teneis... temblais... estais amarilla... sentis algo?... os habeis puesto mala?

A esta exclamacion tan súbita, todos se volvieron hacia madama Clermont, y hasta el mismo Pastoureau dejó al sétimo carnero en una posicion bastante desagradable.

—No... no... señores... gracias... no tengo nada: dijo la madre de Emelina sonriéndose.

—No, vos lo ocultais... habeis temblado y os habeis puesto sumamente pàlida.

—No, hija mia, te has equivocado... tal vez algun vahido... el escesivo calor... pero este no es motivo para que dejen ustedes su conversacion... y este caballero su canto.

—No, señora, no tiene nada de particular que la música os haya molestado... mucho mas, siendo tan fúnebre. Y luego (continuó Elmonda á media voz) este Pastoureau es capaz de dar un síncope con sus carneros... me acordaré toda la vida de su endiablado rebaño. Estais mejor, amiguita? (dirijiéndose á madama Clermont) creo que si... os han vuelto los colores?

—Oh! mameita, me dais miedo.

La madre, por toda respuesta, abrazò á la hija. Esta la estrechó con frenesí. Isidoro las contemplò estasiado.

—Yo espero, dijo Bouchonnier, que nuestro apreciable vecino y estas señoras tengan la bondad de honrarnos hoy en la mesa. Quiero

que esto sea una fiesta improvisada. Las mas veces salen mejor que las que se calculan mucho.

—Amigo mio, interrumpió Elmonda, he hecho todo lo posible por obtener ese favor de madama Clermont y... no lo he podido conseguir, nos abandona.

—Abandonarnos!! oh! lo sentimos infinito. Emelina consultó á su madre con los ojos.

—Señores, no hay que apurarse: me quedo, dijo madama Clermont sonriéndose.

—Bien!

—Bravo!

Esta respuesta causó una satisfaccion general. Y el mismo Isidoro, à pesar del poco tiempo que conoce à estas damas, siente una inmensa complacencia.

En cuanto á Emelina no hay que decir nada: aficionada, como toda jóven, á oler y saber, saltaba de contento al pensar que iba á comer con tanta gente; y, aunque acostumbrada siempre á la casa de Elmonda, le parecia esta mas grande, mas hermosa que de lo ordinario; sin embargo, todo estaba lo mismo que siempre, esceptuando al jóven Isidoro, pero ya! es lo suficiente. Un chico elegante y guapo, le hace á cualquier muchacha cosquillas, y por mas inocente que sea, sien-

te un placer secreto solo con verlo y contemplarlo.

Madama Bouchonnier fué á cambiarse de vestido: so pretestó de que aquel la sofocaba mucho. El marido gordinflon desapareció, sin duda , para prevenir lo necesario: Mr. Pastoureau se sentó en un rincon y empezó á puntear varios acompañamientos , siguiendo á Emelina con los ojos y dirigiéndola continuos piropos y galanteos.

Isidoro se habia quedado mirando un libro de música ; mientras que madama Clermont no quitaba ojo del jóven y parecia tener algo que decirle.

La comadre Michelette atisbaba y callaba como una perra.

Al fin , Isidoro cerró el album de música, y sus ojos se encontraron con los de madama Clermont.

— Sois aficionado à la música , segun parece , le dijo esta.

— Un poquillo , señora.

— Teneis un gusto muy esquisito.

— Es verdad , señora , la música es una de las ciencias de Dios.

La madre de Emelina pareció reflexionar un instante ; al cabo prorrumpió:

— Me parece que os he oido hablar, ahora

poco, de un tal Mr. de Riberprè...

—En efecto, señora... tengo un pleitillo con él... lo conocéis vos?

—No, señor, pero una amiga mía... me ha hablado de él varias veces... porque lo conoce mucho.

—Yo, señora, no lo conozco mas que de vista. Pero me parece un hombre muy poco amable; sin embargo de que conmigo se ha mostrado muy fino, pero... le encuentro un aire tan falso... tan cauteloso... Es bastante rico y muy bien relacionado, pero á mí me importa poco, con tal que mi tío se salga con la suya.

—Y no habeis estado en ninguna de sus tertulias?

—No, señora, jamás me han llamado la atencion.

—Entonces no conoceréis...

—A su muger?... me parece que sí... Os dirè. Un dia estaba yo en su gabinete y entrò en él una jóven muy guapa, en bata de mañana, pero una bata magnífica: Mr. de Riberprè la tomó una mano y con la mayor atencion le dijo:

«Querida mia, os presento à Mr. Isidoro Marcelay.»

Yo hice una reverencia à esta señora tan

guapa , que era una morena muy linda , de ojos vivos y penetrantes. Sin duda , Mr. de Riberpré tiene una hija , pues aquella señora le dijo:

«Nuestra Elvina desea pasearse un poquito , voy à mandar enganchen la carretela.»

«Esa es mi señora , me dijo Mr. de Riberpré luego que la linda morena hubiera desaparecido. Es una de las mugeres mas hermosas que habitan en Paris. Tengo mi orgullo en eso , y en una hija... oh! que será un retrato á la madre.»

—Lo que es á la hija , jamás la he visto, pero me parece que la quiere mucho.

Un profundo suspiro , que madama Clermont no pudiera retener , interrumpió la narración de Isidoro. La madre de Emelina estaba profundamente conmovida y sus ojos humedecidos por lágrimas ardientes.

Aunque el jòven no supiese á que atribuir aquella afeccion de madama Clermont, veia claramente que la hermosa señora padecia y sufria mucho.

Madama Bouchonnier y su esposo habian vuelto à aparecer en el salon ; y como quiera que la hora de la fuerza del sol hubiese pasado proyectaron dar un paseo por el jardin , antes de empezar la comida.

El panzudo caballero ofreció su brazo á la bella vecina. Esta lo rehusa pretestando que en un jardin es mas hermoso pasearse suelta. Mas entretanto, sea intencion, sea casualidad, lo cierto es, que la madre de Emelina siempre se hallaba al lado de el jóven Isidoro, lo cual hacia que Mr. Pastoureau amenudease sus suspiros y que la comadre Michelette sonriese con cierta intencion nada buena. Elmonda, igualando su edad con la tierna de Emelina, corria y saltaba á la par de esta, lo cual sorprendió algun tanto á Mr. Bouchonnier, que no estaba acostumbrado á ver á su consorte en un movimiento tan continuo.

Por último, llegó la hora de comer: á lo menos asi lo dijo el son de una campanita, y todos corrieron á la sala de la bucòlica. Al jóven Isidoro me lo han colocado entre Elmonda y Emelina; y cuando digo me lo han colocado, es positivo, puesto que madama Bouchonnier es la que lo ha obligado á ello. La pobre madama Clermont está entre Bouchonnier y Pastoureau. Despues de la conversacion que la madre de Emelina tuviera con Isidoro, conservaba esta un aire triste y melancòlico. En cuanto á madama Michelette estaba á los pies de la mesa tragando y bebiendo como una sanguijuela.

La conversacion de sobre-mesa no ofreció nada de particular. Elmonda hablando de modas y teatros, su marido diciendo barbaridades á todo trapo; é Isidoro cambiando, de vez en cuando, algunas palabritas con la jóven Emelina.

Esta en un principio no le contestara sino con timidez y embarazo; mas poco á poco fué sacando los pies del plato y ya no titubeara tanto en las respuestas, hasta que volviendo á su aire natural y sencillo trataba á Marcelay con tanta franqueza como si hubieran sido siempre conocidos. Ved aquí lo que son las cosas: ahí teneis dos jóvenes que no se han visto ni conocido nunca, y sin embargo, ya se comprenden y se entienden perfectamente y sienten *una cosilla*, un interés en verse y en hablarse mutuamente; á lo que llamaremos afecto-simpático-amoroso-apasionado.

De vez en cuando, echa Emelina una miradilla á su mamá y la ve que la contempla con una profunda melancolía; pero madama Clermont, antes que su hija le pregunte el objeto de su tristeza, se sonrie como para disipar la impresion que su mirada triste halla causado en el corazon tierno de su niña.

Era ya de noche cuando salieron del comedor. Toda la sociedad vuelve al jardin para

tomar el fresco. Estaba el tiempo magnífico, y el cielo sembrado de estrellas iba disipando sus sombras por una luna hermosa y brillante. Mr. Pastoureau alzó la cabeza, miró el firmamento y exclamó:

—Ved aquí una noche sublime para el Amante de la luna.

—Quien es ese Amante de la luna? preguntaron casi à un mismo tiempo Isidoro y Bouchonnier.

Elmonda fuè la que se encargó de responder á estos señores: y contó, justamente, todo lo que nosotros le hemos oído al venerable Pastoureau.

—Pues, señor, estoy impaciente por conocer á ese individuo: dijo Isidoro.

—Y yo tambien, añadió Bouchonnier.

—Y qué, no podríamos verlo?

—Quien lo duda! contestó el solteron Pastoureau: esta noche, como hace una noche tan brillante, no hay duda que el Amante saldrá á visitar à su amada.

—Pues, señores, al asunto. Vamos à dar un paseo por esa decantada floresta.

—Y si... (indecision de las señoras.)

—Con tres caballeros como tres Roldanes, no hay que temer. Madama Clermont, vamos á ver á vuestro encuentro, tal vez este paseo

os sirva de distraccion ; pues desde el maladado carnero de Pastoureau que estais sumamente contraida.

Todos se pusieron en pié y echaron á andar.

—Con mil amores... tal vez sea así.

—Cuanto siento , dijo la mamá de las carnes flojas (en breve la comadre Michelette) que mi hijo Almenor no venga con nosotros, él que es capaz de avasallar toda una patrulla de municipales con tricornios y espaduchos.

—Tiburcio... Tiburcio...

Tiburcio se habia cojido la barriga con las dos manos y andaba mas ligero que una liebre.

—Tiburcio... no oyes?

Tiburcio volvió la cara.

—Ven acá , picaro , dame el brazo , así me dejas espuesta al furor de ese Amante de la luna?

Elmonda cojió, á todo trance, el brazo de Bouchonnier.



2.

El Amante de la luna.

Como hemos dicho , la noche estaba magnífica y las praderas y campiñas inundadas por el brillante astro de la noche ofrecían una perspectiva deliciosa: los argentados riachuelos cuyo armonioso zuzurro unidos al aromático ambiente de las flores , magnetizarán al corazón mas empedernido y el grra , grra , grra , grra de las ranas de las inmediatas albercas , infundían un eco acompasado en las orejas capaz

de asficiar , por su parte , al mas insensible cerebro.

Elmonda , segun hemos visto , se amparò á viva fuerza del brazo de su adorado esposo , obligándolo , à pesar suyo , á que cargase con su costilla. Elmonda está disculpada , en el campo todo está admitido , y sobre todo , una muger tiene derecho para cojer á su marido siempre que le dé gana y quiera.

Madama Clermont habia tomado el brazo del jóven Isidoro y la pobre Emelina , creyéndose obligada á dar el suyo á Pastoureau , habia corrido à el jóven y habia aceptado el otro brazo que este le ofreciera.

De manera que el virtuoso Pastoureau se vió obligado á cargar con la potala Michelette , la cual , como habia comido , lo que se llama brutalmente , echaba unos erutos y daba unos bufidos lo mismo que un toro.

El sensible vecino como quiera que su pareja iba al paso de la tortuga , la llevaba casi à remolque. Por su parte , la comadre Michelette iba mas hueca que un pollero , y rajando , à todo trapo , de su hijo Almenor.

Madama Clermont continuaba en su abatimiento ; y la bella Emelina hablaba con el jóven Isidoro conversaciones tan puras como su alma y palabras tan dulces como sus ojos.

Monsieur y madama Bouchonnier cerraban la marcha.

Alguna vez Elmonda retenia á su esposo para hablarle de *ciertas necesidades indispensables*; pero ya se ve, eso no tiene nada de extraño, se veían tan de tarde en tarde!

—Sí... chica, sí... ya despacharemos esa urgencia... pero ahora, anda por tu vida... estamos á una legua de la comitiva y...

—Ay Dios santo! tienes miedo de estar solo conmigo? No puedo siquiera hablarte?

—Pero, monona, sí, ya tendremos tiempo para todo, eh! Pastoureau... vecino Pastoureau, estamos aun muy lejos de esa floresta endiablada?

El vecino Pastoureau, á quien ya se le habia indigestado el niño Almenor (tantas veces su madre se lo hubiera mentado) estaba tan completamente aburrido y fastidiado que ni aun habia oido los gritos de Bouchonnier.

—Pastoureau, hombre, usted que sabe la guarida de esa fiera, debe guiarnos á ella.

—No es una fiera, dijo Emelina, es un hombre. No es verdad, mamá?

—Tal vez, murmuró madama Clermont, con un aire inquieto y distraído.

—Lo que yo sé, contestó al cabo el amabilísimo vecino, es que nuestro incógnito habi-

ta en la cabaña de un tal Roberdin, un tunante que recoge de noche á todos los vagamundos y pordioseros: si ustedes quieren iremos allá, tomarémos por esa vereda de la derecha...

—Como! exclamó la repleta Michelette, nos hallamos cerca de la choza de Roberdin? ay señores! es una imprudencia la que estamos cometiendo. Digo! la dichosa barraca que es el punto de reunion de todos los ladrones!.. vamos por otro lado.

—Yo creo, señora, contestò madama Clermont, que estais equivocada, hace infinidad de tiempo que no se oye hablar de robos ningunos.

—Equivocada? señora, yo bien sé lo que me digo, y no hace ocho dias que á madama Bertrand le robaron un conejo; pero un soberbio conejo, tan gordo que le arrastraba la barriga por el suelo. Conque mirad si hay ó no ladrones.

Y la gorda mamá, arrimándose al oido de su pareja, continuó:

—No comprendo como ecsistan personas tan incrédulas, que no crean ni aun en los ladrones. Esto es original!

—Pues, señoras, dijo Bouchonniert sonriéndose, no hay la menor duda que si de ese modo roban en Corbeil à las madamas los co-

nejos, debe haber en sus contornos ladrones amaestrados. Pero no importa, avancemos, ataquemos... já!... já!... já!... como me gusta, ataquemos!

—Ah! Mr. Bouchonnier, por Dios, no nos perdais de vista, porque este Pastoureau es muy osado è imprudente.

Todos continuaban su marcha.

Isidoro, entre madama Clermont y su hija, se conceptuaba el hombre mas dichoso del mundo. Jamás paseo alguno le hubiese parecido mas hermoso, ni noche de luna mas brillante.

—Vais á permanecer por mucho tiempo en Corbeil? preguntóle madama Clermont.

—Yo pienso, señora, volverme á Paris mañana sin falta.

—Tan pronto! exclamò Emelina.

Mas luego despues como si se arrepintiera de su indiscrecion continuó:

—Ya veis... vuestra prima dirá que no gustais de su compañía.

—Señorita, mi prima no puede decir eso, pues se engañaria... pero tantos negocios como traigo... y ese malvado pleito...

—Tal vez volvais à ver muy pronto á Mr. de Riberprè! dijo madama Clermont.

—No lo dudo, porque ese dichoso señor es

mas testarudo que un demonio: por mi tío ya se hubiera concluido el pleito; tengo todo el poder suficiente para transigir, pero nada, Mr. de Riberpré está mas firme que una roca.

—Caballero, cuando volvais à ver à ese señor otra vez, desearia... si tubieseis la bondad... de traerme algunos pormenores de dicho caballero... Tal vez os pareceré demasiado curiosa, pero que quereis! me intereso tanto por esa pobre amiga...

—Descuidad, señora, yo haré todo lo posible por concurrir à una de sus brillantes reuniones y... veré à la esposa y à la hija, detenidamente, indagaré todo lo que pueda y os contaré cuanto vea y oiga.

—Oh! sois muy cortés y galante, caballero... pero como quiera que vuestras venidas à Corbeil son tan raras!...

—Oh! señora, yo las amenudearé todo lo posible... puesto que mi prima, su casa y las personas que en ella he encontrado, no las olvidaré jamás.

Emelina jamás tuvo mas ganas, como en este momento, de abrazar à su madre; y no sabiendo como esplicar el gozo que rebosaba en su alma exclamó:

—Como me gustan los paseos à la luz de la luna!

—Entonces tendríamos el gusto de volver á veros muy pronto? preguntó la madre de la jóven.

—Sí, señora, cuanto antes; contestó Isidoro dirijiendo á la hija una tierna mirada.

—Lo oye usted, Mr. Pastoureau? murmuró la comadre Michelette que se habia rezagado un poco á fin de poder oir algo de lo que hablaran Isidoro y sus parejas. Lo oye usted? Es madama Clermont que le pregunta á Mr. Marcelay si volverá pronto... Vaya con la remilgada señorona... la santa, que parece que no quiebra un plato y... se ha estado comiendo con los ojos á ese jóven... luego lo cogió del brazo y... vamos, yo quiero que me digan si eso está decente!... habrá gatitas como ellas!... Cuando mi Almenor venga voy á hacer que les cante *el mozito afectado*... Oh! es una cancion lindísima y mi hijo la canta cual pocos; es una cancion pantomímica... No la cantais vos?..

En vez de contestar el aburrido Pastoureau, parase de repente y esclama:

—Allí está.

En efecto, á unos cuarenta pasos de la comitiva hallábase un hombre sentado en el bordo de una pila. Justamente era el mismo individuo que á madama Clermont sorpren-

diera noches pasadas. Llevaba el mismo vestido; el leviton blancuzco, roto por los codos, los mismos pantalones y los mismos zapatos; el enorme chambergo gris que le cubriera casi todo el rostro y el baston nudoso que al virtuoso vecino intimidara tanto. Ved aquí el vestido que continua llevando el misterioso personaje apellidado el Amante de la luna.

Por lo que hace á su rostro, cubierto bajo la larga y espesa barba, es bien difícil el distinguir: sin embargo, se puede afirmar que es una fisonomía característica. Frente espaciosa, nariz larga y bien cortada, ojos grandes, azules y espresivos, con unas cejas bien marcadas. La boca es irónica é insultante; siempre contraída por una risa maliciosa. Su cabello castaño enteramente descompuesto y toda su figura robusta y corpulenta, no revela, por cierto, á pesar de la miseria aparente, ser un hombre vulgar y estrafalario.

En este momento sus ojos fijos en el estrellado firmamento, manifestaban hondos pesares y recuerdos muy amargos.

—Bella noche!.. (murmuraba). Oh! bella noche... para mí el mejor día... porque al sol, á ese astro sublime, le está prohibido que me inunde con sus rayos?.. Tengo de vivir siempre en la oscuridad? quien sabe!.. Oh! tú luna

brillante... ven... ven pronto á consolarme...
Tú eres la única que me ama... tú la única
que me protege...

Después, el misterioso personaje, daba
un suspiro profundo y acariciándose la barba
continuaba:

—Sí, es verdad... la luna me protege...
pero no me mantiene... Es verdad que Rober-
din me ha ofrecido un pedazo de pan... mas
debo yo aceptarlo, cuando quizá sea el único
que él tenga para sí?... Dichosamente las pa-
tatas van renaciendo... el Dios de bondad man-
tiene y mira por sus criaturas... pues busque-
mos lo que él nos proporciona... lo que su
munificencia nos dá... busquémos nuestro a-
limento.

De repente se para, arruga el entrecejo y
esclama:

—Oh! Dios mio: oh! gente por aquí... en
busca mia?... me ecsaminan!.. por qué el mun-
do se ha de ocupar de mí, cuando yo no me
ocupo de él... cuando yo lo detesto?..

En efecto, el incógnito proferia estas pa-
labras con acento entrañable.

—Allí está el individuo en cuestion, dijo
Boucbonnier, no tiene por cierto trazas muy
alarmantes... yo creí que su aspecto igualase al
de los leones del boulevard de los italianos...

pero nada, no hay miedo... avancemos...

—No, por Dios, no os espongaís; exclamó Emelina. Ved á ese hombre como nos mira, sus ojos chispean de furia y parece un tigre pronto á caer sobre su presa.

—Yo creo que ese hombre aborrece el trato de sus semejantes, dijo Elmonda.

—Oh! si mi Almenor estuviera con nosotros no tendria yo miedo en decir tambien: «avancemos:» pero solos... enteramente solos...

—Sabe usted, señora mia, que me vais cargando con vuestro Almenor? Rabiando estoy por conocer á ese hèrcules tan ponderado que luego vendremos á sacar es un gallina.

—Pero, vecino, no os incomodeis por eso yo no dudo de vuestro valor, pero que necesidad hay de meterse con ese bandido?... ay!.. ay!.. que coje la tranca y viene hàcia nosotros... ay!..

—Os habrá oido llamarle bandido y... vendrá á daros las gracias: dijo madama Clermont.

En efecto, el Amante de la luna habia dado algunos pasos hàcia la comitiva. La gorda mamà, cediendo al terror que el incògnito le inspirara, soltó el brazo de Mr. Pastoureau y empezó á correr á mas no poder. En vano le

gritaron todos que se parase. Nada, ella corria, saltando arroyos, salvando breñas y subiendo montecillos; pero como quiera que mientras mas se intrincara en la floresta, el terreno se hacia mas difícil y escabroso, resultó que al dar uno de los brincos, la pobre Michelette se enganchò la ropa en un zarzal y cayó de espaldas sobre los espinos. Valgame Dios! todos los rosales silvestres se los clavò por pantorrillas, muslos y demás partes inmediatas; no pudiendo la infeliz moverse en atencion á que no tenia donde poner las manos sin sentir un inmenso dolor. En tan lamentable estado toda la ropa, hasta la camisa, se le habia subido mas arriba de las rodillas, y viendo que no podia levantarse empezó à dar unos gritos desaforados.

—Ay Dios mio! que le habrá sucedido à madama Michelette? esclamò Elmonda, no la ois como grita?

—Bá! será alguna pamema! esa bienaventurada señora es el fastidio personificado. Que llame á su Almenor para que la socorra.

—Oh! no importa! dijo madama Clermont, debemos acudir á su socorro... tal vez haya caido.

—Desde aquí no se distingue nada... se habrá caido en algun riachuelo?

Entonces todas las señoras y el sensible Pastoureau, corrieron al socorro de la desventurada mamá. Bouchonnier, viéndose solo con Isidoro, determinó el ir hacia el misterioso personaje que se paseaba como si estuviera en los Campos Eliseos.

—Ved aquí una buena noche, amiguito: dijo Bouchonnier parándose algunos pasos distantes del paseador nocturno.

Este, por su parte, volvió la cabeza, lo miró un momento y continuó su paseo sin contestarle.

—No es amigo de palique, murmuró Isidoro.

—Eso es lo que es menester ver.

Y Bouchonnier prosiguió mas recio:

—No me habeis oído, amigo mio?

El mismo silencio por parte del interrogado.

Bouchonnier, viendo que no se dignaba contestarle, picado infinito de tal ultraje, dió dos pasos mas hacia el desconocido y algo despechado interrumpió.

—Me parece que una pregunta exige una respuesta... y ya veo que sois muy impolítico.

—Es à mí á quien hablais? preguntó el taciturno individuo mirando á Bouchonnier con ferocidad.

—Sin la menor duda.

—Y entonces por qué os permitis llamar *amigo* á una persona que no conocéis?... Es tal vez la política la que manda eso?

Bouchonnier enmudeció á la tal respuesta, pero volviendo á su antigua jovialidad continuó:

—Me parece que... porque os llamara *amigo* no es motivo para que os enojeis.

—Puede ser! Mas yo no soy *amigo* de todo el mundo, mucho menos de vosotros que no conozco.

—Caballero! exclamó Isidoro adelantándose hácia el desconocido, cuidadito con lo que se habla, tratar de ser político con nosotros, pues no creais que me intimida vuestro garrote.

El hombre de la noche mirò de hito en hito al atrevido jòven.

—Teneis valor, eh?... tanto mejor. No os parecéis en eso á vuestro *amigo*, que se mantiene siempre á una distancia respetable.

—Qué... qué... qué es lo que dice? murmurò Bouchonnier echando pies atrás.

—Lo que yo digo es, continuó el extranjero, que sois unos insultantes, pues venis á molestarme sin que yo os diga nada... pues sepan ustedes, caballeros, que no me gusta el que me espíen, y si me paseo de noche no

es para hablar con los transeuntes, pues si quisiera trato, ya hace mucho tiempo que lo tendria... conque así hacedme el favor de no molestarme y no pasearos mas por aquí, pues de lo contrario concluirá mal la fiesta.

—Nos pasearemos por donde nos dè gana: contestó Isidoro.

Por toda respuesta, el incògnito lo cojió por los brazos y haciéndole dar una grande cabriola, lo arrojò encima de Bouchonnier, volviéndole las espaldas y murmurando palabras ininteligibles.

Tan imprevisto ataque desconcertó algun tanto al arrojado jóven; mas despues que se serenara, conociendo el ultraje que le habian hecho, se dirigió hácia el misterioso personaje con un furor reconcentrado.

Bouchonnier lo detuvo.

—Isidoro! deja á ese hombre, te lo suplico... No seria una tontera el batirse con quien no se conoce?... y batirse á puñetazos!.. Además, bien ves que tiene razon, él no se ha metido con nosotros... nosotros sí lo hemos buscado... No hay duda, es un fátuo... un tonto...

—Pero nos ha amenazado...

—Y vas á dar oido á esa accion tan inocente? infeliz! Ni él mismo sabe lo que ha hecho.

No participaba Isidoro de la misma opinion de su primo, pero como quiera que el extranjero hubiera desaparecido, tuvo que conformarse à su pesar.

—Vàmonos con las señoras, dijo al cabo.

Mientras que esta escena tenia lugar en un lado de la floresta, vamos à Mr. Pastoureau que; para dar una prueba de su celo, habia adelantado à las señoras para socorrer à madama Michelette que continuaba lamentándose.

Llegó, y apenas vé à la gorda mamá en aquella posicion, tan fuera de las reglas de la modestia y del decoro, se tapa la cara con las manos y se queda estupefacto.

—Y bien, Mr. Pastoureau, no me socorreis?... os tapais la cara?... no me dais las manos para levantarme?

—Perdone usted, señora, pero os hallais en una posicion tan... tan... tan (Pastoureau no sabia que decir) que crei que solamente las señoras, eran las que... podian socorreros...

—Ay vecino! tengo las espinas clavadas por todas partes y entredadas... yo no se donde, que no me puedo menear, conque asi dadme, por Dios, las manos y suspendedme.

Mr. Pastoureau sacrificó su pudor y modestia en honor de la humanidad doliente.

Cierra los ojos y extiende las manos hácia la dolorida mamá, esta se apoya y levanta al fin.

Cuando llegaron los demás ya estaba en pié la arañada Michelette.

—Qué os ha sucedido, señora?

—Ay queridas! que me he caído y me he espinado hasta los mas delicados sitios... Ay! reniego del Amante de la luna y de los paseos nocturnos...

—Y vosotros, caballeros, le hablasteis al misterioso personaje?

—Cuatro palabras! contestò Bouchonnier, es un idiota, no merece la pena de que uno se moleste por verlo.

—No, dijo Isidoro, ese hombre no es un idiota por cierto... su vida indica algun misterio profundo... misterio que yo he de descubrir ò he de poder poco.

—Lo crees así, Isidoro? dijo Bouchonnier sonriendo, pues para que logres tu objeto es menester que el Amante de la luna le haga un agujero à su querida... já! já! já! Señoras, cuando una cosa es muy difícil, se dice: «eso es tan imposible como hacer un agujero á la luna...» já! já! já! No lo sabiais?

Y Bouchonnier, cojiendo el brazo de su esposa, seguido de los demás, se pusieron en marcha para Corbeil.

Pocos momentos despues, sin la menor novedad, entraba cada cual en su respectivo domicilio.



**Un chaleco de franela.--Los
hermanos Tourinet.**

A la mañana-siguiente en que referimos estos sucesos, el jòven Isidoro Marcelay paseaba-se con aire inquieto y distraído , por el jardín de la casa de sus primos. En su abatimiento inconcebible seguia las alamedas que el acaso le presentara , paràndose para admirar maquinalmente cualquier floresilla insignificante; mas no era la curiosidad la que lo obligara à esta especie de estudio botànico , era solo si el dar rienda suelta à sus pensamientos tristes,

y melancólicos sin duda: pues á la menor sonrisa que de su lábio se escapara volvía otra vez la tristura y el pesar.

Algun tiempo había que durara este paseo. Isidoro había cojido una rosa, la había admirado y la había llevado á sus lábios: no parecía sino que al jòven le era indispensable besar un objeto fuera el que fuera; mas despues, como si la flor no fuera suficiente para satisfacer su sentimiento, la miraba enternecido y la volvía al rosal.

De repente, al desembocar por una alameda, se dá de narices con Bouchonnier; que con paso ligero y suma precaucion, andaba para no ser sentido.

—Canario! exclamó Bouchonnier, que me has asustado... cómo levantado tan temprano?

—En toda la noche he podido pegar los ojos.

—Y por qué?... estaba la cama dura?... había chinches?

—No, nada de eso... sino que algunas veces sin saber porqué... se desvela uno...

—Hum!... yo se bien porqué. Regla general: no hay como estar enamorado de veras, para no descansar un momento. Y... Emelinita... jun, jun... que tal, lo adiviné?

—Sí... no hay duda, esa señorita es dema-

siado hermosa... y me gusta bastante...

—Bueno, buenísimo: con eso te verémos por aquí amenudo. Pues yo, chico, me deserto del lecho conyugal; desgraciadamente Elmondá estaba despierta y me preguntò que hora era, yo le dije que las ocho y (creo que aun no han dado las seis.) Por fin, pude... ay! dormirla otra vez, y antes que vuelva á despertarse me las toco.

—Y adonde vas?

—Vive Dios! à Paris... tomo el camino de hierro, llego allá... me desayuno con Tintin y... lo demás te harás tu cargo.

—Y si tu muger.

—Dentro de dos horas ya estoy aquí...

—Y si pregunta?

—Le dirás que estoy en la floresta.

—Ay Bouchonnier, ten cuidado... mira no te pesque mi prima y...

—Pues entreténla... distraela... enamórala si es preciso, lo que es yo no puedo perder un momento.

Y el gordo consorte se alejó del jòven corriendo como un gamo.

Isidoro lo comtempló algunos instantes.

«Que variables somos, Dios santo... ved ahí un hombre con una muger hermosa, jòven y de talento, huir de su lado por buscar un

placer interesante é ilusorios. La variacion! siempre la variacion! Serè yo lo mismo cuando llegue à amar? Quien sabe! ante-ayer noche, estaba enamorado de Felicia, y en este momento... ni aun me acuerdo si ecsiste... Pobre jóven!... Ella no tiene la culpa... pero Emelina, oh! siento... una cosa por Emelina... un placer... un... yo no diré que esto sea amor... mas soy tan feliz cuando estoy à su lado... me es tan dulce su presencia... me gustan tanto sus lindos ojos!

Isidoro vuelve otra vez à sus paseos, embebiéndose de nuevo en sus pensamientos amorosos y meditabundos. Mas de una vez le dieron ganas de dejar el jardin de su prima é ir à continuar al rededor de la casita aislada. La que madama Clermont y Emelina habitáran. Pero esto seria prudente? A Isidoro le pareció que no, lo juzgò una importunidad y por consiguiente desistió de su intento.

En medio de esta aglomeracion de ideas lo sorprende madama Bouchonnier.

Elmonda, con una ligera y elegante bata de mañana, estaba vestida con gracia y coquetismo. Las mugeres gustan el parecer bien desde que se levantan hasta que se acuestan, è inclusivamente acostadas.

No pudo Isidoro reprimir un leve senti-

miento de disgusto al ver á la bella prima tan seductora y al considerar al marido tan engañoso y perjuro.

«Que volubles somos!.. volvió á decir. No hay duda que Elmonda vale mil veces mas que la Tintin.»

—Buenos dias, querido primo, como aquí paseándose tan solo... y mi marido?

—Bouchonnier?... yo creo que estará ya en Champrosay... segun me dijo.

—Que hombre tan raro!.. Cuando está en Corbeil no hace otra cosa... Y como es que no le acompañais?

—Porque os prefiero mas que á él.

—Ah! cuan galante sois... que amable!

Estas palabras las pronunciò Elmonda con acento tan verdadero y cordial, que hizo sonreír al jóven primo: sus ojos se encontraron con los de ella y la jóven se sonrojò sin saber porqué.

Hay momentos en que las miradas enamoradas de dos ardientes jóvenes, toman una espresion tan dulce y tan arrobadora... que es preciso el evitarlas sopena de cometer una simpleza. Ved aquí lo que los dos primos hicieron á un mismo tiempo: tan luego como sus chispeantes miradas se encontraron, se fijaron en el suelo con una prontitud increíble.

—Què os parecen mis vecinas? preguntó Elmonda tratando de disimular su emoción. Me refiero á madama Clermont y á su hija; pues por lo que hace á madama Michelette, bien se está viendo que es una momia informe.

—Oh! me parecen muy lindas. Tienen esas señoras un aire tan noble y distinguido... Qué se sabe de su marido?

—Ah! no puedo deciroslo, lo ignoro tanto como vos... Madama Clermont oculta su pasado con un velo misterioso.

—Tal vez su recuerdo le sea penoso y cruel.

—Es indudable... cuando contempla á Emelina lo hace con una tristeza tan marcada!!

—Y cuando se le habla de casarla?..

—Oh! entonces no puede detener las lágrimas.

—Conque lo habeis observado!.. Ah!.. y por qué será eso?

—Que se yo! Ya he dicho que la vida pasada de madama Clermont, es impenetrable... Tal vez vos le saqueis algo, pues he estrañado mucho lo familiar que estuvo con vos ayer.

—Sí, en efecto, me honró mucho con tal distincion; pero sobre todo la hija, es tan hermosa!

—Vamos, cuanto ponemos à que estais de ella enamorado?

—Tal vez... pero ya veis, apenas la conozco... solo se que me parece sumamente bella.

—Oh! ese Tiburcio no viene! Vamos à almorzar sin èl... le daremos capote en castigo... Que os parece esta bata, Isidoro?

—Oh! toda vos me pareceis un àngel.

—Os gustan las telas listadas?

—A mi me gusta todo cuando tengo apetito.

—En què pensais? Os pregunto de vestidos y me contestais como si fuera algo de comida. Vamos, primito, dadme el brazo.

—Con mil amores.

—En cuanto à vestidos, hay infinitos que no sientan à una, bien por sus colores, ó por su hechura, ó bien por... Ah! si no me escuchais. Estais tan distraido!

—Quiá! si estoy oyendoos con infinita atencion.

—Vaya que os acierto en que pensais?

—En qué?

—Vamos por ahora à almorzar y luego a-blarèmos.

En efecto, los dos primos cojidos del brazo entraron en el comedor. El desayuno fué bastante sencillo. Unas chuletas, huevos fritos y

café con manteca. Los dos primos apenas comieron nada. El uno pensando en Emelina y la otra en la ausencia de su esposo.

El desayuno se terminó; dieron por último las once y Mr. Bouchonnier aun no habia parecido.

—Bamos á la floresta á buscarlo? preguntó Elmonda.

—Me parece inútil. No sabemos hacia que sitio estará vuestro esposo... ignoro completamente las veredas... y ya veis podriamos perdernos.

Elmonda se sonrió.

—Y teméis, Isidoro, por ventura el perderos conmigo?

—Y tal vez no esté Bouchonnier en la floresta, quien sabe si estará de visita.

—De visita?

—Sí, continuó Isidoro con intencion, quien sabe si estará en casa de sus bellas vecinas!

—Ah!.. Dios mio! que poco franco sois! Por qué no me lo digisteis de una vez: «Quiero ir á ver á Emelina» y no andar con rodeos.

—Pero, querida prima, si... os aseguro que...

—Oh! los hombres! todos á cual mas embusteros, hasta en las cosas mas sencillas. Porque, os lo repito, teniais mas que decir:

«Quiero ver à la hija ò á la madre.» Porque no hay duda que es tambien muy bella... yo os aseguro que si fuera hombre, de hecho, andaba muerto por ella.

—Pues os digo... que...

—De veras? Vamos, no os hagais mas el chiquito, ya estoy penetrada de todo. Ea, vamos á la casita aislada, so pretesto de buscar al prófugo de mi marido.

—Ab! cuan amable sois!

—Pero sed franco. Cual es la que os gusta mas, la hija ó la madre? Porque ayer vi á madama Clermont muy pronunciada con vos... os declarasteis por fin?

—Qué, no lo creais, si esa señora estaba tan amable conmigo ayer, era porque no hacia mas que preguntarme por ese Mr. de Riberpré, que sostiene el pleito contra mi tio.

—Pues entonces es la hija... Vamos, es Emelina?

—Estais, bella Elmonda, implacable.

—Vamos, no quiero preguntar mas. Ea, dadme el brazo y sobre la marcha... Os parece que me mude de vestido?

—Yo no lo creo necesario, estais asi muy bien. Nunca me habeis parecido mas hermosa.

—Ya! ya os entiendo. Estais rabiando por ir, y los momentos se os hacen siglos... Quiero

complaceros, pero en volviendo, ya lo mudaré y si aun no ha vuelto Tiburcio, me planto en Paris... no tengo la menor duda que es allá donde vá... no, à mí no me engaña mas con su Champrosay.

Pocos momentos despues Isidoro y Elmonda estaban à la puerta de madama Clermont. Antes de llamar, la jòven cambiò algunas palabras con el primo.

—Estoy pensando que madama Clermont... no recibe à nadie, principalmente caballeros y...

—No, por mí no lo hagais... no titubeis, yo me quedaré á la puerta.

—Bueno, con eso, si tiene voluntad, ella misma os dirà que entreis y...

Isidoro apretó la mano de Elmonda con inesplicable alborozo: esta, por su parte, ya habia tirado del cordon de la campanilla.

La hermosa y virtuosa Emelina fué la que abriera la puerta. El gozo de esta, al ver al jòven, fué bien marcado, para que pasara desapercibido.

—Perdonadnos, señorita, si tan temprano venimos á molestaros... pero mi marido ha desaparecido y... dije: ¿tal vez esté con las vecinas, fastidiándolas con sus sandeces?

Ya iba á responder Emelina cuando la ma-

dre, que conociera perfectamente la voz de Elmonda, salió á recibirla. No se crea que se incomodara por verla acompañada de Isidoro; nada de eso, la mas completa satisfaccion se pintò en todas sus facciones.

—Adelante, señora, y vos tambien, caballero, aunque la casa no sea digna de tal visita yo tendrè mucho placer conque piseis esta humilde choza.

Es inútil decir que Isidoro aceptó al momento. Por lo que hace á Emelina estaba mas contenta que unas pascuas, disimulando su alegría con dar besos y abrazos á Elmonda (autora de tanta dicha). Las mugeres son tan buenas cuando quieren!.. Tienen tantos recursos para hacernos felices!

Madama Clermont se dignó (contraviniendo á sus antiguas reglas) el enseñar su hermita, como ella llamaba á su casa, al jóven Isidoro.

Lo que somos nosotros ya la visitamos al principio del capítulo décimo; pero lo mismo que nosotros admiràramos en ella, es decir, la precision y limpieza que en todo se observara, eso mismo cautivó al jóven doncel. El aposento de una hermosa nos parece siempre bello, el cuarto de una coqueta nos incita á la voluptuosidad, y el gabinete de un hombre de justicia, nos eleva al respeto y á la sumicion:

he aquí como nuestra alma se modifica segun las impresiones que recibe.

Todo lo encontrara el jóven, hermoso y bello; porque en medio de aquella visita domiciliaria veia á Emelina, la contemplaba, se reian los dos... y de qué?... Oh! es muy sencillo, solamente con mirarse se comprendieran; porque entre dos corazones que simpatizan una mirada, vale, las mas veces, tanto ó mas que una frase. Y todo esto à pesar de tener Emelina los ojos en el suelo. No se habian aun declarado sus sentimientos, y ya sus corazones se entendian perfectamente. Efectos consiguientes de una pasion naciente.

Ya hacia algun tiempo que Elmonda é Isidoro se hallaran en casa de sus vecinas. Cuando se està à gusto se pasa el tiempo tan breve! En efecto, un momento despues sonaron las tres.

—Dios santo, las tres! y estoy aun en trage de mañana!! Ah! ese malvado Tiburcio es causa de tal desòrden. Cuando gustéis, querido primo, nos retirarémos... estas señoras estarán molestas...

—Nosotras! que disparate!!

—Prima mia, por mi parte, cuando querais...

E Isidoro se levantó.

—Ya sabeis la casa , caballero , dijole madama Clermont , asi tendré el placer de que cuando valvais otra vez, nos honreis con una visita.

—Señora , vendré inmediatamente à ponerme á los pies de ustedes.

—Muchas gracias.

Este ofrecimiento (dirémos mejor este deseo de que el doncel las visitara) era sorprendente en la conducta tan ríjida que madama Clermont observara en no recibir hombres en su casa. A qué lo atribuiremos?.. Seria un devaneo el intentarlo.

Solo si dirémos , que al tal Isidoro faltò poco para que , en medio de su alegría , bailase una polka.

—A propósito , observó Elmonda , hace mucho tiempo que tenemos intentado un paseo por el lago... una de estas noches... Casualmente Mr. Pastoureau se ha hecho de una bonita canoa con su vela y remos correspondientes... de modo , que podiamos efectuar el paseo esta noche... pero como Isidoro se irá hoy mismo... si pudiera detenerse hasta mañana...

—Por mi parte me quedaré. Descuiden ustedes... tendré mucho placer en ello.

Contestó Isidoro , que de buena gana per-

maneciera siempre al lado de la bella Emelina.

—Entonces, señoras, determinen ustedes que lo efectuemos esta noche?

—No hay inconveniente, respondieron la madre é hija con una satisfaccion cumplida.

Apenas el primo y la prima salieron de la casita aislada, se dieron de cara con un gordo caballero que jadeando y sudando como un pato, andaba à pasos acelerados.

Era Bouchonnier.

El sobresalto de este, al ver á su muger, fuè bien notado por ella, á pesar de que se sonriera y tratara de ocultar el cansancio.

Elmonda lo miró algun tiempo con despecho é ira.

—Caballero, tendriais la bondad de decirme de donde venis ahora?

—Monona, fuí á Champrosay... està legillos... despues en la floresta Senart... me perdí...

—Caballero, esa disculpa es muy antigua

—Sí...

—Debias haber inventado otra de mas fundamento...

—Pero...

—Y de cuando acá tienes en Champrosay tanto conocimiento.

—Veras, vida mia, es un caballero que

conozco en la bolsa, yo no se por donde di-
blos supo que estaba en Corbeil y me dijo:
«Vivo en Champrosay conque no os perdono
una visita.» En efecto, fui y...

—Sí, venis sudando como un caballo.

—Era tarde... conocí que me esperabas y...
apresuré el paso.

No colaban por cierto las disculpas de
Bouchonnier. Isidoro trataba por su parte de
variar la conversacion, pero Elmonda que
comprendiera perfectamente el busilis, no ha-
cía caso y continuaba interrogando á su esposo
hasta que el jóven, viendo que no sacaba par-
tido, so pretesto de contemplar las flores, se
separò de los dos esposos, dejándolos á sus
anchas.

Oh! entonces si que fuè ella, un minucio-
so ecsámen de todo y por todo lo del marido
empezò la implacable esposa. Jamás el oficial
mas escrupuloso de semana, haya hecho una
inspeccion tan minuciosa de su compañía.

Bouchonnier estaba atónito.

—Pues es friolera!! exclamó Elmonda con
despecho.

El barrigudo consorte que no comprendie-
ra jota de la tal revista y adjunta exclamacion,
admirado de ella, profirió:

—Cómo!.. de qué?.. cual es la friolera?

Los ojos furibundos de su mitad estaban fijos en su pecho.

Bouchonnier, en medio de su acaloramiento, no habia echado de ver que tenia desabotonada la camisa; pero aunque ahora lo notara, no por eso entendiera la mas minima cosa de la pantomima de su costilla.

—Muger, palabra de honor, que, à pesar de que eres mi esposa... me haràs que me ponga como una amapola... por qué me miras tanto?

—Sí, debes sonrojarte, interrumpió Elmonda furiosa, habriendo la pechera del marido. Eres un monstruo, un pérfido, un cruel, un malvado, un libertino, un...

—Pero, muger, por Satanas que no te entiendo.

—Sí, perro; esta mañana lo tenias y ahora no lo tienes...

—No se á què vienen esos extremos...

—Sí, perjuro, sí, me juegas intrigas crueles... Vamos, respóndeme... dime, gran pillo, por qué te lo has quitado?

—Con mil demonios, que me he quitado yo?

—El chaleco de franela... caballero, el que llevas en todo tiempo, en invierno y en verano... el que tenias esta mañana al levan-

tarte... donde està?... pronto... responde pronto... ¿donde està?

Bouchonnier se quedó consternado: queria responder , mas no encontraba nada que decir. En fin , escitado por el furor de su tierna esposa , balbució , bajando los ojos.

—Sí... sí... en efecto... no está... no hay duda... lo habré perdido... paseándome.

— ¡Já! já! já! já! perdido paseándose! já! já! já! Hombre , seria lo último que hicieras en este mundo , el querer mentir con tal desenfreno. Es posible perder un chaleco que está à la raiz del cuerpo; y paseándose? Hombre ni un niño de dos años bubiéra contestado tal sandez. Pronto... dime donde està el chaleco de franela.

Bouchonnier se dió un golpe en la frente y exclamó:

—Lleveme el diablo si lo sèn... Eh!.. Isidoro... primo mio... sabes tu donde he echado yo el chaleco?

El jóven acudió al llamamiento: Bouchonnier corrió à él y murmuró:

—Estoy perdido... sàcame del apuro.

—Ah! primo mio, continuò Elmonda, venid acà , consolad à la mas infeliz de todas las mugeres... Este hombre es un tunante... ha perdido el chaleco de franela.

Por poco suelta el jóven una estrepitosa carcajada. Las figuras que hacia Bouchonnier, la cólera de Elmonda, y el objeto de la querrela, era lo suficiente para que el hombre mas filántropo se deshaciera en risotadas. El furor habia hecho á la consorte, una lógica consumada.

— Responde, Tiburcio, esta mañana lo tenias, ahora no lo tienes, luego te lo has quitado... y por qué?... en donde?... y para qué?

El pobre Bouchonnier estaba haciendo pucheros.

— Ah! si, ya me acuerdo... en Champrosay, en casa de ese caballero que fui á ver... fuimos á un paraje... al interior del jardin... sin duda me lo quité... y allí se me quedò.

— Conque, es decir, Tiburcio, que te has propuesto decididamente á burlarte de mí. Y dime, de cuando acá se estila quitarse los chalecos, que están á la raiz de las carnes, para ir á pasear á los jardines?... Oh! cuan necia soy en interrogarte!.. bien se yo donde has dejado el chaleco... está claro como la luz del sol... pero ah! sois malvado y... yo me vengarè,

— Elmonda mia, si...

— Dejame, dejame, porque si no fuera por no dar un escándalo, me marchaba en este momento y no me volvais á ver mas. Isi-

doro , venid , dadme el brazo y dejemos à ese caballero que busque su chaleco.

Isidoro presentó su brazo à la irritada Elmonda y por mas que tratara de convencerla de que tal vez se hubiera engañado , no adelantaba nada ; pues la prima estaba evidentemente convencida de que su esposo al abandonarla por la mañana lo tenia. Agréguese à esto otras razones poderosas que daba la jòven , y á las cuales no podia replicar Marce-
lay y veremos que , con sobrado motivo , estaba la esposa agraviada.

Al llegar Elmonda à su casa se encerró en su cuarto despechada.

El pobre marido no hacia mas que pasearse y dar patadas de coraje. Isidoro lo contemplaba sonriéndose.

—Y bien , caro primo , esclamò Bouchon-
nier reparando en el jòven , la has calmado?

—Buena la has hecho por cierto. Está hecha una furia. No hay duda que has obrado muy mal... Cometer tales olvidos, y con una muger tan celosa!

—Sí , chico , sì , muy cierto... he hecho una barbaridad... Pero que quieres , esa maldita Tintin ha tenido la culpa... Por Dios, Isidoro , ne te vayas , hasta que no nos reconcilies... te lo suplico.

—No, no me voy hasta mañana.

—Oh! gracias, amigo mio, esta será una reconciliacion digna de Castor y Polux.

—No, á mí no me des las gracias, dáselas á tus bellas vecinas, que han dispuesto un paseo por el lago, esta noche, en la barquilla de Mr. Pastoureau.

—Oh! bravo! bravísimo! tanto mejor... reunion con nosotros, mucha concurrencia; por que si llegara á quedarme solo con mi mujer... càspita! era capaz de arrancarme cualquier cosa. Pues, señor, á ella, corrámos á casa del bendito Pastoureau, convidèmoslo á comer (este señor no rehusa nunca) convidaré tambien á otros dos individuos; por último, convidaré á todo el que encuentre. Necesito mucha gente... mucha gente.

En efecto, como dijo Bouchonnier, no volvió hasta la hora perentoria de la comida, acompañado del inclito Pastoureau y de otros dos individuos, de los cuales, el uno tiene el ancho del tafetan y el otro la circunferencia de un tonel. A pesar de diferencia tan enorme, una íntima relacion ecsistiera entre las facciones de uno y otro, que revelara un parentesco bastante próximo.

No hay duda; eran hermanos. El flaco habia sido maestro de música (aunque continua-

ba dando algunas leccioncillas) y el gordo habia sido empleado del ministerio (pero cesante por ahora). Los dos hermanos Tourinet habian determinado , en razon à la amistad tan estrecha que los uniera, el hacer causa comun, es decir , juntando sus fondos que, aunque separados fueran cortos, juntos podian producir algo.

El gordo Tourinet , no creais que haya sido un hombre de mucha capacidad (à pesar de haber estado treinta años empleado en el ministerio) ha sido si un hombre metòdico, un hombre cachazudo, un hombre que, en treinta años de su vida, no se ha estendido su inteligencia à mas que, sumar una cuenta y copiar un borrador. Ved aquì porque, aunque de mas edad que el otro , tiene un aire tan inocente, tan babiaca , que , al lado de su hermano, parece un niño junto à su maestro.

De manera que podemos decir que José Tourinet es el monono , el chiquito de la familia. El Pepito que en su juventud pasada fuera un admirador apasionado del bello sexo , no le ha quedado en el dia mas que la costumbre de galantear y echar piropos. Mas desgraciadamente sus galanterias no son siempre de buen gusto , ni sus piropos inocentes. Es muy rara la vez que està mucho tiempo

hablando , sin soltar una indecencia.

Pues vamos à Pedro (el gordo) que es mas místico y pálido que una niña del conservatorio ; à pesar de que tambien se rie alguna vez de los sandeces de su hermano. Pedro tiene cara de carnero con ojos de buey, y Joselito de zorra y ojos de mono. Los dos hermanos , bien pueden ir á el gabinete de historia natural á ofrecer un verdadero tipo de brutalidad y malicia.

Estos dos dijes son solteros , á pesar de ser tan enamorados y jaraneros.

No podeis figuraros la mueca tan terrible que hizo madama Bouchonnier , al ver entrar à su marido con los dos individuos que le rayaban las tripas.

—Vaya que Bouchonnier se ha propuesto fastidiarme hoy completamente , dijo al oido à su primo. Es ocurrencia venirse con los Tourinet, el uno sumamente obsceno y el otro sumamente tonto... Yo no sé porqué madama Michelette diga que Mr. Josè Tourinet sea tan amable, yo no le encuentro tal amabilidad por cierto. El hombre debe ver que habla con señoras y guardarse de proferir ciertas palabras que no tienen nada de lisonjeras.

—Pero teneis á Mr. Pastoureau , prima mia.

—Otro que mejor baila. El conejito en rifa.
En cuanto al apetito de los dos señores, eran unos gastrónomos consumados. Así es que, sabiendo que en casa de Bouchonnier se comía bien y bueno, vieron el cielo abierto con el tal convite.

Al entrar en el comedor hicieron un profundo saludo á madama.

Elmonda se sentò en la mesa entre su primo y Pastoureau. El pobre Bouchonnier no se atrevió á fijar la vista en su esposa, y no hacia mas que mucho ruido con el cuchillo y la cuchara, para distraer en algun tanto el ánimo de su consorte.

Los hermanos Tourinet comian y tragaban por ocho, con una ansia brutal; y hasta el virtuoso Pastoureau, suspirando á cada bocado, no dejó de hacerlo perfectamente.

Ya se estaba concluyendo la comida cuando Elmonda, que en toda ella desplegara los labios, interrumpió el silencio.

—Señores, alguno de vosotros trae chaleco de franela pegado al cuerpo? No estrañen ustedes esta pregunta, es bien sencilla, y en el campo està todo permitido.

—Yo no gasto ese estorbo, dijo Mr. Pastoureau con cierta pretencion.

—Pues yo hace tres años que lo llevo, con-

testó Pedro Tourinet. Jamás me lo he quitado.

—Del modo que dices eso, interrumpió Pepito, creerán que es el mismo siempre. Por cierto que estaría bien roto y sucio. Pues, señores, yo lo llevo de día y de noche, y no me lo quito sino... para las cosas indispensables.

—Y creereis, señores, continuó Elmonda, que sería posible perder vuestros chalecos, simplemente paseando?

—Me parece bien difícil: contestó Pedro.

—Calla, tonto, no ves que madama nos está embromando?

—No, señores, no es broma, es positivo. Es una aventura que le ha sucedido al esposo de una de mis amigas. El tal dijo á su muger, que había perdido el chaleco paseando en la floresta.

—Segun y conforme fuera el paseo: pues, no lo dudeis, hay paseos de paseos: eh, Pedro? pero que te pregunto yo! tu no entiendes de eso: eres vestal.

Todos rieron de la agudeza, que estuvo bastante oportuna, escepto el recoleto Pastoureau que se puso hecho una escarlata.

La comida se concluyó completamente. No quedaba sino el café. La linda Elmonda se levantò de la mesa y, cojiendo el brazo de su primo, dijo:

—Vamos, Isidoro, vamos, irémos á casa de las bellas vecinas para irnos preparando al paseo por el lago.

—Mi barquilla, toda, està á vuestra disposicion, juntamente con el dueño de ella.

—Muchas gracias.

—Casualmente tiene la vela y los remos nuevos.

—Tanto mejor: y si esos señores gustan acompañarnos, pueden muy bien hacerlo.



Un paseo por el lago.

CONQUE teneis paseo por el lago? preguntó Pedro Tourinet luego que Elmonda se marchara, por mi parte os aseguro que no he de concurrir à la tal fiesta.

—Teneis tal vez miedo.

—Algo de eso: á mi hermano le gusta tanto la mar como á un borrico, y así como lo veis, teme hasta el andar por la ribera.

—Ah! Josè, estás insufrible.

—Y què tenemos con eso? en vez de esto

puedo decir en tu favor que si fuera en vino, eras un nadador consumado.

Bouchonnier, que queria, à toda costa, amenizar el convite, mandó hacer un ponche à la inglesa.

El flaco Tourinet manifestò ser un soberbio apasionado.

La gorda mamá Michelette llegó justamente en el momento en que los convidados bebían el humeante licor.

—Muy bien, señores, bebeis ponche; bien decia yo, que habia aquí cosa buena.

—Vamos, señora, tomará usted una copita, dijo Mr. Bouchonnier.

—Con mil amores. Soy aficionada à él con extremo. Mi hijo Almenor lo sabe hacer perfectamente: nadie dirá sino que es un consumado repostero.

—Si dá la amabilísima en hablarnos de su Almenor, nos vá á marear completamente: murmurò José Tourinet dirigiéndose à Mr. Pastoureau.

—Madama Michelette, hoy tenemos paseo por el lago; mi esposa ha ido à avisar à las vecinas que se preparen: usted esrá de la partida?

—Quien lo duda: el agua! oh! es mi elemento favorito... yo me baño dos ò tres veces

al día... oh! me gusta tanto el retozar por el agua!

—Habrá vieja marrullera!! murmuró el flaco Tourinet.

Dichosamente estas palabras no fueron entendidas sino por su hermano, que empezó á reirse desmesuradamente.

—Diga, amigo, vuestro esquife nos contendrá á todos? preguntó Bouchonnier.

—Bá! pues si caben doce personas, y no somos mas que nueve; estaremos anchísimos... desahogados.

—No, yo creo que somos los doce completos; hay tres individuos que hacen doble, replicó José Tourinet. Mi hermano, el caballero Bouchonnier, y...

—Pues, señor, continuó Mr. Pastoureau, vamos á hacer un viaje completo.

—Ah! que alegría! ya me parece que estoy navegando! exclamó la gorda mamá que, igualmente que los demás, estaba alegrilla con el ponche.

—Ha navegado usted mucho, madama Michelette?

—Jamás: pero tengo un hijo que es un marino de á fòlio.

El ponche tocaba á su fin: los convidados estaban alegres por el licor humeante, ha-

ciendo cada uno los mayores encomios y elogios del futuro paseo.

En este momento llegaron Isidoro y las señoras. La compañía era brillante y alegre. José Tourinet no hablaba mas que de pilotear la canoa. Su hermano haciendo profundos saludos; mientras que Bouchonnier, Pastoureau y madama Michelette habian sufrido una transfiguracion completa: efectos del mucho vino que bebieran.

—Yo creo que á estas gentes no le estará mal tomar el fresco, dijo Elmonda á sus vecinas con intencion.

Madama Clermont comprendió el chiste y sonrió de la ocurrencia. Emelina no dijo nada; fuera que no comprendiera, fuera que el jóven Isidoro absorviera su pensamiento. La hermosa jóven sentia un placer tan grato, tan íntimo al verse junto á su amado, que por mas que quisiera ocultarlo, la viveza de su rostro y la alegría de su corazon, le hacian traicion á su reserva. Sin embargo, en medio de tanta dicha, de tanta ventura, se turbaba, temblaba y bajaba los ojos: ¿què causa podia motivar esto? el amor, siempre el amor: es tan difícil á una tierna jóven ocultar la llama que devora su pecho! y que decimos tierna jóven: ¿acaso los de razon, los de edad madura

la ocultan por ventura? No, no pueden ocultarla: el amor es un sentimiento expansivo. Cuesta infinito el disimularlo.

—Partamos, señores, prorrumpió Elmonda, á qué aguardamos? Vamos, Pastoureau, conducidnos.

—Señora, aun nos queda un poco de ponche y...

—Nada, carguémos con él, exclamó Bouchonnier cojiendo la ponchera, à la derecha, marchen.

La compañía se puso en marcha.

Algunos momentos despues llegaban á la orilla del lago; en una pequeña estaca, estaba amarrada la canoa de Mr. Pastoureau. El tal barquichuelo era sumamente capaz y provisto de todo lo necesario, hasta de una guitarra, cuyo objeto, si no me engaño, era para amenizar el viaje con los cantos llorones del marino trovador.

No se movia ni una hoja: es decir, no habia el menor viento: por consiguiente, el velamen era un mueble enteramente inútil y fué preciso servirse de los remos para alejarse de la costa.

Vamos ahora á la colocacion de los pasajeros. Madama Clermont, Elmonda y Emefina, se ponen à proa en un lado; y en el otro

las tres masas informes, madama Michelette, Mr. Bouchonnier y Pedro Tourinet. Isidoro, Josè Tourinet y Pastoureau, se quedaron á popa para dirigir el esquife.

El jóven Marcelay era el que llevaba el timon, haciendo marchar á la barquilla al impulso de la corriente.

La navegacion era feliz. Hacia una noche magnífica, y el astro de la noche, la bella luna, en toda su plenitud reflejaba en el agua sus argentarios rayos. Todos los pasajeros estaban embebidos en el placer mas grato: mas no todos lo espresaban del mismo modo. Bouchonnier, los Tourinet y la gorda mamà chillaban y reian á mas no poder. Elmondà y madama Clermont hablaban entre sí. Isidoro y Emelina se miraban y comprendian... ellos eran los mas felices.

Por lo que hace á Mr. Pastoureau, cojió la guitarra, empezó á templarla y dijo muy satisfecho:

—En una tan feliz navegacion no estaria mal una linda trova.

La reunion era muy política para decir lo contrario. Escepto Tourinet, el delgado, fué el que objetò y dijo:

—Eso será segun sea la música.

—Con tal que no cante el rebaño de Gala-

tea!.. murmuró la bella Elmonda á sus vecinas.

Pero Mr. Pastoureau supo escojer una romanza análoga y empezó á cantar *Gurth el marinero*.

La música era en extremo linda, mas el trovador de los suspiros la destrozò tratando de embellecerla.

—Ay! Dios mio! si mi Almenor estuviera aquí con el serpentón!..

—Dirían que era esto un entierro.

—Cáspita! si la tal canción la acompañaran con ese instrumento, llorábamos á lágrimas vivas.

—De quien es esa romanza? preguntó Elmonda.

—De Mr. Henry de Kock.

—Isidoro, cuando paseis por el posage del panorama, tendreis la bondad de comprar-mela?

—Descuidad, querida prima.

—Yo creo, murmuró José Tourinet, que el marido hace aquí el mismo papel que los perros en misa.

—Señores, hermosa noche para el Amante de la luna, exclamó Bouchonnier sin mirar á su esposa. Caballeros Tourinet, alguno de vosotros conoce à ese misterioso personaje?

—Sí, contestò José, me parece que os referis á Creps.

—Creps?... por ventura ese hombre se llama Creps?... Tal vez lo equivoqueis.

—Yo me remito á un pobre diablo que habita la cabaña de Roberdin. Un mentecato que hace de la noche dia y del dia noche.

—Justamente.

—Es el mismo.

—Como sabeis que se llama Creps?

—El mismo Roberdin me lo ha dicho.

—Creps!!! que nombre tan raro, observò madama Michelette, de seguro no està en el almanaque, yo no he visto nunca S. Creps... vamos, es menester ser un pagano para llevar semejante nombre.

—Es el nombre de un juego muy antiguo, dijo Bouchonnier. En otro tiempo, el creps era un juego muy de moda en Palais-Royal.

—Oh! que horror! llevar el nombre de un juego!

—Y por qué, bella mamà? yo conocì una madama l'Ecarté, que era sumamente hermosa: ya veis, se llamaba l'Ecarté, nombre de un juego, y no por eso dejaba de ser una moza de rechupete... Todo lo contrario, yo en vez de Josè quisiera llamarme mejor Tente-tieso.

—Callaos! siempre estais de broma!.. Pues lo digo, continuò la gorda mamà, ese hombre que se llama Creps es un tunante, un ladrón. Mr. Pastoureau lo ha visto robando cerezas, y madama Bertrand robando patatas.

—Mientras no sean mas que cerezas y patatas no es lo mas malo, murmuró el marido de Elmonda.

José Tourinet se echó un buen trago.

—Que mundo tan pícaro! exclamó: siempre será el mismo! Porque un hombre sea pobre y tenga los vestidos rotos, ya es capaz de cometer los mayores crímenes, se le mira como al ser mas despreciable! La pobreza! infeliz pobreza! odiada de todos y mirada como reprobada por el Omnipotente. ¿Por ventura, no encierras tú en tu seno el honor, la virtud y la caridad fraterna? ¿acaso porque el hombre sea pobre ha de ser criminal? Oh! no, cuantas veces la misma indigencia, en medio de sus infortunios, desafía à la riqueza en el fausto y molicie á que, como ella, ampare á la virtud y corrija el vicio! para que los hombres todos se miren como hermanos! Y sino, señores; quien fué sino Creps el que noches pasadas, en el incendio de la casa-blanca, salvò à aquella anciana que yacia descuidada en los brazos de Morfeo? En efecto, todos se ha-

bian salvado milagrosamente, la casa ardía por los cuatro ángulos, las escaleras se habían derrumbiada, y sin embargo, en el último cuarto aun quedaba una pobre vieja. Creps lo sabe, corre allí, pide una escalera de mano, sube por el balcon y saca triunfante á la anciana. Un momento despues se desplomò la casa. Y tambien la otra tarde, una infeliz madre lloraba y se desesperaba porque un chucuelo de cuatro años se le habia caido en una cisterna. Creps oye los lamentos, llega á la muger, sabe la causa de sus cuitas, arrojase á la cisterna y devuelve el niño sano y salvo á la madre. Digan ustedes, señores, entre muchas personas, que no roben cerezas ni patatas para mantener la vida, se encontrarán muchas de tan nobles sentimientos. Por ventura, entre los hombres ricos del mundo, los habrá tan caritativos como el Amante de la luna?

—Siendo así... exclamaron todos.

—Lo que yo puedo asegurar, dijo madama Clermont, es que cuando lo ví no me inspiró temor por cierto, como si fuera un asesino. Tuve miedo sí, al fin un hombre... á solas... desconocido...

—Señores, eso no prueba nada, replicó la mamá Michelette, mas que ese hombre es un temerario, un hombre que desprecia la vida

y no teme la muerte. Què pierde ese hombre con morir? nada , así como así morirá algún dia de hambre.

—Y què , señora , exclamò Isidoro ; siempre el bien es bien y reporta su triunfo ; alabèmos la accion buena , y prescindamos de las causas que la motiven. Alabèmos la accion justa , y premiemos al que la efectua sea quien sea... ahora que cigo decir eso de Creps , siento en el alma haberlo molestado la otra noche.

Mr. Pastoureau , á quien la tal conversacion no ofreciera placer ninguno , volvió á cojer la guitarra y empezó á preludiar.

—Madamas , si ustedes me lo permiten voy à cantar *la navecilla velera* , cancion algo antigua , pero muy bonita por cierto.

—Un momento , trovador! exclamó José Tourinet ; en vez de continuar vuestras jere miadas , me parece mas oportuno hicierais uso de la vela. No veis el viento tan hermoso que se ha levantado? Ahora es el momento critico de mostrar vuestra pericia marítima.

—Teneis razon! respondió Pastoureau levantándose y soltando la guitarra. Oh! este viento es sublime , encantador! Vamos á ver un bravo contramaestre.

—Yo voy á proa á ejeutar vuestras òrdenes. Diciendo esto , el flaco Tourinet , se vá á

donde estaban las señoras á esperar los mandatos de nuestro amo Pastoureau.

En efecto, el viento que en un principio fuera casi imperceptible, fuè aumentándose considerablemente hinchando con fuerza la débil vela. Emelina, como jamás se viera en una fiesta semejante, daba gritos de alegría.

—Ah! mamá, decia, que espectáculo tan gracioso! Mirad como la tierra huye de nosotros.

—Sí, hija mia, mas esto no puede durar mucho tiempo así. El viento es demasiado fuerte.

—Eh! no hay miedo, contestò Pastoureau con todo el convencimiento de un gran marino. Mr. José, soltad un rizo.

—Ayá vá, capitan... pero antes dadme ponche, porque la maniobra es fatigosa, con mil diablos.

—Pronto, pronto, Mr. José, soltad un rizo.

Pero el tal Mr. José no hacia mas que empinar la ponchera. El viento era desecho. Los remolinos del agua entraban en el esquife. La vela mal gobernada: y no sabiendo darle la vuelta precisa, habia puesto á la nave toda torcida: casi para dar la quilla. Las señoras empezaron á gritar terriblemente; palideciendo todos, atemorizados por los gritos y lo

fuerte del viento. El panzudo Bouchonnier viendo el pleito mal parado, se habia tendido, cuan largo era, entonando el *miserere*; y aun el mismo Pastoureau, lívido como un cadáver y con el pelo encrespado por el viento, parecia el génio del mal, lanzado en medio de las ondas.

—Yo creo, murmurò la gorda mamá haciendo pucheros, que soltais muchos rizos y... nos vamos á pasar por ojo... à mî no me gusta el pasarme por ojo...

—*Ne recorderis pec cata mea*: murmuraba Bouchonnier.

—No tenga usted miedo, gorda mamá, le decia Josè Tourinet, que si cae usted al agua mi hermano Pedro que nada mas que un atun os llevará en sus espaldas y parecereis á la diosa Venus saliendo de las olas.

—Gracias, querido, por la fineza.

—Si pudiéramos ganar la costa, dijo madama Clermont mirando con inquietud á Emelina.

Pero la jóven no participaba de los temores de la madre: para ella era aquello un completo jaleo. Cuando el corazon está henchido de placer, no se concibe como ecsista el miedo.

Pero ah!.. el viento sopla con horror... es un huracan el que se ha levantado y los gol-

pes de agua son terribles. La barquilla está pronta à ceder al furor de la tempestad y, amenaza á todos los pasajeros el ponerse por montera.

Elmonda, la celosa Elmonda, olvida en aquel momento todas las injurias que le ha hecho su marido, y se abraza á él con frenesí.

—Tiburcio, mi querido Tiburcio, salvame; que no muera yo comida por los canchales.

—*Et ne nos inducas in tentationes*, prorumpia suspirando Bouchonnier.

—Pero, caballeros, exclamò Isidoro levantándose con enejía, no adelantamos nada así, y estamos prontos á perecer sino tomamos una medida viva y decisiva. El viento es fuertísimo y la vela es la que impele la barquilla: recojamos pues esta, quitémosla y... veremos despues.

—Eso es, recojamos la vela, gritó Pastoureau.

—Todos los hombres arriba.

—Vos, Bouchonnier...

—Yo? *Sed libera nos á malo*; y se puso boca abajo.

—Señores, pronto, pronto.

—Emelina, si teneis la bondad de pasar

á otro lado... le dijo Isidoro con la mayor amabilidad: ahí estais espuesta á que una ráfaga de viento sacuda el velacho y os lastime.

En efecto, la amable niña se levanta, pónese en pié encima de una banqueta, trata de saltar á la otra y... oh! cielos! un golpe de mar ha sido furioso, ha sacudido la barquilla con furor y la hermosa Emelina, perdiendo el equilibrio, ha caído al agua.

Un grito espantoso se elevó del batel. Madama Clermont, pálida, llorosa, se levanta como una furia y quiere lanzarse en medio de las ondas.

Isidoro no ha visto caer á Emelina, pero ha oído el lastimero clamor: la jóven no está en la barca... todo lo adivina y arrojase en el lago.

El furor de la corriente era espantoso. En vano procura Isidoro luchar contra ella. El jóven apenas tiene tiempo para impedir el ataque de la corriente: un bulto aparece sobre las aguas: es Emelina.

—Allí está... allí está, grita la madre... Oh! Dios divino!.. virgen santa! salvad á mi hija... Ah! otra vez ha desaparecido.

En efecto, el bulto volvió á sepultarse en las olas. Madama Clermont iba á arrojarle también: no eran bastante las fuerzas de todos

los que iban en la lancha para detener á aquella aflijida madre.

—Oh! dejadme... dejadme, por piedad... mi hija... mi hija vá á morir, es preciso que yo la siga... ella es mi único consuelo en este mundo... hija mia... tu madre morirá contigo.

Madama Clermont se desmayó en los brazos de los que la rodeaban.

No habia duda, el rigor de la situacion se hacia cada vez mas penoso. Eran inútiles todos los esfuerzos que hacia el jóven doncel por acercarse á la jóven, la rápida corriente se la arrebatava de entre las manos... oh! no hay ya esperanza. Emelina ha perdido las fuerzas... Emelina vá á perecer... Oh! Dios piadoso! quien la salvará en este momento?

De repente un ruido sordo suena en el lago: las ondas se separan: este ruido es producido por alguna cosa que en él ha caído... oh! sí, es un hombre que nada con una destreza increíble... llega á donde está la jóven... la coje en sus brazos... se la echa á la espalda... vuelve á nadar otra vez y gana la vecina costa.

—Vive! vive! esclama el libertador con voz llena y penetrante, despues de haber depositado á la jóven sobre la arena.

En vano los de la barquilla trataban de ganar la playa en medio de su inaccion; ater-

rorizados por la escena que habian presenciado, no hacian sino confundirse en sus determinaciones. La corriente los arrastraba con furor y los iba á estrellar contra las rocas... oh! iban á perecer todos pues aquel sitio era el abismo de la muerte. Tampoco habia recurso para aquellos desgraciados.

El Amante de la luna, el mismo que habia salvado á la jòven, volvió á precipitarse en las olas, nadó hasta el esquife, amarró una cuerda en la proa y volvió á ganar la costa, desde la cual, ayudado de otros aldeanos, empezó á tirar del cordel impeliendo de este modo á la barquilla, la cual llegó, en efecto, á la playa salva de aquel terrible peligro.

—Venid, caro amigo... se ha salvado, exclamó Bouchonnier con alegría, así que se vió en tierra firme.

Es verdad: aun quedaba el jòven Isidoro entre las ondas y luchando tal vez con la misma muerte; pero aquel grito «se ha salvado» lo reanimó... cobró fuerzas y volvió á nadar con ardor.

Pocos momentos despues se hallaban todos en la playa, sanos y salvos; gracias al heróico sacrificio de la *caridad fraterna*, prestado por Amante de la luna.

Madama Clermont y Emelina continuaban en su desmayo. En unas cómodas angarillas colocaron à la madre y à la hija ; y los robustos aldeanos , testigos de aquella terrible escena , cargaron con ella hasta una inmediata casita.

Allí le prodigaron los mas eficaces confor-
tativos. No tardó Emelina mucho tiempo en abrir los ojos: la primera palabra de la jóven fué preguntar por su madre.

Esta continuaba en su letargo; pero al fin abre tambien los ojos... el primer objeto que se le presenta es su hija... oh! que placer! puede haber una felicidad mas grande? Emelina la abraza , la llena de besos y trata de reanimarla.

—Mamà , mamá mia , no os aflijais... mirad , vivo... estoy buena... completamente buena.

Aunque madama Clermont no pudiera hablar , las lágrimas que corrian por sus mejillas demostraban perfectamente, el placer que sintiera su pecho.

—Y tu salvador? pregunta al fin la madre con un acento indefinible.

Y despues , como repara cerca de su hija al jóven Isidoro con los vestidos mojados, continuò:

—Ah! caballero, sois vos quien la habeis salvado?

—No, señora, contestó Isidoro. Yo no hice mas que tirarme al agua y acercarme à vuestra hija, pero en la rapidez de la corriente no hubieramos hecho mas que morir los dos... Pero el cielo poderoso nos envió un libertador... un hombre que se lanzó en las ondas y la sacó de los brazos de la muerte.

Madama Clermont miró hàcia todos lados. El Amante de la luna habia desaparecido.

—Donde está ese hombre? preguntó, quiero verlo... quiero prosternarme ante él, besar sus vestidos, porque me ha dado la vida... más que la vida, salvando à mi hija.

—Es verdad, se ha marchado, dijo la mamá Michelette; ese hombre es original, marcharse sin que le agradezcan los beneficios!.. porque al fin es un pobre, y vos, madama, siempre le daríais alguna cosa.

—Es que á nosotros tambien nos ha salvado cuando ibamos á perecer contra las rocas: replicó Bouchonnier.

—Todos le debemos la vida.

—Quien es pues ese hombre?

—El Amante de la luna.

—El Amante de la luna!!!

—El mismo, señoras.

—Oh! hija mia, es preciso que busquémos à ese misterioso personaje y le demos las mas espresivas gracias, le bendigamos en nombre del cielo.

—Sí, mamà, irémos, sì... pero tambien el señor (señalandole á Isidoro) ha espuesto su vida por salmarve y... no es menos acreedor à nuestro reconocimiento.

Madama Clermont cojió la mano del doncel y la apretò con entusiasmo. Habia en este apreton una fuerza tan secreta é instintiva que el tierno jóven no pudo menos de enternecerse.

Mr. Pastoureau era el que estaba arrinconado. El pobre contramaestre estaba lelo: le parecia que acababa de salir del sopor de una terrible pesadilla.

—Señor piloto, por poco nos mandais á dar las buenas noches à los peces: dijo Elmonda. Señoras, quando quereis que volvamos otra vez á pasear por el lago?

—Nunca, jamás; exclamò la gorda mamà, Dios me libre que vuelva à embarcarme aunque sea en un navío de línea.

—Ah! señores, que desgracia, exclamò de pronto José Tourinet (el flaco), con la jarana nos hemos olvidado de mi hermano Pedro. ¿Donde estará?... se estará quizá ahogando?.. Pedro, Pedro, donde estás, pichoncito?

Todos abandonaron la casita y volvieron á la orilla del lago.

El perdido Periquito estaba sentado en la barquilla llorando á lágrimas vivas.

—Que tienes tontuelo? le preguntó su hermano.

—Ah! eres tú?

—Sí, ¿por qué llorabas?

—Porque he visto un bacallao saltando en el agua y creí que eras tú, que te estaba ahogando.

Todos rieron de la ocurrencia y volvieron à emprender la vuelta.

Pocos momentos despues entraban en Corbeil, elogiando à Creps y renegando de la canoa de Mr. Pastoureau.

Isidoro, despues de cambiar de vestidos, fué à despedirse de Emelina y su madre, pues al dia inmediato se volvia à Paris. Mas no es ya un simple conocimiento el que lo liga à las dos damas, es sí un reconocimiento eterno de la una y de la otra.



5.

La cabaña de Roberdin.

AL dia siguiente en que tan terriblemente fueron amenazados los inocentes dias de la jóven Emelina ; madama Clermont y su hija, al despuntar la Aurora , se dirigian con pasos acelerados hácia la barraca de Roberdin , para rendir las mas eficaces gracias y recompensar, en algun tanto, sus trabajos al animoso Creps, por la salvacion de la tierna jóven.

La cabaña se hallaba situada fuera de la

aldea , en una encrucijada cercada de montes y malezas.

Un aspecto triste y salvaje revelara á primera vista aquel sitio tan lóbrego. La humilde choza , bastante grande en verdad , estaba formada de ramas y palos de encina , cercada de una alta tàpia de barro y ladrillos para dar lugar al establo de las bestias.

Tres años hacia que Roberdin la habitaba, y segun afirmaban todos, el tal señor era capaz de cualquier cosa con tal que se sacara plata. Nadie podia achacarle positivamente ningun crimen y sin embargo todos huian hasta de su sombra. Los viajeros que en su cabaña se recogieran jamàs fueron robados, mas siempre el pago del hospedaje concluia por disputas y cachetes. Es verdad que sus huéspedes se componian de carreteros, arrieros y pastores, gente la mas apropósito para disputas y quimeras cuyo raciocinio mas convincente es la fuerza , y de la cual Roberdin era un soberbio lògico.

No faltaba quien afirmara que el tal individuo era un prófugo galeote, á quien la guardia civil de Francia lo toleraba por razones secretas. Esto era cierto? Por ventura no podia ser una mentira? El mundo es tan mordaz!

Vamos á madama Clermont y á Emelina que seguian su marcha sin direccion pues ja-

más habian emprendido tal camino. Este era escabroso, lleno de lodazales y espinos: mas qué importa! ¿no era al libertador de su hija á quien la bella dama iba à ver? ¿no era aquel hombre el que habia espuesto su ecsistencia por salvar la de la inocente jóven? pues era preciso que el noble y generoso corazon de madama Clermont demostrase su agradecimiento, era preciso aunque el libertador fuera un asesino... un bandolero... un malvado.

La tierna jóven seguia à su madre á cierta distancia, y aunque su corazon rebose de los mismos sentimientos de gratitud y reconocimiento, sin embargo, sus pasos eran pesados y tardíos.

—Qué tienes, hija mia? estás cansada?

—No, mamá, pero es tan malo el camino!

—Y què tiene que ver eso comparado con el placer de el agradecimiento?

—Ignorais por ventura que también ecsiste otra persona no menos acreedora á él?... Mr. Isidoro se arrojò tambien al agua por salvarme... espuso tambien sus dias... por poco perece.

A medida que la tierna doncella pronunciaba estas palabras, iba aumentándose su rubor y embarazo. Es verdad; pero hablaba de Isidoro y no hay duda que hay ciertos nom-

bres que solo su recuerdo, solo el pronunciarlos, nos hacen poner como una escarlata: y sin embargo, es tan dulce al corazon pronunciar tales nombres!

Madama Clermont examinó á la jóven Emelina y con una sola ojeada sondeò su corazon. Despues los tiernos ojos de la madre se fijaron en los espresivos de la hija: la contempló con recojimiento y tristura y un profundo suspiro se escapó de su pecho: despues, por un movimiento espontáneo, coje á su hija en sus brazos, la estrecha contra su corazon, la abraza con ecsaltacion profunda y como si quisiera preservarla de un iminente peligro la cubre con su cuerpo.

—Qué teneis, mamá?... he dicho alguna cosa que no esté en el òrden?

—No, hija mia, sino que siento en este momento un deseo vivo de estrecharte contra mi seno. Ah! cuando estuve ayer casi para perderte... ah! me parece que ahora te quiero mas.

—Mamá mia.

La hermosa jóven llenò de besos à su madre.

—Sì, me amas, harto lo sè, vida mia, es verdad?

—Oh! mas que á mi ecsistencia.

—Sí, con eso tu madre será para tí una hermana... la mejor amiga á quien tú consultarás y darás parte de cuanto sienta tu corazón.

—Sí, mamá, una amiga... la única de mi mayor confianza... una amiga!! cuan dulce me es llamaros así.

—Sí, hija amada, una amiga á quien le contarás todo.

Emelina se detuvo un momento.

—Crecis, mamá, que yo os oculto algo?

—No, gloria mia, este convenio es para el porvenir.

—Me parece que sospechais sobre Mr. Isidoro...

—No, bien sabe Dios que jamás olvidaré la heroica accion de ese caballero... quizá ayer en medio de mi estupor no le diera las gracias suficientes... pero pronto lo volverémos á ver y repararé ese olvido involuntario.

—Oh! sí, pronto lo volverémos á ver... vos misma lo habeis invitado á ello.

—Sí, es verdad... y tal vez haya hecho mal, murmuró madama Clermont clavando los ojos en la tierra. Yo no debia haber salido de mis antiguas costumbres... sin embargo, el motivo ha sido tan natural! Dios mio! si hubiera podido preveer antes... las consecuencias

que tal vez tenga esto algun dia...

La hermosa madre, en este momento de expansion natural, olvidó que su hija la escuchaba y manifestó sus mas ocultos pensamientos. La tierna niña experimentaba un sentimiento profundo al ver el arrepentimiento que su mamá manifestara de haber conocido al primo de Mr. Bouchonnier.

—Pero, hija mia, dijo la esbelta madre saliendo de su meditacion; olvidamos el objeto de nuestra marcha... anda, hechizo mio, apresuraremos el paso, la choza de Roberdin no puede estar muy distante.

—Tal vez sea aquella, dijo Emelina señalando la barraca desierta.

Pocos momentos despues la dos damas se paraban à una distancia de la cabaña, observando los alrededores.

—Ay, mamá, que sitio tan lóbrego... tengo miedo.

—Es verdad, el sitio es cruel, pero reflexionémos que lo habita tu libertador y desaparecerà el miedo como el humo. Entrémos, hija mia.

La cabaña, como ya hemos dicho, es sumamente espaciosa y capaz: tenia la puerta bastante grande, en proporcion de el edificio, abierta de par en par.

Dos hombres estaban sentados delante de una mesa, echándose buenos tragos de aguardiente. El uno era bajo, de figura adusta y espresiva; un chaqueton de estameña, pantalón de cuero y botines de lo mismo, y un gorrito griego que, en sus primitivos tiempos, seria tal vez encarnado, era su equipaje. Los rayos del sol naciente, que entraban por los resquicios de las paredes, iluminaban su cara bastante ingrata en verdad; pues sus ojillos grises y penetrantes, su nariz roma y su boca maliciosa, no indicaban bastante nobleza y confianza por cierto. Tal era el ciudadano Roberdin.

El otro prójimo es inútil hacer su descripción: es el mismo que el padre Martinot y su hijo encontraron en el Puente-Nuevo.

—Conque tú aquí pasas el tiempo... hecho un papanatas, dijo el de la blusa echándose un trago.

—Ya lo ves.

—No te conozco.

—A lo menos estoy á mi libre albedrío.

—Sí, buena libertad por cierto, con tal de no salir de estos contornos.

—De vez en cuando hago mis escapadillas á Paris... se va y se viene en un vuelo.

—Sí, por los caminos de hierro.

—Notable invencion , útil hasta para nosotros mismos.

—Hombre , y qué te haces aquí?

—Ya lo ves , vivir en paz y en sosiego.

—Y estás solo?

—No , tengo mi sirviente... una paisana que es para todo.

—Bueno , eso me gusta.

—En este momento... quizás haya ido por la comida para los huéspedes.

—Camarada , es esto fonda?

—No , pero mi casa està abierta para todos , y segun sus proporciones así pagan la hospitalidad.

—Ya te entiendo , buena pieza , es decir, que si algun rico pisa tus umbrales , no se irá sin dar hasta el último ochavo.

—No , te engañas , hace tiempo que he renunciado á los *negocios*: mi oficio de leñador me proporciona lo bastante para vivir con comodidad y... en el dia soy un hombre de bien completo.

—A mí me lo dices? hipocriton! vaya , no lo creo. El diablo metido á santo!

El de la blusa se echò un terrible vaso de aguardiente.

—Pues créelo , es la verdad ; contestó Rotherdin imitando à su compañero.

—Dime , chico , continuó , me han dicho que hace tiempo andas oculto.

—Sí, es porque no me quiero poner *moreno*.

—Y dime , que viento te ha traído por mi casa.

—El deseo de verte y despues un *negocio*.

—Un negocio?

—Sin duda.

—Al cantó. Sobre la marcha.

—Es inútil , yo no sabia que te habias hecho hermitaño y contè contigo para el efecto. Pero que demonio! si te lo digera titubearias como un niño de trece años , eres un *monge* completo.

—Habla, verémos. Tal puede ser el *negocio*.

El hombre de la blusa , despues de tirarse un buen vaso , iba á hablar á Roberdin sobre el *negocio* , cuando se sintieron unos leves pasos á la puerta.

Madama Clermont y su hija se presentaron en la cabaña.

Por un movimiento instintivo , los dos hombres volvieron la cabeza y se encontraron con aquellas dos madamas tan bellas y elegantes. En efecto , Emelina y su madre , en medio de aquella negruzca choza y entre aquellos hombres tan feos , parecian dos divinidades en medios de los abismos.

Las dos mugeres temblaron sin saber porqué.

—Que tal, tunantuelo? dijo al oído el de la blusa à Roberdin, no decias que no venian á tu casa mas que carreteros y labradores? mira que cosa tan buena se nos ha aparecido. La una y la otra son que ni á pedir de boca... yo con cualquiera de las dos me contento.

Roberdin se sonrió con malicia: despues, dirigiéndose à las que acababan de entrar, les dijo:

—Señoras, gustais de refrescar?

—No, caballero, no; gracias; contestó madama Clermont asustada por las miradas tan provocativas que el hombre de la blusa le dirijiera. Sois por ventura el dueño de esta barraca?

—Servidor de usted, madama.

—No se aloja aquí... un individuo... que no sale sino de noche... un personaje misterioso... el amante...

—Ah! sí, Creps.

—Sí, señor, sin duda; pues bien, caballero, si ese Creps estuviera ahí... quiero verlo... hablarle...

—Ah! teneis negocios particulares con él? preguntò Roberdin con una sonrisa maliciosa y cambiando un codazo con Garguille (el de

la blusa) que no dejaba de decir:

—Oh! buen bocado... yo preferia mejor á la otra, estoy por las carnes duritas... hui que gusto!

—Sí, señor: caballero, yo deseo hablarle; pues ayer tarde espuso su vida por salvar la de mi hija, y quiero agradecerle... su favor. Llamadlo, caballero, y decidle que la madre de la jóven á quien salvó ayer, quiere verlo.

—Sí, madama, ahora mismo voy à decir à Creps todo eso y... aunque dificulto que venga...

—Sí, rogadle y decidle que se lo agradeceré.

—Pues bien, señoras, aguarden ustedes aquí un momento.

—Oh! cuanta molestia vais á tomaros...

—Que disparate!

Roberdin salió de la cabaña. Garguille lo siguió.

—Dime, conque me dejas con las dos palomas? bueno: á la vuelta te prevengo un buen bocado.

—Calla! estás loco? esas damas son de la aldea y al momento vendrian à prendernos.

—Como hay tantos medios para que no charlen.

Diciendo esto Garguille, se llevó la mano á la cintura y enseñó el cabo de un cuchillo.

Roberdin se estremeció.

—Pues, mira, si le sucede à esas señoras lo mas mínimo en mi casa... nos veremos las caras.

Roberdin, despues de lanzar una mirada terrible al de la blusa, se separó aceleradamente.

Garguille lo contemplò un momento con sorpresa.

—Es original! ese hombre se ha vuelto un cartujo. Bien, en tu casa no les sucederá nada, pero... fuera, oh! fuera ya será otra cosa... yo sé lo que he de hacer.

Entrémos nosotros otra vez en la cabaña antes que este infame.

—Mamá, decia Emelina echando una triste ojeada à su al rededor, permaneceremos aquí poco tiempo?

—Quien lo duda... pero, hija mia, tu tiemblas ¿què tienes? temes acaso alguna desgracia? no tiembles, idolo mio, esta es una casa abierta para todo el mundo.

—Sí, la verdad, tengo miedo... esos hombres que salieron ahora poco... tienen una facha tan siniestra...

—Roberdin es muy politico... sumamente atento.

—Sí, pero el otro...

—No temas, paloma, esta es una posada hospitalaria...

—Posada! murmurò Garguille entrando en la cabaña. Sois muy galante, señora, esto es un boquete, un verdadero nido de orugas.

Despues de haber dicho esto, el miserable lanzó una mirada á las dos damas llena de un cinismo revolucionario.

Emelina bajò los ojos: madama Clermont palideció y temblò instintivamente.

—Oh! me parece que ese caballero no vuelve, dijo madama Clermont al cabo de algun tiempo é interrumpiendo aquel silencio sepulcral. Tal vez seria mejor que le saliésemos al encuentro.

—Sí, teneis razon, me parece que estando nosotras fuera volverà mas pronto. Dadme el brazo, mamá mia.

Las dos divinas criaturas se dirijiéron á la puerta de la cabaña.

—Atràs, esclamó Garguille con voz de trueno, corriendo hàcia la puerta é interceptando el paso. Roberdin no puede tardar nada, lo repito.

Las pobres mugeres se detienen, palidecen y tiemblan. Madama Clermont hace el último esfuerzo, se sonrie y, aparentando un ánimo sereno, dice:

—Sí, tiene razon ese caballero; aquí lo esperaremos mejor.

—Señoras, no creais que aquí estais con mala compañía: además, el que viste una blusa y un casquete tambien tiene un corazon en el pecho y... este corazon se apasiona tambien.

—Y ese Creps que no viene? murmuró madama Clermont.

La pobre Emelina, livida como la cera, miraba de hito en hito al hombre de la blusa.

—Qué tal, os parezco guapo? le preguntó este; pues sepa usted, niña mia, que me está matando con sus miradas... Oh! no puedo resistir mas.

El brutal Garguille corrió hacia la joven, la cojió por un brazo y... no se sabe lo que hubiera hecho mas, si la puerta de la cabaña no se hubiera abierto en aquel momento.

Era Roberdin.

Madama Clermont que habia corrido con prontitud á la defensa de su hija, se volvió al leñador sobresaltada hasta lo infinito.

—Y bien, y Creps?

—Señora, lo siento mucho, pero Creps se ha negado á seguirme. Le he dicho que dos señoras querian verlo, le he referido el objeto de vuestra visita y me ha contestado: «Vaya

una cosa grande para que se tomen el trabajo de venir hasta acá: salvad à uno que se ahoga! que cosa mas natural, y què tiene eso de extraño sabiendo nadar como yo? decidle á esas señoras que pueden retirarse, y que mi accion no es tan digna de elogio como suponen.» Despues que me dijo esto volvió á acostarse, y creo que ya se habrá vuelto à dormir.

—Cómo! y què, rehusa el vernos?

—Como lo ois, señora, y cuando èl dice una cosa, firma el rey.

—Entonces, mamá, podemos retirarnos: murmuró Emelina que, enlazada con avidez al brazo de su madre, miraba al soslayo à Garguille, cuyas miradas de tigre amenazaban al leñador.

Por toda respuesta, madama Clermont sacó una bolsa de seda y, contando cuatro napoleones en oro (único dinero que llevara) los entregó à Roberdin.

—Tomad, caballero, entregadle esta corta cantidad à Mr. Creps; yo no soy rica, quisiera darle mucho mas, pero es una muestra de mi gratitud; y decidle tambien que madama Clermont y su hija le vivirán eternamente agradecidas.

—Madama Clermont y su hija... corrientemente, no se me olvidará; pero como ese Creps

es tan raro, dificulto mucho que acepte el dinero.

—Hombre, pues no lo ha de aceptar! exclamò Garguille, à quien la vista de los napoleones lo habia completamente transfigurado, el oro no se desprecia nunca.

—Ya, hija mia, podemos marcharnos cuando quieras.

Las bellas damas se dirijieron á la puerta. Mr. Garguille corrió hàcia ellas, pero Roberdin lo detuvo; lanzòle una mirada terrible y despues, sonriéndose, se volvió á las señoras y las despidió.

—Señoras, à los pies de ustedes. Descuidad, que cumpliré perfectamente el encargo.

La madre y la hija salieron de la barraca andando sumamente de prisa, y no tomaron aliento hasta que se vieron muy léjos de la cabaña...

—Buenos pàjaros se nos van... Pero paciencia, otra vez caeran como den en la mania de ser tan agradecidas. Así como así, nos ha dejado buenos cuartos, que creo no harás la barbaridad de entregarlos à ese habieca.

—En efecto, pensaba dàrselos... pero tienes razon; me quedo con la propina.

—Ves tù como te hace falta un buen consejero; ya te ibas beatificando demasiado.

—Yo me entiendo y bailo solo.

—Ea , pues partámos la pecunia.

—Que la partámos? reflexionò Roberdin,
Bueno , eso será cuando me participes el tan
importante negocio.

—Ah! bribon , todavía no has perdido las
mañas de antaño?

—No sè!.. pero soy curioso en extremo.

—Bien: bebámos ahora , echèmos buenos
tragos y luego hablaremos del asunto.

—Corriente.

Los dos hombres volvieron á la mesa, con-
tinuaron su aguardientuno desayuno y partie-
ron , entre sí , las piezas de oro destinadas al
Amante de la luna.



Al rayar el día.

AQUELLA misma noche del día en que hemos visto à madama Clermont y Emelina ir á la floresta abandonada para dar las gracias á su libertador, aquella misma noche, repito, una silla de posta entraba en Corbeil: parándose á la puerta de la mas suntuosa posada.

Ya era hora en que los dueños de ella iban á meterse en la cama, porque en las aldeas y pueblecitos pequeños, está muy de moda que, aunque la casa esté llena de huéspedes, el po-

sadero y la posadera se acuesten para levantarse muy temprano.

Pues, vuelvo á decir, ya los dueños iban á acostarse cuando la llegada de la silla de posta cambia las disposiciones dormitivas, puesto que los que se apeaban en la casa eran un gran caballero y una elegante señora.

El posadero se frota los ojos á fin de darse un aire sumamente despierto, pero el infeliz no consigue mas que llamarse una fuerte fluxion; pues prosigue en sus esperezos y bostezos. La buena Magdalena (la posadera) reniega de la tal llegada, puesto que ya estaba reconciliando el sueño, y empieza á despertar á los criados que roncaban á pierna suelta.

Los viajeros que no son otros que Monvillars y Valeria, entran en la sala de recibo.

La muger del mayor estaba pálida y contráida. Monvillars tiene un aire inquieto y disgustado; y sin embargo, cuando Valeria lo mira parece que su corazon se llena de gozo y apresura sus latidos.

—Ustedes querrán tomar alguna cosa? preguntó el posadero inclinándose hasta el suelo.

—Por supuesto, nos servireis de lo mejor que haya... de lo mas esquisito.

—Yo por mi parte, dijo Valeria, no quiero nada, solo sí descanso: oh! estoy sumamen-

te fatigada... y necesito recojérme.

—Patron, cuanto antes, un cuarto bien preparado.

—Oh! descuidad, el mejor de la casa.

—Pues al avio.

—Digame usted, caballero, cenareis en el cuarto de madama?

—No... me servireis aquí... es decir, en un sitio que no sea muy concurrido.

—Bien. Justamente tengo un salon reservado... que no lo cedo asi como quiera... pues voy à mandar preparar el cuarto para la señora; si se ofrece algo tocad esa campanilla.

—Oiga usted, patron. Que me traigan las pistoleras que tengo en la berlina.

—Corriente.

El posadero desapareciò. Monvillars cojiò una mano de Valeria, la estrechó contra su pecho y le dirijió una ardiente mirada.

—Què tienes, vida mia?... Estás mala?... sientes algo, pichona?... preguntòle Monvillars besàndola y abrazàndola con ardor.

—Sí, estoy fatigada, ya ves, correr en posta sin cesar... si à lo menos descansàramos aqui algunos dias, veria este pueblecito tan celebrado... pero no, mañana apenas amanezca volveremos à marchar. Me esplicaràs, Arnold, porqué cuando nos dirijiamos hácia el

camino de Italia mandastes volver atras?... vamos quizá otra vez á Paris?

—No, gloria mia. Esta era una medida indispensable: tu marido nos sigue los pasos y con esta contramarcha era necesario dasorientarlo. El nos buscará por el camino de Italia, nosotros llegaremos allá tambien, pero será por otro lado.

—Mi marido! tienes la mania de que el mayor nos sigue... y tal vez Giroval ni aun se acordará de mí.

—Crees tú, ángel mio, que sea tan fácil el olvidarte?... no, hermosa mia, no, y si alguno intentara el arrancarte de mis brazos... oh! la muerte... una muerte horrorosa...

—Tal vez no sea eso necesario... quizá tu me abandones antes... y entonces esta infeliz muger que te ha seguido... (Valeria soltó una lagrimita.)

—Valeria, por nuestro amor, hace dias que estás desconocida... dudas acaso de mis palabras?

—No se que te diga... puedes jurar que nunca me has mentido? (La jóven lo mirò con intencion.)

—Jurar! no te comprendo... si te remites al encuentro que tuvimos con aquellos paisanos que se empeñaron en que yo era su hijo...

—Sí, dijeron que eras Constancio Martinot, hijo de un viñero de Borgoña.

—Dios mío, y como has podido retener todo eso?

—Aquel anciano estaba tan convencido de que tu eras su hijo...

—Aquel anciano deliraba.

—Luego se te parecía tanto...

—Hay tantas fisonomías que se nos parecen!

—Por último, si fueras efectivamente ese Constancio Martinot... no sería por cierto un crimen... no te había de amar por eso menos.

—Sin duda, no tenía porque ocultarlo. Mas, te lo repito, yo soy Arnold baron de Fridzberg...

—Y entonces por qué cambiabas de voz cuando hablabas con aquellos borgoñeses?

—Valeria, estás, vida mía, muy majadera con tus observaciones y...

—Te incomoda?... Pues silencio, no te volveré mas á hablar del particular.

En este momento entró el posadero seguido de Magdalena.

—Cuando la señora guste, dijo esta, la conduciré á su cuarto.

Valeria se levantó y siguió á la posadera. Monvillars se levantó tambien y se dirigió al

reservado salon donde tenia preparado su cubierto.

Cojió las pistolas, observó que estaban bien cargadas, las puso sobre la mesa y empezó á cenar con un apetito desahogado.

Un momento despues entró el posadero con un libro y una pluma.

—Caballero, usted perdone, dijo, pero bien sabeis el uso de las posadas...

—Sí, quereis saber mi nombre?

—Es un deber, señor caballero.

—Pues bien... El conde de Norbelle y su esposa... procedentes de París... viajando para Suiza.

El posadero, haciendo gestos de admiracion y lleno de entusiasmo, escribió en el libro de asientos:

«El señor conde de Norbelle y su esposa... viajando para Suiza.»

Apénas acabara el posadero de tomar las señas, oyose el ruido de otra berlina que parara à la puerta. Monvillars cojió una de sus pistolas.

—Caballero, dijo à su huésped, cuidado como entra aquí nadie... ni decís que yo estoy dentro, tengo causas políticas para ocultarme... de lo contrario...

Monvillars apuntó con la pistola al pecho

del posadero. Este , aterrorizado y muerto de miedo , se cayó en el suelo como un marrano.

—Señor conde... no tengais cuidado... no os harè traicion... por què me amenazais?... quereis... quereis cometer un... un homicidio?

—Punto en boca, dijo Monvillars tendiéndole la mano y ayudándolo à levantar.

La moza del comedor entrò en el aposento.

—Señor Cláudio , dijo , ahì están unos cabelleros y unas señoras , esos que vienen de Paris à pasar la temporada y... piden ponche... y la sala de billar. Se han empeñado tomar esto por un café... Vienen de broma...

—De broma , eh? para fiesta está la zorra. Nada , aquí no hay billar... á la calle... á la calle... al momento.

La sirvienta se retirò. Monvillars , despedido de haberse dejado llevar de un arrebató , guardó las pistolas ; y cojiendo una mano del posadero , le dijo con sumo agrado y cortesania:

—Esto que acaba de pasar entre nosotros , querido patron , no debe alarmaros. Mas , os lo repito , si alguno viniese preguntando por un caballero y una señora , cuidado como nos descubris... necesito viajar oculto... y cuando me vaya os pagarè la cuenta sin ecsaminarla.

—Lo entiendo perfectamente, señor conde;

podeis figuraros que soy un muerto... à buen seguro que diga esta boca es mia.

Monvillars concluye de cenar y se dirige al cuarto de su esposa, la señora condesa de Norbelle.

—Canario con el tal conde, y que esplicaciones tiene... por fin, del mal el menos paga la cuenta sin ecsaminarla y... mas yo no sé porque desearia yo que ese hombre jamás hubiera pisado mis umbrales! Pues, señor, reuñámonos con Magdalena, pobrecilla! tendrá los piés como la nieve! ya se ve, está acostumbrada à que yo se los caliente y... por poco el señor conde me manda esta noche al infierno. Que hombre tan bruto!

No hacia mucho tiempo que maese Cláudio se habia reunido con su helada Magdalena. No pensaba amanecer en buen tiempo, cuando unos aldabonazos terribles, dados en la puerta de la calle, sacaron al posadero de su amodorramiento.

—Vamos, dijo, están empeñados en molestar-me esta noche.

Maese Cláudio se puso de rodillas sobre la cama, abrió una ventana, sacó por ella la gaita y preguntó:

—Quien?... quien es?

Un viagero á caballo era el que llamaba, esponiendo á Cláudio à tomar una pulmonia.

—Abra usted, patron, es un viagero que vá á pasar la noche que queda en vuestra casa.

—Un viagero?... todos los mezos están acostados.

—Pues despertarlos.

—Es tarde.

—Vá á amanecer pronto.

—Entonces, buen viaje, amigo.

—Abra usted la puerta ò la echo abajo.

—Bueno, allà voy, mi amigo. Espere usted un momento.

El posadero cerrò la ventana.

—Yo no se que diablos tienen hoy todos mis huéspedes que estan dados á satanas.

—Anda, acuestate, Cláudio, le dijo Magdalena, que ese hombre no merece la pena que nos incomodemos; llama á Juanillo y Mariquita, que ellos lo despacharán.

—Tienes razon, morena, los muchachos podrán servirlo, y á tí no te se enfriaran los pies.

Juanillo y Mariquita fueron llamados, y así que recibieron las órdenes oportunas, corrieron à abrir al importuno pasajero.

—Vive Dios que sois unos perezosos... he estado echando la puerta abajo.

—Señor, usted perdone, pero hasta este

momento no nos ha llamado el amo... y como estábamos en el primer sueño!

El mayor Giroval (porque es él en cuerpo y alma) se apeó del caballo, entregó la rienda á Juanillo y siguió á la muchacha que, con una palmatoria en la mano, lo condujo á la sala de recibo.

—Usted, señor caballero, no querrá tomar nada? preguntó Mariquita que parecia dispuesta á volverse á su cuarto.

—Sí, aguarda... tengo que hablarte.

Diciendo esto, el mayor sacó diez francos y entregándoselos á la muchacha continuó:

—Eso es para tí, con tal que contestes con verdad á cuanto te pregunte.

Mariquita que, desde que es moza de la posada, jamás ha recibido una propina tan crecida abrió tanto ojo.

—Preguntad, señor caballero; yo contestaré la verda.

—Escucha: ¿ha venido hoy á la posada un caballero y una señora... jóvenes los dos... ella preciosa... ojos azules... cabello rubio... él moreno... aspecto atrevido... mirada penetrante..?

—Ah! sí, ya sé lo que preguntais. Sí, señor, han venido hoy esos sujetos que dice usted.

—Han venido!.. y á qué hora?

—Serian las nueve de la noche.

—Y á qué hora se marcharon? Por donde se fueron? hácia qué lado tomaron?

—Si no se han marchado todavía. Están durmiendo.

—Durmiendo!!!

—Sí, señor,

—En un mismo cuarto?

—Y en una misma cama.

—Gracias á Dios: ya los pesqué.

El mayor diò una cabriola de contento. El placer de una venganza pronta dió á sus facciones una espresion de satisfaccion indecible. Levantò las manos al cielo y sus ojos radiaron de alegría.

—Gracias, Dios mio, porque la hora de la venganza ha llegado.

Despues el mayor, como sino creyera lo mismo que habia oido, volviò á interrogar à Mariquita.

—Dime, muchacha, no te habrás equivocado? Mira que un error, en tan críticas circunstancias, seria imperdonable.

La sirvienta se metiò la mano en el pecho y sacó un hermoso pañuelo de batista.

—Mirad, este pañuelo, contestò, lo he encontrado en la escalera; sin duda esa seño-

ra, al subir, se le caería, y como se han recogido tan pronto, no he podido entregárselo... tiene cifras bordadas... oh! es un pañuelo magnífico.

El anciano militar contempló el pañuelo: no había duda, era el de su esposa. Las cifras eran las suyas... él mismo lo había visto bordar. Su gozo era completo.

—Sí, es ella... es la que busco... y donde está?

—Aquí encima, en el primer piso.

—Por donde se sube?

—Por esa escalerita de la derecha.

—Y dime, ese aposento tiene alguna ventana... ó puerta que caiga al campo... por la cual pueda escaparse...

—No, señor, no tiene mas que una ventana de reja que dá al corral, y la puerta de la mesetilla.

—Pues ya cayeron.

—Ay señor, venis á prenderlos? Son ladrones por ventura?

—No, son mis... hermanos.

—Ah! ya. Y no quiere usted tomar nada?

—Nada. Déjame esa luz y vete.

Mariquita obedeció. El mayor se encontró solo en la sala: la primera operacion que hizo fué meterse la mano en los bolsillo del leviton

y sacar un par de pistolas escelentes. En seguida vase de puntillas al pié de la escalera y escucha con atencion.

—Nada, ni aun se sienten. Están dormidos.

Despues vuélvese á la sala, contempla las pistolas y esclama:

—Asesinar á una muger!.. y tan hermosa!.. á la que he amado como á mi vida! Serà una venganza noble?.. Tal vez algun dia el arrepentimiento.

El mayor se enjuga el copioso sudor que por su frente corre y continua:

—No, á ella no. A él, á él solo debe dirijirse mi venganza... Mas un valiente general no debe ser un asesino; no, lo sacaré al campo y en formal duelo lo batiré, el Dios de la justicia guiará y sostendrá mi brazo.

El honrado veterano vuelve á meter las pistolas en el bolsillo. Llega á la escalera y la sube, pero por mas que Giroval trata de subir con precausion, sin embargo, sus pasos no eran tan ligeros como para que se perdieran en el silencio de la noche.

Monvillars que se halla á un duerme vela, se despierta siéntase en la cama y escucha:

—No hay duda, alguien sube.

—No, amigo mio, es ilusion; el ruido ya pasó, serian algunos paisanos... algunos carre-

teros que saldrán antes de amanecer... será necesario que una dèbil muger te dé ejemplo de valor?

Monvillars escucha... los pasos han cesado... todo sigue en silencio.

Dos golpecitos dados con discreccion á la puerta del aposento , lo sobrecojen de terror.

Monvillars tiembla y al fin esclama:

—Quien es?

—El mayor Giroval.

El acento de la voz es harto conocido. Valeria , lívida como un cadáver , toda llorosa , se abraza à su amado raptor. Monvillars la separa con dulzura , le dá un ardiente beso y contesta con voz firme:

—Aguardad un poco , caballero.

El mayor se detiene. Monvillars se avia en un momento , coje las pistolas , abre la puerta y sale fuera , parándose en el dintel como para impedir que el ultrajado esposo llegase hasta el lecho de su consorte. Pero se sorprendió cuando vió que el mayor no tenia tal deseo , y que su intencion estaba muy lejos de penetrar en el aposento. Al contrario, Giroval se dirige hácia la escalera y le dice:

—Me parece , señor baron , que comprendéis mi deseo... teneis pistolas , yo tambien... conquese asi seguidme.

—Adelante, señor mayor.

El militar baja primero, Monvillars lo sigue.

Ya iba renaciendo el crepúsculo de la mañana y una vaga claridad se extendía por todas partes. El muchacho de la cuadra estaba ya limpiando los pesebres y amarrando el caballo del mayor. Al ver á aquellos dos hombres tan temprano y con una pistola cada uno, se sobrecoje de temor.

—Abrenos la puerta que cae al campo, dijo el mayor.

—Pero, caballeros, tan temprano... y en ayunas... quieren ustedes tomar algo...

—Vamos, àbrenos pronto, replicò Monvillars con acento altanero.

El muchacho abrió la puerta: Giroval salió el primero.

—Pronto, dos caballos de posta y que enganchen la berlina para cuando vuelva: y esto para tí.

Esto fuè lo que dijo Monvillars al atravesar la puerta cochera al oído de Juanillo, entregándole una pieza de veinte francos.

El mayor, andando à grandes pasos, se encaminaba á la floresta. Monvillars lo seguía mirando á todas partes à ver si alguien los siguiera. No tardaron en encontrarse los dos ri-

vales bien lejos de la aldea y en una llanura muy hermosa. Los dos se pararon.

—Creo no es necesario vayamos mas lejos, dijo Giroval.

Monvillars se hallaba à diez pasos de distancia del mayor. Los primeros rayos del sol despuntaban por el horizonte. El raptor de Valeria no hacia mas que mirar hácia todos lados.

—Caballero, replicó el mayor, creo está demás el advertiros que es un duelo à muerte.

—Es consiguiente: murmuró Monvillars continuando sus observaciones.

—Estamos solos, continuó el ultrajado esposo, no tenemos padrinos: ¿mas qué importa? somos caballeros y basta. Tirarémos á cinco pasos de distancia; y para que no haya engaño dadme vuestras pistolas y tomad las mias.

—Es muy justo.

—Ea, pues cambiemos... concluyamos pronto.

Giroval se vuelve de espaldas para dar los cinco pasos. Monvillars monta una pistola, arrójase sobre el desprevenido mayor, le apunta al corazon y dispara...

—Miserable!.. Vale... ria... quien me vengará?... Dios... mio... piedad.

El veterano espiró en la mas dolorosa agonía.

—Oh! está bien muerto, murmuró el asesino dándole con el pié á su víctima. Este medio es mas seguro que esponerse al capricho de la fortuna.

—Si, es un perfecto modo de vencer siempre: grito una voz sonora.

Monvillars se sobrecojió de temor: se creia solo y sin embargo, uno habia asistido à aquel asesinato; un testigo que podia perderlo.

El Amante de la luna era el que profriría estas palabras, pues la casualidad lo habia hecho testigo de aquella sangrienta escena cuando se retiraba para recojerse.

Al ver á aquel hombre tan extraño, con aquella facha tan siniestra, y armado con un baston tan gordo, el asesino del mayor Giroval se quedó petrificado.

—Vive Dios! continuò Creps, que poseeis un medio infalible para salir victorioso de un combate.

La perpetracion de un crimen es tan fácil! ved aquí lo que pensara Monvillars, se veia perdido: ¿qué recurso le quedaba? asesinar tambien à aquel nuevo personaje. Asi es que coje la otra pistola y la monta, mas el Amante de la luna, que espia sus menores acciones, levanta el palo y le dá un fuerte garrotazo en la muñeca haciéndole arrojar la mortífera arma.

—Creeis que yo me mamo el dedo como ese pobre hombre que acabais de asesinar? Pues se llevó usted plante, amiguito.

Despues el hombre de la noche, con el mayor aplomo y sangre fría, se agachò, cojió la pistola y la disparó al aire.

—Sois un mentecato, debiais haberla disparado ante, y creerian que habiais tirado los dos. Ya veis, soy mas precavido que vos.

Monvillars, aterrorizado por la flemma de aquel hombre misterioso, testigo de su crimen, mètese la mano en la faltriquera y sacó unas cuantas piezas de oro.

—Tomad, balbució, tomad, buen hombre, y no me descubrais, por Dios.

El Amante de la luna contemplò el dinero.

—Me conceptuais un cómplice mercenario?... Però como ha de ser, así como así, necesitaba dinero... y es tan natural el aceptarlo!

Creps contó el dinero y se lo guardó.

—Son cuatrocientos cuarenta francos los que recibo... Os los pagarè algun dia... No puedo determinar cuando por ahora.

Monvillars no aguardó mas y se volvió á la posada á toda prisa.

Maese Clàudio (á quien Mariquita le contara las preguntas que el último viajero le habia hecho, y luego Juanillo añadiera los ha-

bia visto salir al rayar el día, llevando cada uno una pistola) estaba tirándose de los cabellos y dando patadas de coraje.

—Esos hombres me pierden. Son sin duda dos demonios del infierno que vinieron anoche á mi casa?

La llegada de Monvillars calmó la terrible agitación del posadero.

—Caballero, estais herido? preguntó este con interés, me parece que no, pues os veo demasiado alegre; seguramente habeis vencido á vuestro contrario.

—Justamente, contestó Monvillars, pero lo que necesito sobre la marcha es la berlina, y los caballos de posta que mandé preparar.

—Todo está listo, señor conde.

—Y vos, patron, preparad vuestra cuenta para cuando baje, pues de lo contrario me voy sin daros un cuarto.

—Descuide su señoría, al momento la voy á hacer.

—Pues hasta luego, replicó Monvillars subiendo la escalera del aposento.

—Parece, chica, murmuró maese Cláudio á su esposa Magdalena, luego que Monvillars desapareciera; que el importuno viajero es el que ha ido al otro barrio: ¿y qué harémos con su caballo?

—El caballo , no faltará en qué invertirlo , en... Magdalena hizo un gesto significativo.

—Ya , ya comprendo.

Monvillars entrò en el aposento de Valeria con una agitacion violenta y marcada.

—Estàs lista , querida mia?

—Sì , hace rato. Y bien , qué ha acontecido?

—Lo que era indispensable.

—Os habeis batido?

—Sin duda.

—Y no te ha muerto?

—Ya lo ves.

—Y él , quedó herido? tal vez huyera!

—El , balbució Monvillars con un movimiento de disgusto ; lo que es él... No nos incomodará mas.

Valeria abrazó á su amado con entusiasmo. Monvillars cojió la maleta y salieron del aposento.

Diez minutos despues una silla de posta salia de Corbeil con la celeridad del rayo.

El caballo, no saltó en dos saltos.
lo, en el momento de su gesto, siguió
cavito.

Yo ya comprendo.
Alfonso está en el momento de salir
con una agitación violenta y marchada.

—¿Hasta qué punto? ¿qué tal? ¿qué tal?
—Sí, hace rato, que ha secon-
deado.

—Lo que era indispensable.
—Os habéis dado? ¿a qué hora?
—Sin duda.

El retrete de una hermosa.

Y el que le había el vestuario.
—El, habiendo Alfonso con un mo-
vimiento de disgusto; lo que es él. No nos
acomodará más.

EN la calle de Bourdaloue, en el segundo
piso de una casa bastante hermosa, la señorita
Felicia habitaba un pequeño gabinete sun-
tuosamente adornado. No parece sino que á
porfia la opulencia y el placer se postrarán á
los piés de la diosa de este templo de la mo-
da. Ricas alfombras de la India tapizaban el
pavimento; hermosas butacas de terciopelo,
muellemente construidas y mil objetos á cual

mas preciosos y variados , ofrecian un golpe de vista arrobador.

La hermosa Felicia, con una suntuosa bata de mañana , tan coqueta como divina, estaba tendida voluptuosamente sobre el sofá. *El diario de la moda* tuviera la jòven en la mano; mas harto se conociera que su pensamiento estaba muy lejos del periòdico: hondos suspiros escudaba su oprimido corazon , y sus radiantes ojos se fijaban de continuo en el reloj colocado sobre la chimenea.

La campanilla de la puerta de entrada, sacara á la jòven mas de una vez de su melancólico estado , mas pronto volviera en el à sumerjirse , porque lo que se ofreciera con aquellos llamamientos estaba muy lejos del objeto único y principal de sus ideas.

«No es él , tal vez me haya olvidado... y tan pronto , al segundo dia abandonarme y no volver... hasta pasados tres dias, cuando no ha surcado por mi mente un pensamiento que à él no se dirijiera... pero tal vez me haya conceptualizado como esas mugeres que se toman y se dejan cual la cosa mas estrafalaria è insignificante... Sin embargo , le hice ver que yo no sabia ni amar ni odiar á medias...»

Un ayuda de càmara abrió la puerta del gabinete y anunció:

—Madamas Mirobelly y Mazzepa , preguntan si la señora está visible.

—Que pasen adelante.

Diciendo esto Felicia abrió una mampara y se entró en su retrete. Poco despues las anunciadas señoras entraban en el elegante gabinete.

La una siempre hermosa , siempre agradada , á fuerza de su donaire y gallardía: la segunda siempre gorda , siempre chocante á pesar del elegante vestido que llevara.

La mampara del retrete de Felicia se abrió y apareció esta otra vez divina y celestial cual ninguna.

—Buenos dias , Belly , á Dios , Mazzepa; me lisonjeais y honrais con extremo , justamente estaba tristísima , tenia mal humor, sin saber porquè: ya sabeis , mis queridas , esos momentos de splin involuntarios.

—Sí , hay momentos en que , desconociendo la causa , nos atormenta ese maldito mal humor , del cual mil veces soy yo víctima; dijo madama Mazzepa sentándose en el sofá , á la izquierda de Felicia , pues á la derecha se habia colocado ya madama Mirobelly.

—De estas tristezas originales , dijo esta, tienes tù la culpa , mi dulce amiga. Te conceptuábamos ya en el otro mundo , pues hace

quince dias que no pareces por casa ; sin embargo de que mis reuniones son cada vez mas continuas y brillantes. No debes ignorar que tu presencia en ellas nos es sumamente satisfactoria , mas de una vez le he dicho á esta (señalando à Mazzepa): «Muger , no se que motivos tendrá Felicia cuando no viene , estará tal vez incòmoda conmigo?... no obstante , siempre le hemos profesado una deferencia cordial ; vamos á verla y con eso nosotras mismas sabrémos la causa que la motiva.»

—Oh! habeis hecho muy bien , vuestra amistad me es sumamente agradable... yo incòmoda! y por què?

—Eso es justamente lo que yo decia , replicó madama Mazzepa acariciándose los bigotes con la punta de la lengua. Felicia no puede estar disgustada , si tú acaso le hubieses quitado algun amante...

—Yo , Dios me libre , eso se queda bueno para Leonis... ó Antonina... á propósito , sabes lo que ha sucedido?

—Lo ignoro.

—A nuestra amiga Zizi Petard.

—No se nada.

—Ya! si te has enterrado en vida. Pues has de saber, querida, que Zizi ha hecho gran fortuna; es decir, ha encontrado un caballero su-

mamente rico y elegante, que la ama como un niño, y la prodiga toda suerte de bienes y regalos; tiene además una hermosa carretela á su disposicion.

—Muger, deveras?

—Lo que oyes, ya sabes tú lo bruta y tonta que es; sin estilo ni elocuencia, capaz de fastidiar á un santo con sus sandeces y vaciedades.

—Se les ha acabado á los hombres el buen gusto, murmurò madama Mazzepa escupiendo un pelillo de los mostachos que á los lábios se le pegara.

—Pues mira, replicó Felicia, me alegro; es verdad que Zizi es bastante idiota, pero tambien lo es que, tiene muy buen corazon.

—Eso sí; lo que es menester que sepa conservar á su rendido caballero.

—Lo creo difícil, añadió Mazzepa, es mas fácil hacer la conquista que conservarla por mucho tiempo: mucho mas si faltan las disposiciones necesarias para ello.

—Y qué mas noticias hay en tu tertulia?

—Tambien tenemos á Aglaura pronunciada hasta el extremo con Courtinet.

—Estoy segura que esta no irá en coche.

—Leonis ha querido pelearse con Antonina por ese... Mr. de Pigeonnac.

—Bá! por buen sugeto! es un miserablon consumado!

—Georgello, mi farmacèutico, ha inventado una agua virginal para el cutis, de unos efectos maravillosos.

—Yo le he comprado diez tarros, interrumpiò la Mazzepa con orgullo.

—Por último, amiga mia, el lansquenet sigue como antes, cada vez mas fuerte... De modo, que con èl y los caminos de hierro, ya tiene una un buen capital. Lo que me contraria en extremo es aquel eleganton... Mr. de Monvillars que estuvo una noche y no á parecido...

—Es verdad...

—Me parece que debia haber vuelto... no le fuè tan mal por la vez primera. Le pregunté à Courtinet si sabia de èl, y me dijo que estaba viajando, pero que este invierno seria uno de nuestros mas rendidos tertuliantes. Vamos, Felicia, estás tristísima, muchacha: ¿qué tienes? Será verdad lo que he oido? Que tienes una pasion que te domina... aquel jevencito de marras... que conocistes en mi casa... vamos, que no es tan mala para conquistas.

—Quia! tu casa es el templo de Cupido.

—Sì, no puedo negarlo, estoy apasionada de Isidoro Marcelay... Ah! mi querida, yo no

se amar con debilidad , sino con la fuerza de toda mi alma... y como quiera que es la primera vez que amo... como quiera que sea el primero que me haya inspirado este sentimiento... El amor! qué ideas tenia yo de él? Ninguna , era para mí un sentimiento totalmente desconocido... El amor! que yo habia mas de una vez deseado... porque se hallaba de mí bien distante... El amor! que si bien es una dicha... un placer continuado... es tambien un eterno tormento mezclado de circunstancias azarosas.

—Oh! mi buena amiga , amar así es muy perjudicial para la salud: objetò madama Mazzepa componiéndose los mostachos.

—Querida mia , es muy difícil , continuò Felicia , à lo menos para mí , el finjir lo que no se siente... el entregarse à un hombre sin que este inspire la mas mínima simpatía.

—No hay cosa mas fácil!.. todo es hasta acostumbrarse... No hago yo otra cosa desde mi juventud ; replicó Mazzepa rizándose un pelillo.

—Bueno , añadió la Mirobelly, yo no encuentro en esto motivo de tristura... tu lo quieres , es tu amante , qué mas deseas?

—No ves tú ese motivo?... es porque no sientes como yo.

—Explícate pues.

—Quizà otras mugeres en mi lugar se conceptuarían dichasas...

—Es generoso?... dicen que es muy rico.

—Y qué me importan sus riquezas?... es en lo que menos pienso. Si, Isidoro es muy galante, me ha hecho mil obsequios: mas eso què importa? Yo no quiero las ofertas... las riquezas... solo sí su corazon... su amor entero es el que deseo.

—Amiga, eso es delirar.

—Eso solo ecsiste en las novelas.

—Bien, muy bien, dijo la Mirobelly ecsaminando la tela del vestido de Felicia, ved aquí un género soberbio. Que bien matizado están los colores... Es musolina de lana?

—Sí... Isidoro decia que tambien me amaba, yo lo creia...

—Y es muy ancha?

—Bastante... y sin embargo, al segundo dia me abandonò.

—Es muy caro?

—Regular... Ah! si yo supiese que estando en mis brazos pensaba en otra... si yo descubriera à mi rival... creo que hacia un desierto.

—Pues! vean ustedes ahì las romancescas ideas que lleva en su pos el cariño verdadero...

Oh! Dios me libre á mí de que me apasione.
Y donde la has comprado?

—En la tienda de la Juanita... Vea usted,
yo que lo adoro, que lo amo con frenesí...

—Amiguita, es preciso no ser tan ecsigente.

—A los hombres es necesario tratarlos con
dulzura.

—Con mas dulzura que yo lo trato... ay!
(Felicia dió un fuerte suspiro)... Sobre todo,
sino me ama que venga y me lo diga, yo es-
toy por la franqueza: á buen seguro que le
diga nada, pero al fin, sabré á qué atenerme
haré por olvidarlo... No seré tan loca en que-
rer á un hombre que no me ama... y tal vez
sea mas feliz.

Diciendo esto la hermosa Felicia estrujaba
y mordía con frenesí un rico pañuelo de
batista.

La gorda Mazzepa que lo advirtiera la
dijo sorprendida:

—Ay Felicia! en qué piensas?... estás rom-
piendo el pañuelo?..

—Que locura! añadió la Mirobelly, un pa-
ñuelo tan hermoso, que lo menos que valdrá
serán cien francos...

—Ah! sí, murmuró Felicia, es una dis-
traccion... creia que tenia á mi rival en las
manos y...

—Càscaras! si así te portas en la metàfora que será en la realidad... Dios libre à la pobre que caiga por tu cuenta: pero en diciendo Marcelay que ya no te ama, segun manifiestas tù, quedarás conforme...

—Oh! no, yo no quiero que tal me diga... sino que me ame... que me sea fiel... quiero ser la sola que posea su corazon... porque èl es mi vida, mi gloria y mi consuelo... porque por él lo abandonaria todo y lo seguiria... hasta el fin del mundo... y por él iria...

—A un desierto tal vez.

—Sí, á un desierto, si Mirobelly, á un desierto iria con él... porque allí seria sola, enteramente sola. Creeis que diga esto de boca? No; es lo que mi corazon siente.

—Tanto peor, querida, replicò la Mirobelly continuando en la observacion del vestido de su amiga. Amar así, es no vivir. Cuando me haga el mio lo voy á hacer así... de cotilla. Quieres que los hombres sean fieles! es imposible... Solamente que yo le pondré unos faralares mas anchos.

La campanilla que de nuevo sonara interrumpió la narracion. Felicia se levanta desparorida, corre á la puerta, mas no era él tampoco: era Adela Rotin, la alta Tintin, que ya conoceis, amado lector.

—Buenas dias , señoras , á Dios , Felicia; muger , creí que te habias muerto , pero luego reflexioné que era imposible sin habérmelo antes avisado.

Felicia tendió su mano á la recién venida y con su habitual aire triste y melancólico, le dijo:

—A Dios , Adela... me alegro el verte buena.

—Estás peor que si estuviéramos en cuaresma. Jesus , que melancólica.

—Cree que su amante le engaña , dijo madama Mirobelly, y concluirá por morirse de tiricia.

—Su amante!.. ah! sí , Mr. Isidoro Marcelay, aquel elegante jóven á quien le hice aprontar cuatrocientos francos.

—El mismo.

—Sabeis , señoras , que Zizi Petard está soberbia y orgullosa (propiedad de toda tonta) con su amado , ya se vê , como gasta coche!

—Es una infeliz!

—Ya se vê , yo como no gasto coche , he determinado hacer una rifa.

—Una rifa!.. yo por mí jamás tengo suerte , dijo Mirobelly; sin embargo , si el objeto es interesante...

—El objeto es sumamente gentil... su in-

disputable utilidad es conocidísima é incontestable.

—Y el precio de cada billete?

—Cinco francos... Ya veis que parvedad para vosotras, que estais acostumbrada á tirar el dinero...

—Ya, pero siempre cinco francos, son cinco francos, murmuró Mazzepa. Y cuantos billetes has hecho?

—Ciento. Oh! debe ser una cuenta redonda. Yo queria sacar mil, pero ví que era imposible y me reducí á los ciento.

—Cien billetes de cinco francos hacen quinientos francos, pues ya es friolera!

—Apuesto á que será algun schal de Leon.

—No, te engañas. Conque apunto á ustedes en la lista?

—Pero si no nos dice lo que vamos á ganar como quieres que juguemos.

—Pues señor, lo que se rifa es un chaleco de franela.

Las señoras rieron terriblemente, y aun la taciturna Felicia no pudo menos de sonreirse.

—Un chaleco de franela! dijo madama Mirobelly, y á cinco francos el billete... y cien billetes, mira, no está mala aspeculacion.

—Oh! alguna vez tengo yo de hacer negocio.

—Vamos, tú te burlas.

—Lo que ois, y estoy segura que la que lo saque ha de tomar triple por él.

—Y de cuando acá gastas tú chaleco de franela?

—Si no es mio, es de un caballero.

—De un caballero!.. tú te burlas y podíamos sospechar...

—Pues qué, creen ustedes que yo me estoy rezando el rosario!.. no, hijas mías... además, esta es una historia bastante original... Voy a contarla. Figurense ustedes que la misma noche en que Felicia sacara su conquista, se me declaró á mí aquel gordinflon, pariente de Isidoro... Mr. Bouchonnier. Pues bien, ese señor me propuso un excelente almuerzo en Rocher de Cancale, yo que estoy rabiando por meter las narices en Rocher de Cancale, acepté con mil amores. Además, un almuerzo no obliga á nada.

—Tus reflexiones son supérfluas.

—Pues señor, el día indicado esperaba á mi caballero... ah! se me habia olvidado decirles que me habia prometido, si consentia almorzar con él, un excelente schal celesle y lila.

—Vamos, ya eso te obligaba algo.

—Sí, pero yo decia: «El schal todavia no lo hemos visto: *del dicho al hecho hay mucho*

trecho... Pues, como iba diciendo, esperaba à mi Bouchonnier, cuando hete aquí que entra (por supuesto nada de schal) seguido de un mozo con un rico desayuno. «Y Rocher de Cancale? le preguntè yo.» «Hija mia, es imposible (contestóme) tengo cuanto antes que volverme á Corbeil donde he dejado á mi muger con mi primo Isidoro.»

—Con su muger!.. y en Corbeil! exclamò Felicia. Y es muy linda la muger de ese caballero?... la conoces tú?

—Yo no. Nunca la he visto.

—Oh! es preciso que yo vea á esa muger, y la veré sin duda... Prosigue, mi querida Adela.

—Pues bien, Bouchonnier me repitió de nuevo la promesa del schal... ya se vé, tengo tan buena pasta que... por fin almorzamos perfectamente: luego, el Champaña que traía era esquisito; en fin, despues del desayuno sin saber como, se fuè enredando la cosa... que al caballero le dió un calor terrible, hasta que se quitó el chaleco de franela y... puedo asegurar que no sé como se lo quitó.

—Bien, no necesitamos tan diminutas esplicaciones.

—Pero lo mas gracioso es, que mi buen señor, con la bulla de marcharse, se dejó ol-

vidado el chaleco. Yo dije: «Volverá por él.» En efecto, á los cuatro dias vino procurándolo. «Y mi schal? le preguntè yo.» «Descuidad que lo tendreis; me contestò.» «Pues, señor, no hay chaleco hasta que no venga el schal: vuestro chaleco se queda en rehenes.» Mi buen hombre se me amoscò, pues vió que yo sospechaba de su buena fé. Pero no habia, *tio paseme usted el rio*: cojí el chaleco y lo guardé. Ya hace de esto diez dias, y ni parece el schal ni Bouchonnier, por consiguiente voy á rifarlo para ver si saco mi propina; pueden ustedes figurarse lo que su muger no daría por el tal chaleco.

Todas rieron de la ocurrencia escepto Felicia que parecia reflexionar detenidamente.

—Pues, querida, poca ganancia creo sacarás con tu chaleco, objetó la Mirobelly.

—Pero, hija mia, añadió Mazzepa, si tu opinas que el amo del chaleco sentiria infinito el que se lo llevàran á su muger, porque no lo amenazas con ello á ver si le pescas el schal!

—No adelantaria nada, tengo un corazon muy bueno; bien lo sabe el tunante, porque no hay duda que es un tunante, cuando se porta de ese modo. Asi es que, cuando lo amenace, se me echó á reir... no soy capaz de hacer daño á una pulga. De modo que el tal chaleco,

que en manos de otra produciria infinito, en las mias no sirve de nada.

—Es verdad, dijo Mazzepa despues de haber meditado un momento. Quieres cuarenta francos por èl, yo te lo compro.

—Cuarenta francos, buen negocio, cuando me puede producir quinientos.

—Pero ya es chaleco usado... sin mérito...

—Si aquí no se rifa la prenda, sino el producto que puede dar manejado el asunto con cordura.

—Pues haces muy mal en rehusar mis cuarenta francos.

—Hace muy bien, saltó Felicia, yo le tomo todos los billetes que le queden.

—De veras?

—Es negocio concluido.

—Pues toma, querida mia, toma todos los billetes.

Y Tintin, loca de contenta, empezó á saltar y brincar en la sala como una niña de cuatro años.

Miobelley y Mazzepa se miraban sorprendidas.

—Muger, estás en tí? dar quinientos francos por el chaleco de ese gordo señor?

—Y por qué? Es un capricho.

—Sí, un capricho bastante caro.

—Ya Felicia tendrá algún proyecto imaginado con el tal chaleco, replicó Mazzepa. No hay duda que hará también buen negocio.

—Oh! pues yo estoy por los caminos de hierro, es asunto en el cual nunca se pierde y se gana doble.

—Oh! querida Belly, eres muy egoísta.

—Pues, señoras, yo prefiero los chalecos de franela a los caminos de hierro, replicó Felicia con malicia.

—Pues, Mazzepa, cuando gustes nos retiraremos, para ir a ver al agente de mis negocios, y luego compraremos la tela para un vestido como el de Felicia.

—Cuando gustes, querida Belly, estoy a tus órdenes.

Las dos damas se levantaron y se despidieron.

—Cuanto me alegro de que se hallan marchado... mas fastidiosas!! la una con los remilgos, y la otra mordiéndose los bigotes!.. Pues, querida Felicia, no tengas cuidado que lo tendrás tú... solamente quisiera que tuvieras la bondad de prestarme unos cuantos napoleones que me hacen falta... que en cuanto al chaleco mañana te lo traigo. No tengo vendido mas que cuatro billetes a un inglés, a un pobre diablo que se los pedirá so pretexto de que la

policia me prohíbe la rifa , y creo que no será tan idiota que me los niegue.

Felicia cogió una mano de Adela Rotin y la estrechó con profusion.

—Eres una excelente jóven , siempre he pensado de tí eso mismo , y te he creído incapaz de que por el interés cometas una infamia.

—Oh! eso jamás ; si deseo dinero es para cosas indispensables y para prodigarlo con generosidad.

—Dime , ese Mr. Bouchonnier... no lo has vuelto á ver mas?

—Desde que estuvo por su chaleco y se lo negué.

—Y es primo de Isidoro Marcelay?

—Sí , de ese jóven elegante que se inclinara à tí.

—Y al que amo mas que á mi corazon.

—Oh! no puedo concebir como ecsistan esos sentimientos tan verdaderos... yo por mas que hago no puedo amar de corazon.

—Y la muger de ese Bouchonnier, es linda?

—El ha dicho mas de una vez que su esposa es una de las mugeres mas lindas de Paris.

—Oh! Adela , necesito de tu ayuda para convencerme de las sospechas que me agitan.

—Y què sospechas?

—Que Isidoro me es infiel.

—Y eso que le hace!

Felicia lanzó una mirada terrible á la Tintin.

—Perdona , amiga mia , dijo esta , no me acordaba que amabas de diferente modo que yo... en fin , harè todo cuanto quieras , dime lo que es preciso hacer para agradarte.

—Ahora no puedo decirtelo todo... en primer lugar , quisiera ver à ese Mr. Bauchon-nier.

—Y yo tambien ; habrà tunante! quisiera verlo , para atormentarlo y fastidiarlo en grande... ah! una idea.

—Habla.

—Dentro de algunos dias pienso dar un baile en mi casa , por la inauguracion de mi nuevo domicilio , calle de Sanson , número 3.

—Un baile en tu casa?

—Si , que tiene eso de extraño? aunque no sea muy grande tiene todas las comodidades necesarias; un salon , su comedor y los corredores á la inglesa... Oh! lo que son los corredores son magníficos.

—Y alcobas para dormir?

—Precisamente alcobas no tiene , pero se puede uno acostar donde quiera: pero volvamos al baile , este serà sublime , figurate tñ un baile por suscripcion ; tengo convidadas á

todas las coristas del teatro de la òpera... son tan amables!.. tan buenas niñas!

—Y caballeros , concurriran muchos?

—Segun y conforme , no entrarán todos asi como quieran ; sobre todo , quedan escludos los pedantes y fastidiosos que nos abruman con sus galanterias y tienen los bolsillos hilvanados. Solo serán admitidos muchachos guapos... artistas... actores... en fin , hombres de talento y de pecunia. Además , tendremos un soberbio ambigú , por supuesto , por suscripcion tambien. Los hombres darán diez francos , las mugeres... daràn tres ; es preciso ser considerada con nuestro secso. Ya se vé , yo podia hacer que la suscripcion fuese mas cara , pero como quiera que los convidados no son millonarios , es preciso atender à las circunstancias actuales.

—Pero , querida Adela , yo no veo la relacion que ecsista entre tu baile y el deseo que tengo de avistarme con Bouchonnier.

—No comprendes , y sin embargo , es bien sencillo. Tú le hablarás á Isidoro de este baile , sin decirle que tendrá lugar en mi casa ; despues le instas á que venga acompañado de su gordo primo ; y como quiera que es en mi nueva casa , el caballero del chaleco aceptará con mil amores. Añadiràs tambien , que hay

damas de la òpera , y ese Bouchonnier , que se desvive por la gente de teatro , verá el cielo abierto... Ah! adviértele tambien que si quieren participar del ambigú tienen que aprontar diez francos sobre la marcha.

—Sí , en efecto , es un plan perfectamente combinado... al menos que Isidoro no rehusase concurrir al tal baile.

—Qué ha de rehusar ; además , no tendrá lugar hasta dentro de ocho días... tiempo indispensable para buscar entre los conocimientos colgaduras , arañas , candelabros y todas las cosas indispensables: conque así adviérteselo al amable Isidorito.

—Eso será , amiga mia , si viene ; ya son las tres y sin embargo , prometió estar aquí à las doce... Ah! me engaña... tal vez no me ame ya.

—Dime , por ventura no te abraza tanto como antes? Oh! hija mia , este es un termómetro fijo , para saber si su cariño se aumenta ò disminuye.

De nuevo resonara la campanilla ; pero esta vez su vibracion fuera mas violenta , mas brusca. La fisonomía de Felicia sufriera una completa transfiguracion.

—Oh! es él , no me he engañado... no oyes Adela?

En efecto, en la antesala inmediata se oyera à Isidoro que preguntaba al ayuda de cámara:

—La señorita Felicia, está en casa?

Poco despues se hallara el doncel en el gabinete.

Adela que comprendiera perfectamente que su presencia contrariaba à Felicia, cojió el schal y el sombrero.

—A Dios, querida, dijo á la jóven apretándole una mano con intencion, mañana sin falta vendré á verte.

—Señora, ya os vais, es tal vez mi presencia la que os hace huir de ese modo? preguntò Isidoro con esquisita gallardía.

—No, caballero, hacia tiempo que me estaba despidiendo. (Y aprocsimándose al oido de Felicia, continuò):

—Dime, chica, los napoleones que te pedí prestado?..

—Ve á la chimenea y en aquel jarron de porcelana hay dinero, toma lo que quieras.

Efectivamente, Tintin así lo hizo, fué á la chimenea y metió la mano en el sitio consabido que estaba lleno de napoleones hasta el borde.

—Pardiez! dijo Adela cojiendo grandes puñados y echándoselos en las faltriqueras; vea

usted unas flores que apetecería tenerlas yo mejor que mis tulipanes y jazmines.

Tintin salió del gabinete. Estaba loca de contento, y aun por la calle sonaba á cada momento su bolsillo, y murmuraba:

—Quien me habia de decir que un chaleco de franela me produciria tanto?



8.

Enredos y tramoyas.

DIREMOS algo acerca de lo pasado.

Quince dias han transcurrido desde que asistimos al paseo por el lago , tan funesto para la inocente Emelina. Isidoro , segun dijimos , volvió à Paris al dia siguiente ; pero no por eso ha dejado de ir casi todos los dias á Corbeil y hacer su visita à las vecinas. Mas de una vez à venido á Corbeil y se ha marchado sin ver à Elmonda.

Madama Clermont hacia una acogida gra-

ta y complaciente al jóven caballero , y la virtuosa Emelina sonreia de placer al verlo tan amenudo á su lado. Además , Isidoro estaba deseando de encontrarse alguna vez á solas con la jóven ; mas la presencia constante de la madre desvanecia toda esperanza de conseguirlo. Tenia tanto que decirle! tanto que comunicarle! su corazon ardía en un fuego tan abrasador! y què , acaso no era un homenaje debido á aquella criatura, à aquel amor tan puro á ella tan inocente y hermosa como los ángeles del Señor?

Las visitas del jóven se pasaban ò bien tocando el piano , ò bien hablando de materias indiferentes; las mas veces se adoptaba este último modo , pues no impedia continuar el labor.

Las preguntas de madama Clermont se reducian siempre à indagar algo de Mr. de Riberrè ; mas el jóven Isidoro no podia satisfacerle , supuesto que la hija del banquero estaba mala (la jóven Elvina) á causa de lo cual habian suspendido las tertulias y conciertos. Por lo cual , siempre que el doncel viniera de Paris, le preguntaba, la madre de su amada, con interés como siguiera la jóven Elvina.

Isidoro por su parte tambien preguntaba sobre el libertador de la vida de Emelina ; en-

tonces se le refriera la visita de las dos damas á la cabaña de Roberdin , el miedo que estas pasáran al verse á solas con Garguille , la negativa del Amante de la luna , en comparecer ante las dos señoras , todo , todo se lo contara hasta los detalles y pormenores mas insignificantes.

El corazon del jòven se modificaba al susto ó á la alegría , segun lo mas ò menos es- puesta que conseptuara á la amada de su alma; ¡era tan natural! ¿Emelina no era mas hermosa que las diosas del paganismo? mas que la mas esbelta divinidad trazada por el pincel de Murillo ò Rafael? pues entonces , cuanto no se espondria su virtud y belleza al encontrarse entre aquella caterva soez è indecente que frecuentara la cabaña de Roberdin!

Asi pasaban las cosas. Luego Isidoro volvia á Paris è iba á ver á Felicia , cada vez mas hermosa y seductora; pues no le hacia que su corazon se hallase preocupado por un amor entrañable y puro , para renunciar á las inmensas delicias y placeres que la linda Felicia le hacia gozar. Además , Isidoro no tenía mas que veinte y seis años. Cosa mas natural!

Isidoro y Felicia quedaron solos.

—Me parece que conozco á esa jòven que acaba de salir , dijo el jòven , yo la he visto y... no caigo en donde.

—Sì , en casa de madama Mirobelly, donde me vistes á mì.

—Ah! sì... no se llama... Tintin?

—Justamente. Adela Rotin.

—Sì , vaya si la conozco! por supuesto. Georgello me ha contado una anecdota de ella bastante chusca.

—Sì , se habla mucho , pero yo te aseguro que su corazon es sumamente virtuoso y ya quisieran muchas de las que se encuentran en casa de la Mirobelly parecerse à ella. Pero no nos ocupemos de Adela, no tienes nada que decirme?

Isidoro por toda respuesta se levantò, corrió á Felicia y le diò un fuerte abrazo acompañado de un ardiente beso. Felicia lo rechazó con dulzura.

—Obras son amores y no buenas razones: le dijo. Yo no soy como Tintin que conoce el amor de sus amantes en los mas ó menos besos que estos le dan. Las mas veces á mí me gusta mas uno solo que infinitos. Esto depende del modo que los dan.

—Esquivas tal vez el que yo te ame, Felicia mia?

—Yo no se.

—No me amas ya?

—Quien sabe.

—Dudas de mi cariño?

—El tiempo lo dirá.

—Es qué...

—En fin, dejemos eso. Por qué no has venido tan temprano como dijistes? No nos íbamos á pasear por Vincennes?

—En este momento llego del campo.

—Has estado en el campo?

—Sí...

—Y cuando me llevas á mí?

—Cuando quieras.

—Hacia donde te diriges?

—A Corbeil, á casa de Bouchonnier.

—Ah! sí, siempre á casa de tu primo.

Felicia bajó la cabeza: una ardiente lágrima corrió por sus mejillas: al fin exclamó:

—Isidoro, no me engañes por Dios... prefiero que me dejes de una vez... sí, lo sé, ya no me amas.

—Felicia! por piedad, qué tienes?

—Bouchonnier es casado?

—Sí.

—Y su muger es hermosa?

—Sí... pero...

—Oh! eres el amante de su muger.

— Felicia , deliras... eso es imposible... no me conoces cuando dices eso.

— Sí , sí , lo repito , eres el amante de su muger... sino fuera así , estarias tanto tiempo fuera de mi lado?... serias tan dichoso?

— Como se ve que no conoces á la muger... es celosa cual ninguna.

— Eso no prueba nada.

— Despues muy virtuosa... muy buenos principios.

— Es de piedra?

— De piedra! que pregunta!

— Pues , hijo mio , si es de carne y hueso como todas , será lo mismo que todas... susceptible à amar á todo hombre guapo y elegante. Como no tengas otras razones mas poderosas , lo que son esas no cuelan.

— Te juro por mi honor que te engañas, Felicia. No amo à mi prima , ni jamás lo he pensado: tu lo creerás ò harás lo que gustes, porque hay cosas dificiles de probar y esta es una de ellas.

Isidoro pronunció estas palabras con una firmeza espresiva, y algo despechado, por lo que le atribuian. Felicia entonces se acercó à el , le echó el brazo por la espalda , arrimó su cabeza contra la suya y con un aire mas amable replicó:

—Bien!.. lo verèmos... yo te creeré con tal que hagas todo lo que yo te diga.

—Esplicate.

—Dentro de ocho dias, una amiga mia dá un baile en su casa... habrà ambigú... coristas del teatro de la òpera... y quisiera que me llevaras.

—No es mas que eso? corriente.

—Hay mas, hablarás à tu primo Bouchonnier de este baile y le instaràs à que te ocompañe... quiero conocer mas à tu pariente,

—Quieres conocerlo mas? preguntò Isidoro reflexionando.

—Sí, qué tiene eso de particular?

—Nada: y con tal que creas que yo no tengo nada con mi prima, lo convidaré; y haré mas, desde este momento te prometo su asistencia. ¿Estás contenta de mi?

Por toda respuesta, Felicia cojió la cabeza del jóven y estampó en su boca un ardiente beso acompañado de una revolucionaria mirada...

La paz se estableció entre los dos amantes prodigándose en celebridad las mas tiernas caricias.....

A su primera ida á Corbeil, Isidoro và á casa de Bouchonnier para participarle la noticia. El matrimonio estaba de pelea desde la

pérdida del chaleco: no habia un momento de paz en casa de Elmonda: todo se volvía quimeras y jaranas. Al fin pudo el jòven quedarse á solas con su primo, y aprovechando la ocasion se apresurò á decirle:

—Vengo á convidarte.

—A convidarme?

—Sí.

—Serà à una cosa muy buena?

—Esquisita.

—Pero como quiera que mi muger es el demonio, temo mucho que no me permita el ir. Cada dia està mas emperrada conmigo.

—Será probable que *no cumplas con mi prima como debes.*

—No lo creas, nunca he cumplido tambien mis obligaciones... á cada hora del dia estoy cumpliendo con mi deber... y esto corriendo sin descrepar un punto.

—Estás hablando como si tratases de un negocio de la bolsa.

—Es verdad. Pero acaba.

—En primer lugar, que no se entere mi prima, sino me odiará de muerte.

—Entonces es cosa muy buena la que me vas à proponer.

—Se trata de un baile que vá à dar una amiga de Felicia... en èl habrá toda clase de

niñas... hasta coristas de la ópera.

—Coristas de la ópera!... juy que gusto! tan mononas... tan tiernecitas...

—Justamente.

—Pero dime, chico, el baile es en casa de la Tintin? porque entonces no voy. Odio à esa muger terriblemente, desde que fuí à su casa y me negó el chaleco so pretesto de que yo le habia ofrecido un schal.

—Pues hombre, si lo has ofrecido es menester que lo cumplas: lo prometido es deuda.

—Si, pero como mi promesa no fuè mas que para... ya tù me entiendes... Y bien, ese baile cuando es?

—El sábado.

—Perfectamente.

—Por supuesto por suscripcion... diez francos los caballeros... esto no te intimidará.

—Quià! eso no, lo que temo es ver à esa Tintin.

—Pero hombre, y las coristas?

—Las coristas!... mira, las piernas me tiemblan solo de pensar en ellas.

—Conque quedas en ir?

—Pues no que no.

—Pues bien, vas à mi casa entre ocho y nueve de la noche, yo estaré allí, iremos por Felicia y al baile en derechura.

—Oh Isidoro mio!.. ven, abrazame... me pareces una corista de la ópera... abrazame... por piedad!

—Ea, dejate de locuras, y en su lugar necesito me hagas un favor.

—Todo lo que quieras, amigo mio. Es por ventura que te ceda mi accion sobre Orleans?... lo siento, la vendi ayer.

—No es eso. Sabes tú que mi Felicia es... una morena muy guapa.

—Es sublime, y qué mas?

—Celosa como un demonio.

—El retrato al daguerreótipo de mi esposa.

—Una esposa tiene derecho; pero una querida...

—Una querida se lo toma. Todo viene à salir allà.

—Creerás que desde que he conocido à la señorita Clermont, maldito si siento el mas mínimo afecto por Felicia?

—Toma, eso lo sé yo; pues qué, creías tú que nos las dabas por boca? que ignorábamos que tus continuas venidas á Corbeil son por ellas y no por nosotros?... El otro dia mi muger, algo picada, me dijo: «Qué te parece el amable Isidorito, ha estado hoy en Corbeil y no ha sido siquiera para venir à decirnos un à Dios.»

—Que mi prima cree... tendria que hacer infinito y...

—Tambien te vas á disculpar conmigo?... yo ya entiendo la mácula... Pero la verdad, Isidoro, que no comprendo tu amor por la señorita Clermont... La muchacha es muy virtuosa para... y luego su madre no la abandona un momento...

—Bouchonnier, me crees capaz de seducir à una criatura celestial, á la que amo como à una divinidad?

—No se de que modo se adoran las divinidades, pero... pensaràs tal vez casarte con ella?

—Y por qué no?... si ella me ama y su madre es gustosa...

—Hum!... serà un matrimonio bien triste por cierto... una jóven que no tiene dote... cuyo padre no se sabe si ecsiste ó no... y la madre ocultando su pasado y su presente con un velo misterioso... mientras que tú, jóven rico y de fortuna, puedes aspirar á una muger que lo menos tenga cien mil francos de renta.

—Gracias, primo mio, por el cuidado... pero yo juzgo de otro modo muy diferente.

—Volvamos á tu andaluza.

—Felicia aparenta amarme mucho (tal vez sea positivo) ha sabido mis continuas venidas à Corbeil.

—Corriente.

—Ha sabido tambien , yo no se por donde , que tu muger es muy linda.

—Ah! ya! se le figurara que tu camelas à mi esposa... que es por ella por quien vienes à Corbeil.

—Justamente.

—Pues no está malo el enredo.

—Felicía quiere verse contigo sin duda, para preguntarte ò decirte cosas , à fin de que tú receles de mí.

—Pues por eso , tranquilízate... yo que posco el secreto de tu corazón.

—Eso no me inquieta , pero lo que temo es que descubra mi inclinacion á Emelina y como es mas vengativa que Lucifer , sentiria que por causa mia tubiera el menor disgusto ese divino ángel de luz.

—Y mucho mas si el ángel se entera que tienes un demonio por querida...

En fin , te ruego que hagas todo lo posible por desorientar á Felicia de la menor cosa que presuma contra tus vecinas.

—Covenido.

—Y si te pregunta si yo estoy amenudo al lado de tu muger... si nos miramos mucho... le diràs que , bien sabes tú que estoy muy lejos de pensar en tu esposa.

—En dos palabras. Tú quieres que pase yo, à los ojos de tu querida, por un...

—No es mas que una suposicion...

—Silencio, que llega Elmonda.

En efecto, madama Bouchonnier se acercaba à los interlocutores con disgusto marcado y resentida hasta lo infinito. Tenia razon. Su marido perdia los chalecos interiores y el primo venia à Corbeil y no la iba à visitar: ya veis, amado lector, que son razones poderosísimas para una muger tan celosa y coqueta como ella.

El marido, aprovechando la presencia de Isidoro, se anticipó à decir à su mitad.

—Vida mia, el sábado próximo es preciso que lo pases sin mí; Isidoro acaba de avisarme para una reunion que vá à dar en su casa... una reunion de hombres solos... habrá juego... concierto... su poquito de ambigü... en fin, se pasará la noche. No es eso, Isidoro?

—Asi es, caro primo... y aunque el ambigü sea de confianza, no faltará salchichon y...

—Bravo! estoy por eso. En cojiendo yo el salchichon no se cuando soltarlo... es para mí un bocado esquisito.

Elmonda sonrió con malicia mordiendose los labios con despecho.

—Me admiro de ver que acordes están los

hombres hoy dia! como se aman! todos los proyectos de placeres y diversiones son para ellos , para ellos solos... las damas no están de moda... egoistas!!

—No creais que mi intencion sea el privaros de que concurrierais á mi reunion si en ella admitiera señoras... entonces vos seriais la primera y...

—No os disculpeis mas... sois dueño absoluto de vuestras acciones... tambien lo sois de llevaros al señor (señalando á Bouchonnier) pero perded cuidado , yo tambien buscaré reuniones... yo tambien me *divertiré lo que pueda...* y os *advierto que será bastante.*

Elmonda recalcò estas últimas palabras. Isidoro y Bouchonnier se miraron estupefactos.

La bella dama los contemplò un instante, y les volvió la espalda con desden y orgullo.



Almenor y su amigo Saucissard.

LA gorda mamà Michelette apareció como por encanto, sacando de la admiración al primo y al marido.

—Buenos días, vecinos... buenos días... cuanto me alegro de encontraros... para decir que ya viene... sì, que viene... oh! que dicha!

—Se puede saber quien viene? preguntò Elmonda volviendo atràs.

—Quien ha de ser, mi hijo... mi Almenor.

—Ah! es vuestro hijo?

—Sí, señor, me lo avisa en una carta. Una carta que me llena de placer, una carta que he leído en mas de veinte casas. Ah! mis amados vecinos, permitidme que os la lea tambien.

La comadre Michelette, sin aguardar contestacion, sacò las gafas, se las puso y empezó á leer la decantada epístola.

«Mi remonoma mamá... (ah! que gracioso) dentro de poco tendreis el placer de apretarme contra vuestros pechos.... (sí, y tanto como te apretaré) é igualmente á mi amigo Saucissard... (Este es el hombre de mundo) el cual está rabiando por conoceros... buena le espera á los maridos de esa con nosotros... (oh! los seductores) Tomamos el camino de hierro por Orleans, y tal vez lleguemos antes que esta. Entretanto queda de usted su querido—

«ALMENOR.»

—Y bien, ven ustedes como es verdad que viene?

—Estareis muy contenta, repuso Elmonda, ya se cumplieron vuestros deseos.

—Es verdad, y si vierais, cuando está en

casa todo lo rompe, todo lo trastea, parece un niño de ocho años, todo lo que ve se le antoja; pero es tan amable... además, me ha prometido que ya está perfectamente corregido... que es un sábio. Por último, ya llegó la hora de la reunion... serémos once lo menos... sobre todo, cuento con ustedes.

—Sí, madama, contestó Elmonda con intencion, estoy deseando de ver à vuestro Almonor, pues espero que me ha de gustar mucho.

Bouchonnier se mordió los lábios.

—En cuanto à estos señores, continuó Elmonda, no puedo aseguraros nada... tienen tantos negocio!.. despues mi marido tiene el cuartel general en Paris, aquí no viene mas que destacado.

—Mi muger està hoy muy bachillera, vecina, sin embargo, contad conmigo.

—Y vos, caballero? (dirijiéndose á Isidoro.)

El jóven iba á responder; madama Michelette no le dió tiempo, pues repuso en seguida con malicia:

—Tambien acabo de invitar à madama Clermont y à su hija Emelina... al principio rehusaban, mas tanto porfié, que al fin me dijeron que sí, que vendrán.

Isidoro que contaba volver á Paris, al momento cambió de resolucion y aseguró á la

gorda mamá que sería uno de los concurrentes. Elmonda sonrió: pues comprendiólo todo á las mil maravillas.

Mas he aquí que un ruido estrepitoso suena en el jardín, todos se asoman á la ventana y descubren á dos personajes en traje de camino dando risotadas, cantando y pegando con los bastones á cuantos árboles encontraban.

—El es, él es, grita madama Michelette; y su amigo sin duda; no me habrán encontrado en casa y se dirigen aquí á buscarme... Oh! dejadme salir, vecinos, dejadme que corra á sus brazos.

—Y por qué, señora? sosegaos, vuestro hijo ya llegará, y con eso probará su deseo vehemente por abrazaros.

Aun no habia Bouchonnier concluido, cuando la puerta se abrió de par en par: los dos individuos aparecieron en el dintel.

El uno era un calaveron desecho, mal formado y portador de un abdemen mediano, de treinta años, rubio y colorado, de facciones regulares, pero sin espresion; la nariz un poco larga, la boca pequeña, bellos dientes, ojos claros y vivarachos: patilla corrida y sin bigotes. Tal es el caballero Almenor Michelette.

El otro es un hombre entre dos edades,

de mediana estatura y algo corcovado en la apariencia. Este señor, que es mas feo que un voto á Dios, además de tener la cara tan ingrata, la tiene llena de cicatrices, costurones, arañazos, cortes y rayos encendidos, parece un bosque arrasado por una tempestad furiosa: sin embargo, tiene una barba muy espesa que dá envidia á la del gastador mas barbudo.

Los vestidos de los dos individuos están en bastante decadencia. Mr. Almenor lleva un largo redingote castaño, á lo propietario, forrado de pieles, pantalon de lo mismo y botas de ex-charol. El redingote, entre-abierto, deja ver un chaleco de piqué de moda, en otro tiempo, y en el presente lleno de zurcidos y remiendos de todos colores. Una gran corbata azul y un sombrero de copa, alta á la polka, es la toilette del hijo tan descantado.

Su amigo Saucissard estaba un poco mas elegante; parecia un Judas de sábado santo; un paletó de paño burdo (á pesar de lo caluroso de la estacion) abotonado hasta el pescuezo, con una corbata negra, zurcida y mugrienta: pantalon de bayeta verde (sin duda alguna hechos del tapete de una mesa de villar), unos zapatones con honores de falua y un sombrero que indica haber recibido mas reformas que un ministerio de estado. Añadase á todo esto unos

bastones de caña de india, de regaton enorme y borlas de seda negra.

Mr. Almenor corrió á los brazos de su mamá, la abrazó, la besó, le tiró un bocado en las narices, la escupió, en fin, hizo mil barbaridades por el estilo.

—Ah! decia, la mamá! la gordiflona mamá... como la retequiero...

—Basta... basta... que me estropeas... que me ahogas... que gordito vienes, hijo mio.

—Respetable mamá, estoy que no quepo en la epidermis.

—Que sábio vienes! que terminostan escogidos.

Mr. Almenor trató de nuevo hacer un cariño á la mamá; pero el baston que tenia bajo el brazo le dió á la infeliz un golpe en la cabeza, que la hizo ver estrellas.

—Ay! què ha sido eso, me has herido en la cabeza?

—No, rellenísima mamá, es que sin querer te he dado en la cholla con el junquillo: pero alegrate, porque es un junquillo de la Nubia comprado á un vendedor de esencias y pomadas... Y bien, Saucissard, que haces ahí?... mira á mi mamá... la señorita es mi mamaita... de la que te hablaba cuando los fondos tocaban á su fin... corre, insigne Sau-

cissard , vuela é sus brazos como le prometias, ella te espera como al Mesías... ella desea estrujarte contra sí. No es verdad , amabilisima, respetabilísima é incomparabilísima mamá?

Madama Michelette se tentaba el tolon-dron que el recomendable junco de la Nubia acababa de levantar en su cabeza ; por lo que hace á Mr. Saucissard pareció cortado al entrar en el salon y verse entre tanta gente , asi es que permanecia reculado contra el quicio. Pero Almenor que corria , brincaba y saltaba como si estuviera en su propia casa , se abalanza á él , lo coje y lo empuja hácia su madre ; la cual , cojiéndole desprevenida , cayó con Mr. Saucissard en una silla , dando un quejido espantoso.

El chistoso Almenor se reia á mas no poder.

—Què ha sido eso , mi siempre amada mamá?

—Que este caballero , con ese baston en-diablado , por poco me salta un ojo. Vaya, señores , que estais terribles con vuestros bastones: ¿qué manía es esa de llevarlos bajo el brazo?

—La moda , respetable mamà , siempre la moda , único móvil de nuestros cuerpos y maneras: ya veis que nosotros , tan elegantes y

peripuestos, à propósito para que nos pongan en dos fanales, no debíamos desperdiciar este modo de llevar el baston.

Bouchonnier, Elmonda è Isidoro, estaban como quien vé visiones:

—Ea, Almenorito, dá las gracias á estos señores, que han tenido la bondad de permitir me veas en su casa. Esos señores son Mr. y madama Bouchonnier, de los que te he hablado tantas veces en mis cartas... y los que te aprecian mucho.

Mr. Almenor se quitó el sombrero, su amigo Saucissard hizo lo mismo, enseñando una disforme calavera lisa como la palma de la mano, lo que hacia un extraño contraste con la espesura de su barba.

Entonces Mr. Bouchonnier creyò un deber de urbanidad hacer un cumplimiento generoso y ofrecerle su casa. Almenor le cojiò una mano y haciendo una profunda cortesía le dijo:

—Servidor vuestro, papá Bouchonnier... celebro infinito el conoceros... somos vecinos y nos verèmos amenudo... yo soy un infelizote... vos tambien, de modo que pasaremos el rato divertidos... La señora es vuestra esposa?... buen bocado en verdad... Señora, reconozca-me usted por el mas atrevido de sus adorado-

res... y que vuestro marido se amarre los calzones... porque me pirro por las señoras de estado.

A tan lisongero saludo Elmonda hizo una terrible mueca. Bouchonnier se crujía los dedos amostazado.

—Y el señor, es algun pariente vuestro? preguntó Almenor dirijiéndose à Isidoro.

—Sí, hijo mio, el señor es primo de madama.

—A Dios, caro primo... soy su mas rendido servidor... os contarè mis aventuras de cabo á rabo... sois jóven y disculpareis las travesuras de la juventud. Saucissard, què haces ahí arrinconado? avanza, amigo, no temas, ven acá... Caballeros, el señor es un sábio consumado... no ha encontrado todavia remedio para hacer crecer el pelo; pero lo busca con decision y empeño.

—Ea, hijo mio, retirémonos á casa, lugar tienes de ver á los señores esta noche, en la reunion que pienso dar en celebridad de tu llegada, anda gran tunante.

—Ah! sublime! bravo! estoy por las reuniones: qué tal, Saucissard? tu que eres mas jaranero que yo, concebiràs lo grande de la palabra *reunion*.

—Pero, señora, dijo Bouchonnier, los se-

ñores acaban de llegar y no les estaria mal que refrescáran.

—Pardiez! sois un ángel: eso sí, refrescáremos: qué te parece, Saucissard?

El doctor de la calavera hizo una señal afirmativa.

—Pero, hijo mio, que insolencia!.. abusar así de la bondad de estos señores! debes tener presente que estás en casa ajena; y no gastar tanta franqueza con personas que te son enteramente desconocidas.

—Desconocidas! quiá! el papá Bouchonnier es amigo mio ya, y muy íntimo. Vecino, por casualidad, hay villar en Corbeil?

—Yo tengo uno y muy bueno.

—Magnífico!.. vamos, no hay nada que desear, vecino, en refrescando echarémos una partida.

—Hijo mio, tu deliras. Apenas llegas y quieres irte á jugar al villar?.. No tratas siquiera de mudarte de ropa?

—Mudarme! respetable mamá, sino llevo con qué, es la última moda no tener mas que lo encapillado. Ea, vé á disponer el festin mientras que yo le ataco al vecino Bouchonnier, á su primo, á su esposa, á todo el mundo. Tocante á jugar al villar desafio á Corbeil y sus contornos... Preguntad sino al doc-

tor Saucissard... Vamos , vecino , marchèmos á esa sala de combate... acompáñanos , Saucissard , tu marcarás los puntos.

Almenor puso al sábio harapiento delante, y cojiendo de un brazo á Bouchonnier y del otro á Isidoro salió de la sala.

—Ah! que aturdido... que farsante!.. exclamó madama Michelette cuando su hijo se alejara. Pues querida , aprovecharé este tiempo para dar las disposiciones necesarias... Ah! Dios mio , y madama Bertrand que no la he convidado aun!.. la llegada de mi hijo me ha trastornado la cabeza... Apropòsito , como lo habeis encontrado?.. es verdad que es un guapo mozo?

—Si , madama , es bastante alto y gordo.

—Oh! si es un hombre completo... de talento , amabilidad y dulzura... La naturaleza le ha prodigado todos estos dones con profusion... Su amigo Saucissard... me gusta tambien , aunque me contraría infinito que sea calvo... mas es un sábio! Sin duda con los continuos estudios habrá perdido el cabello... Pero , madama , no me acordaba , en su defecto tiene una barba muy espesa.

—Lastima es que no pudiera traspasarla sobre el cráneo, y con eso se ahorraria de peluca.

—Ah! vecina , estais hoy muy chusca en

verdad ; como pocas veces os veo.

—Nada , vecina , lo que me parece el tal Saucissard es sumamente horrible.

—Es verdad , no el bonito , y luego al lado de mi hijo mucho menos ; pero siempre he oido decir que los sábios son mas feos que cochinos. Oh ! esta noche nos hablará... nos contará sus viajes... sin duda serán interesantes... Pero con la conversacion me olvido de los preparativos... Ea , à Dios , señora , hasta la noche... No detengais mucho á Almenor , mandadmelo à casa cuanto antes.

La bella Elmonda quedose sola.

—Retener á su hijo ! esa madre está en Belen ; su hijo ! con esos modales !.. ese tono !.. Aviate , hermosa Elmonda (mirándose en el espejo) ponte hechicera... coqueta y entusiasmante... y para qué ?.. para agradar á un marido tan voluble ?.. no... pillo , no será tu mitad la que procurará complacerte... Y que no pudiera yo darle celos !.. que no encontrase un jòven guapo para vengarme de mi marido... Mas ah ! hasta en esto soy desgraciada , no tengo á quien volver la cara... todos los que me rodean son unos entes innobles y estrafularios , y sino que lo digan el par de peleles que se han colado por las puertas. Sí , vuelvo á repetirlo , yo necesitaba estar rodeada de amantes a-

duladores que me prodigasen mil requiebros y galanterías... Oh! Tiburcio, te aseguro que ya andarias mas listo... Mas aquí sola, enteramente sola, à no ser mi primo Isidoro y ese... apasionado como está de Enyelina, tampoco accederia á coadyuvar mi venganza, y sin embargo, si él me...

Elmonda no acabó la frase; en su defecto esalò un profundo suspiro.



La reunion de Mad. Michelette.

AL llegar à la sala de villar, Mr. Almenor propuso interesar la partida. Bouchonnier estaba acostumbrado à jugar sin interés y por solo distraerse; mas tantas razones diò el hijo de madama Michelette y soltó tantas indirectas, que en dos palabras le dijo que era un miserable, y que si no jugaba algo era por no perderlo: en fin, picò de tal modo el amor propio del gordito esposo, que no pudo menos de esclamar:

—Pues bien, tened cuidado, Mr. Almenor, porque yo juego muy bien.

—Oh! eso no me inquieta, y la prueba es que os juego cinco francos de tanto... ò un napoleon: lo que mejor os parezca.

—Peste! y que prodigalidad, vais, mi amigo á arruinaros.

—Oh! no os apureis por eso, contestó Almenor echando una mirada significativa á su amigo Saucissard. Soy hombre de pecho.

Pero el sábio, como quiera que habian llevado un esquisito vino de Burdeos, estaba tirándose sendos tragos y no hacia caso de nada.

—Cinco francos la partida! objetó Bouchonnier, me parece el tanto bastante caro.

—Si el primo quiere ir á medias con vos, no tengo inconveniente.

Mas Isidoro se guardó bien de hacerlo. Sentóse al lado de Mr. Saucissard deseoso de departir un poco con aquel sábio tan preponderado.

Mr. Almenor era un excelente jugador al villar y aunque Bouchonnier no era tampoco ningun chambon, sin embargo, siempre su adversario le llevaba ventaja, la partida era interesada en demasía y el temor de perder, agotando sus medios daba pifias en los golpes mas fáciles, mientras que el calaveron de Almenor,

triumfante por su ventaja, lo aturdia con unos gritos desaforados.

En muy poco tiempo el desventurado consorte habia perdido infinitas partidas mordiéndose los labios de despecho para disimular su mal humor; y viendo á su contrario bebiendo, fumando, bailando y chillando como si se hallara en un villar público: fruncia las cejas terriblemente.

Por lo que respecta á Isidoro mas de una vez habia tratado de entablar conversacion con el sábio Saucissard, pero este parecia muy admirado de la longitud del tapon de la botella de Burdeos: lo tiene en la mano, lo contempla, lo mide y parece absorto en el cálculo mas profundo.

—Usted, amigo, ha viajado mucho? le preguntó Isidoro al fin.

—Mucho, caballero, contestò Saucissard contemplando el tapon de la botella.

—Ha visto usted la Suiza?.

—No, es un pais muy feo... Dios me libre el que intente tal cosa.

—La Italia tal vez?

—Tampoco... es un pais muy supersticioso.

—La Inglaterra?

—Mucho menos.

—Entonces será la España?..

—No, señor... no he estado en ella, la he oído celebrar mucho.

—Pues entonces donde diablos ha estado este hombre que no me dá razon de ninguno de los reinos que le he preguntado? murmuró el jóven para sí.

—Mi amigo, dijo el hombre calvo volviéndose à Isidoro y enseñándole el tapon. Cuantas piezas de à cinco francos se necesitan para dar la altura de este tapon?

—No os comprendo.

—Cuantas piezas de cinco francos se necesitan, unas sobre otras, para que den el alto de este tapon?

—Caballero, jamás he hecho semejante cálculo.

—Pero vamos, diga usted su parecer.

—Doce piezas creo que serán suficientes.

—Doce piezas de cinco francos son sesenta francos: ¿no es verdad?

—Es un hecho.

—Yo le apuesto á usted ciento veinte francos, ya veis, el doble! á que no tiene de altura mas que doce motas.

—Vamos, la ciencia de este hombre se reduce toda à conocer la longitud de los tapones de las botellas de vino, murmuró Isidoro.

Y ya iba el otro á continuar con sus ra-

zones taponèsticas , cuando un grito doloroso que lanzara Bouchonnier , lo libró de las terribles majaderías que el sábio le dijera.

—Qué es eso , Bouchonnier? preguntò Isidoro.

—Nada , que este hombre es el demonio... me ha ganado , en un abrir y cerrar de ojo, ochenta francos...

—Ochenta francos! jugais muy interesadamente , Mr. Almenor.

—Quià! es una bagatela cinco francos la partida! mas el señor las ha ido doblando por desquitarse, y yo que soy un jugador de á fòlio , las he ganado. Pues bien , vecino (dirigiéndose á Bouchonnier) para que veais que soy un hombre legal , juego los ochenta francos contra treinta , y os doy seis puntos. Vamos, me parece que no puedo arreglarme mas.

—Muchas gracias, caballero , dijo Bouchonnier sacando los ochenta francos y poniéndolos sobre la mesa: ah! teneis vuestro dinero... hoy no estoy de suerte y... no quiero jugar mas.

—Conque os doy seis puntos.

—Por eso mismo.

—Vamos , gordo papà , os daré ocho.

—No oye usted , hombre , que no quiero jugar mas... que no me dá la gana , contestò

Bouchonnier mas despechado par el título de *gordo papá* que Almenor acababa de darle.

—Entonces será otra vez... Vuestro villar es soberbio, ya lo frecuentarémos á menudo... Pero la mainá Michelette nos aguarda... Vámos, Saucissard, vamos à nuestros lares... es decir, á los míos; pero antes venga otro vaso de Burdeos... no hay duda que es exquisito... conque, á Dios, señores, hasta la noche.

Mr. Almenor, despues de meterse las piezas de oro en la faltriquera y echarse un buen trago, cojió el brazo del sábio de los tapones y abandonó el salon.

—Por el jopo me cojes tú á mí otra vez, buena pieza; murmuró Bouchonnier viendo alejarse á los dos viajeros. Què piensas de esos individuos?

—Que son unos pillos de siete suelas.

—Y su amigo el sábio de què te ha hablado?

—De la longitud de los tapones de Burdeos.

—Cosa rara! Dios me libre de que esos nenes pisen mucho mis umbrales, y esta noche que he prometido asistir á la reunion! pero à lo menos en casa de su madre no hay villar. Ob! deseando estoy que llegue el sábadó para desquitarme... las coristas! cosa rica,

amigo! Que lástima de ochenta francos dados á ese tambor mayor! que bien empleados hubieran estado en una corista tierna y chiquita!

—Dime, hace mucho tiempo que no recibes cartas anónimas... aquellas de las damas incògnitas?

—Te burlas quizá?

—Es una pregunta.

—No, todavía no, pero à la primera que reciba tengo un proyecto.

—Qué proyecto?

—Eso se queda para mejor ocasion.

.....
Serian las ocho de la noche: Isidoro, Elmonda y su marido se encaminaban á la casa de madama Michelette.

La madre de Mr. Almenor habitaba una casita propia, en una de las calles mas solitarias de Corbeil. Una alta tapia rodea la casa y el jardin. La puerta de entrada comunica á la vez à este y à las habitaciones interiores.

Al llegar cerca de la casa, notaron que en cada quicio de la puerta habia un bulto rodeado de una espesa nube de humo.

—Madama Michelette nos ha puesto centinelas de recibo? dijo Bouchonnier. Oh! esta es una reunion sublime.

—Mejor fuera, replicó Elmonda, que ha-

hiera puesto un gendarme en cada esquina, porque la calle es sola y sombría en sumo grado.

No tardaron mucho en conocer, los que se acercaban, que los dos bultos colocados en los quicios de la puerta eran Almenor y Saucissard fumando unas terribles palancas. Al conocer à los recién venidos, el hijo de madama Michélette hizo un profundo saludo, ofreció la mano à Elmonda para que subiera el escalon y empezó á gritar:

—Justina... muchacha, alumbra... trae luz... que diablo estará haciendo esa Justina... es una palurda que está por cepillar... pero yo me encargo de seo... la he de poner mas suave que un guante.

Mr. Saucissard, por imitar à su amigo, se incorporò y dió algunos pasos hácia los reciénvenidos, pero el doctor se habia escedido en la comida, y como traía hambre atrasada, habia devorado y bebido hasta el extremo de emborracharse.

—Bu... buena noche... señores... Tengo... un calor de mil demonios... y estoy aquí... to... tomando el fres... co... que es muy prove... choso.

El sábio de los tapones tuvo que volverse, a pena de caer en el suelo, y apoyarse en la

pared dando unas terribles cabriolas de lo ébrio que estaba.

—Llegamos tal vez tarde? preguntó Elmonda à su conductor que, sino cayéndose como su amigo, sin embargo, estaba alumbrado y bastante.

—A lo mejor... por ejemplo... vos sois hasta ahora la mas hermosa de la reunion... pues no se donde demonios ha ido mi madre à buscar unas caras tan feas y luego un tal... Pastorelo... ó... Pastorino... que no hace mas que menear los ojos como si le doliera el vientre... Ya está aqui Justina... alumbra, muchacha.

Justina, la sirviente de madama Michelette, era una morenita robusta y coloradita.

Nuestros individuos entraron en el salon. La reunion, al presente, se componia de Mr. Pastoureau, los hermanos Tourinet, madama Bertrand y otra señora desconocida, morena, pelinegra y vestida de blanco, con una cofia del mismo color.

Todos se pusieron en pié formando un círculo à la entrada de Elmonda y sus acompañantes; porque, en una villa de provincia, los cumplimientos se hacen como las maniobras de la guardia-nacional.

Madama Michelette colocó à Elmonda en el testero como presidenta del corro. Bouchon-

nier se fué hàcia los Tourinet è Isidoro se sentó al lado de Pastoureau , despues de dirigir una rápida mirada y esclamar para sí:

—Aun no han venido.

—Ea , bella mamá , dijo Almenor , mira como tu reunion se completa... Yo me lisonjeo de que nos vamos á reir completamente.

—Pero , hijo mio , estáte con nosotros , por qué te ausentas con el doctor Saucissard?

—Mamaita , despues de comer cada uno tiene sus costumbres... nosotros nos vamos à fumar la palanca. En cuanto á mi amigo está consultando los astros.

—Es tambien astrónomo? preguntò la dama blanca , con una voz melosa y remilgada.

—Sí , señora , de todo entiende un poco , es tan astrónomo como gastrónomo: lo mismo penetra èl la rotacion de un planeta como devora un buen plato de carne mechada. Es verdad , respetable mamá?

Mr. Josè Tourinet , à quien el humor jovial de Almenor conviniera con el suyo , se levantò de su asiento y empezò á embromar con èl. Entretanto , madama Michelette preparò una mesa para una partida de whisk (1).

—A qué vamos á jugar , vecina? dijo ma-

[1] Juego favorito de los ingleses.

dama Bertrand, no estaria mejor que madama Samsonnet nos recitara cualquiera composicion poética... oh! es poetisa!.. miembro de cuatro academias de literatura.

—Creeis que consentirá en ello?

—Quien lo duda! madama es amabilísima en extremo.

—Es que quisiera aguardar á que viniera madama Clermont y su hija...

—Pues qué, usted se ha creído que vienen? vamos, estais delirando.

—Pues no van á casa de madama Bouchonnier?..

—Já! já! já! yo le apuesto á usted lo que quiera á que las marquesitas no vienen.

Madama Bertrand estaba gozosa cuando murmuraba de madama Clermont y su hija, pero por fortuna lo hacia tan bajo que no la oia Isidoro; de lo contrario, se hubiera acordado de su burla. Madama Michelette, por cortar una conversacion que podia acabar mal, sabiendo el interés que el jóven se tomaba por las vecinas de la casita aislada, se levantò y, acercándose á la dama blanca, le dijo con suma politica y amabilidad.

—Tendrá usted la bondad de recitarnos cualquier cosita?

Mr. Pastoureau, creyendo fuera á él á

quien se dirijiera , se apresuró á contestar:

—Con mil amores , madama , casualmente he traído mi guitarra.

—Sois muy complaciente , Mr. Pastoureaux , pero no es á vos á quien me dirijo , es á esta señora que declama perfectamente. Vos, señor mio , quedais para lo último.

—Usted , mi amigo , queda para el sainete , dijole José Tourinet.

—Amigo , nos entendèmos , dijo á este Almenor , sois un tunante cual yo... venid , iremos à ver lo que hace mi amigo Saucissard.

José Tourinet , cojido del brazo de Almenor , se disponia à dejar la sala ; cuando madama Michelette , revistiéndose de la autoridad maternal , dijo:

—Almenor , me parece que no haràs otra vez la gracia de abandonarnos.

—Querida y saludable mamá , venimos al momento ; vamos à ver al doctor Saucissard que ya debe tener malo los ojos de contemplar el firmamento.

—No... no , tu amigo no tiene necesidad de tu cuidado , mucho menos cuando madama Samsonnet vá à recitar una poesia.

—Justamente , por eso mismo , es por lo que yo me eclipsaba , murmuró Almenor.

Mas , para no disgustar á su madre , el jó-

ven calavera se estuvo quieto y volvió á sentarse: José Tourinet, por su parte, sacudió el brazo á su hermano que ya se iba quedando dormido.

—Es de alguna tragedia lo que váis á recitar, preguntó Almenor.

La dama blanca, sin contestar, se puso en pié en medio del corro y con una actitud que de todo tenia menos de dramática, con sentimental y petulante acento exclamó:

«Oh! cuan bello es en la mañana la hermosa Aurora.»

«Oh! cuan bello es en la noche la brillante luna.»

«Oh! cuan bello es en el mar la ondeante espuma.»

«Oh! cuan bello es...»

La dama no pudo concluir: unos gritos terribles, que dentro se oyeran, ocasionó un pronunciamiento general...

—Socorro... favor... al malvado... al atrevido... gritaba Justina.

Todos se pusieron en pié.

—Es Justina la que chilla... qué tendrá?

Los hombres salieron del salon y corrieron á indagar la causa, escepto Pedro Tourinet

que , muy repanchigado en su silla , pronunciaba con un aire tan babieca como truanesco:

—*Oh! cuan bello es...*

Pocos momentos despues entraron los caballeros con Mr. Saucissard , deshaciéndose en saludos é inclinaciones.

—Señores , no era nada , exclamó Almenor... Sino esa Justina que como es tan animal... no entiende de bromas... Saucissard, que es muy chancero , la cojió una mano y la dijo: «*mira esto...*» Por supuesto , no era nada , y el diablo de la muchacha empezó á chillar... ¿no es verdad , señor doctor?

Saucissard se sentó con mucha gravedad y contestó con infinita calma:

—Justamente... mi intencion era mas clara que dos y dos son cuatro... Le dije: «*Mira las estrellas...*» Comprendeis?... y despues: «*Niña, la atmósfera está muy cargada.*»

El discurso del hombre calvo no satisfizo en nada á la concurrencia.

—Me parece , dijo Bouchonnier à José Tourinet , que el tal científico lo que queria enseñarle à la muchacha no eran estrellas por cierto.

—Seria algun cometa , contestò el tal Pepito con cierta pretension.

—Señores , con la jarana hemos impedido

á la dama blanca la conclusion de su bella poesia. Estaria mal que bailásemos un poco?

—Y la orquesta?... quien nos toca los rigodones, walses y contradanzas?

—Es cierto... Dime, respetabilísima mamá, por qué no tienes aquí un piano para los casos necesarios y perentorios?

—Y para qué? contestò madama Michellette, yo no toco ni tú tampoco.

—Ya, esa no es razon poderosa... pero oh! mamá, tráeme el violin; yo tocaré y no se aguarà por esto el baile.

—Tu violin! y quien se acuerda de él!... Ya no tenia ninguna cuerda, y esa Justina... en la colada pasada... lo echó al fuego.

—Al fuego! mi violin avivar el fuego!.. un violin que costó dos mil francos!.. pues buena la has hecho... dos mil francos me debes... bastante cara te ha costado la leña de la filarmònica colada... En fin, ya que no tenemos violin aquí, el señor tendrá la bondad de tocarnos en ese cencerro los acompañamientos del baile.

Mr. Pastoureaux, al cual estas palabras se dirijieran, mira á la guitarra con saña y con despecho, y agraviado contestò:

—Yo no se, caballero, que una guitarra sea un cencerro.

—Guitarra se llama? el nombre no hace al caso, con tal que toqueis todo cuanto bailèmos esta noche.

—Es que yo no toco mas que acompañamientos para cantado.

—Pues ya sabeis bastante.

—Lo único que medio punteo es una mazurca.

—Ea, pues vaya por la mazurca... es una danza que poseo... Madama, tuvierais la bondad de acompañarme?

Era á Elmonda á la que Almenor se dirigiera; pero la bella dama, que detestaba al hijo de madama Michelette, contestó que ignoraba aquel baile completamente. Entonces Mr. Almenor mirò hàcia todas partes y vió que no habia pareja para la mazurca.

—Vamos, yo la bailaré con vos, dijo la dama blanca levantàndose. Yo entiendo de toda clase de bailes.

—Quien lo duda! murmuró Almenor, me consta que en la danza sois una profesora.

Mr. Pastoureau templó su guitarra.

La dama blanca accediera á todos los deseos de Mr. Almenor, pues era ligera como una pluma y saltaba como un cabrito. La mazurca inflama y magnetiza á los danzantes hasta el extremo de parecer no han de concluir

nunca ; pero en una de las piruetas , Almenor dá un puntapiè à un taburete, y este con la celeridad de una bala , zás! dà al quinquè y á la bomba de cristal que contuviera los pececillos de colores y los hace tiestos. Los gritos de madama Michelette , al ver aquella escena, fueron terribles.

—No es nada, decia Almenor, un taburete que vuela como un pandero , es cosa digna de ver por cierto... era una escena no anunciada en el programa... Señores , esta dama baila de mistò... volvámos à empezar , señora ; y tù, mamà , trae el ponche... ponche en abundancia... no es verdad , Saucissard?

—Es consiguiente , contestò el caballero de la calavera con infinita gravedad, mientras la gorda mamá deploraba la desgracia ocasionada á su infortunado quinquè.

—Y no jugamos un poco al whist? preguntó madama Bertrand, à quien la danza no agradara.

—Al whist! señora, està usted soñando? para dormirnos no es menester mas. Un juego tan divertido como sus apasionados. Si fuera juegos de prenda , ò á la gallinita ciega... ò al esconder , en fin , juegos donde se palpe y se pesque algo ; unase à esto, buenos y abundantes tragos de ponche y... esto sì que e. ame-

nizar una reunion... es verdad , Saucissard?

El sábio inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Almenor coje á su pareja de nuevo y empieza à bailar. José Tourinet trata de hacer lo mismo ; mas en vano , se ha dirijido á las damas del corro , todas lo rehusan. Ya el tal Pepito pierde la esperanza de lucirse , cuando el doctor Saucissard levantóse de su asiento y dirijiéndose al flaco Tourinet , le dijo:

—Vamos , amigo , yo bailaré con vos, soy un profesor en forma.

José Tourinet y el mugriento Saucissard empezaron à walsar; mas como quiera que Mr. Pastoureau habia protestado no sabia wals ninguno , salvaron la dificultad con talarearlo ellos mismos. Uno silvaba desmesuradamente una marcha militar, y el otro talareaba la polka y la galop à un tiempo. Aquello era un guirigay de mil demonios.

Bouchonnier y Elmonda estaban infinitamente fastidiados: por lo que hace à Isidoro, cuando vió eran las diez y su amada Emelina no parecia , se eclipsò y abandonó la reunion.

La danza parece prolongarse. El wals está terriblemente furibundo , y los espectadores tienen que refugiarse à los extremos de la sala , sopena de que los pisen , los estropeen y

los estrujen. Sobre todo , el doctor Saucissard y su pareja , dando unas apancadas terribles, lograron tropezar con el velador y echarlo por tierra , rompiendo cuanto titere y figura habia encima.

—Almenor , por Dios , párate , gritaba la mamá Michelette... no walsar mas , me van ustedes á dar fin de todo... aquietaos por Dios.

Pero Almenor y los demás no daban oidos á nada y seguian su rotacion.

La llegada de Justina , trayendo una batea con unos vasos y la ponchera , fué lo único que pudo aquietarlos. Almenor se para (ya era tiempo) madama Samsonnet estaba hecha una escarlata , y en buen tiempo no pudo respirar con desembarazo.

—Me alegro, murmuró madama Bertrand; quien le manda á una dama hacer esas atrocidades... y sobre todo , una dama poetisa... vamos , esta muger , no hay duda , tiene los diablos en el cuerpo.

Todos se arrimaron á tomar ponche.

—Justina , haz mas ponche , y sobre todo, mas fuerte ; exclamó Almenor con el tono que un capitan manda una compañía.

—Verémos en qué para esto , dijo Bouchonnier á su esposa.

—Yo mejor me iria , contestó esta , ya ha-

ce tiempo que Isidoro lo ha hecho ; ese sí que lo ha entendido.

Almenor , animado por el ponche , insta á que se hagan algunos juegos y para dar ejemplo esclama:

—Atencion , yo voy à principiar por uno que es chistosísimo cual él solo... Venga un papel... un diario viejo si hay.

Madama Michelette , por ver la agudeza de su hijo hasta el extremo que llegaba, trajo el diario demandado. Almenor lo coje , lo lia y hace una especie de torcida con él: despues se quita el rendigote y se pone la torcida en el trasero , prendida de un alfiler , á manera de cola.

—Ahora , continuó Almenor , voy á pasearme con este rabo por la sala , uno de ustedes enciende una bujia , y viene trás de mí à pegarle fuego , y la gracia estará en saberlo yo menear para burlar el intento.

—Vea usted un juego que ha de ser muy divertido , exclamó Pedro Tourinet.

—Ahora , lo que falta es que haya quien sepa chamuscarle el rabo al señor.

—Vamos , ya estoy esperando. Quien empieza?

José Tourinet se levantó , cojió una bujia encendida y corrió trás de Almenor, procuran-

do encenderle el rabo, mas en vano; pues este lo movia con tanta ligereza que Pepito, cansado de andar träs de Almenor, soltó la bujía y sentóse otra vez.

—Yo os enseñaré como se enciende, dijo Saucissard cojiendo la bujía y corriendo träs de Almenor; pero este, brincando, saltando aquí y allí, burlaba siempre el intento del doctor; que mareado y atolondrado con tantas vueltas y revueltas y sin saber cómo, y creyendo fuera el rabo de Mr. Almenor le pegó fuego á una cortina. No tardò mucho en propagarse el incendio. Una llama viva y resplandeciente ilumina el salon. Entonces sí que es ella; todos se levantan, todos corren y huyen de morir achicharrados. Pedro Tourinet es el que empieza á llorar, sin tratar de levantarse. Almenor continua aun, meneando el rabo. Al fin nota el incendio, corre á la cortina, la echa abajo y, apiñándola y haciéndola un lío, ahoga el fuego.

De este modo tan trágico tuvo fin la alegre reunion de madama Michelette.

Los dos amantes.

AUNQUE ya hemos dicho que madama Clermont aceptara la invitacion que madama Michelette la hiciera: sin embargo, estuvo muy lejos de acceder á ella. Primero habia empezado por negarse positivamente. Pero la gorda mamá habia insistido tanto que, por salir de aquel fastidio tan inmenso, le habia dicho que iria.

Madama Clermont, para procurar á su hija alguna distraccion, habia al fin consen-

tido en tratarse con madama Bouchonnier: tambien es verdad, que no hay comparacion entre el trato de la una y el de madama Michelette.

Para enganchar mas (digámoslo así) à la bella viuda y á Emelina, no habia faltado la mamà en decir que el jòven Isidoro Marcelay seria tambien uno de la reunion; pero ni por esa. Madama Clermont, que viera aumentarse cada vez mas la inclinacion de su hija hácia el jòven caballero, empezaba ya á arrepentirse de haberlo admitido en su casa, considerando las consecuencias tan funestas que podian reportar tal amistad. Bien es verdad que nada reprehensible se notara entre la conducta de Isidoro con Emelina; pero una madre sabe bien que no hay cosa mas peligrosa que el amor... sobre todo, entre dos jòvenes apasionados.

—Ya te harás el cargo, dijo madama Clermont à su hija, que si yo he aceptado el ofrecimiento de madama Michelette, no ha sido mas que por evadirme de sus importunidades. Ten entendido que no vamos.

La tierna jòven estaba hecha, desde sus primeros años, à obedecer à la madre sin replicar; asi es que bajò la cabeza y se sometìò à la voluntad de esta sin decir lo mas mínimo.

Sin embargo, no fué dueña de reprimir un profundo suspiro que de sus lábios se escapara. La gorda mamá habia dicho que Isidoro seria uno de la reunion, y era lo suficiente para que la tierna jóven suspirase con abinco.

Nuestras dos beldades (la madre y la hija) habian pasado la noche como siempre, leyendo un rato y tocando el piano despues. Pero madama Clermont no estaba buena; sentia una leve indisposicion y recojiose aquella noche mas temprano que lo ordinario.

La hermosa jóven, en vez de seguir á su madre y recojerse tambien, se quedó en la sala, apagó la luz y abrió una ventana. ¿Era para respirar el aire libre de la noche, para lo que Emelina lo hacia? ¿Era por ventura solamente para contemplar el bello cielo, para escuchar el silvido del viento en el verde follage del jardin, ò para aspirar el ambiente aromático que las nocturnas brisas reportàran de las vecinas flores?

Es tan difícil leer en el corazon de una jóven! mas si este corazon està enamorado, ya no es tan difícil; al contrario, puede uno estar evidentemente convencido que su voluntad, sus pensamientos, toda su alma se refiere siempre al objeto amado: que todas las acciones, hasta las mas indiferentes, participan

de este amor que forma parte de su existencia que no la abandona nunca ni en el día ni en la noche, que es su tormento, su dicha, su bien, su ídolo; que no se separa un instante de él y que por consiguiente cesaria de latir si él cesase de amar.

Emelina no habrá pensado todo esto, pero sabe que Isidoro está en Corbeil, que irá á casa de madama Michelette, que por consiguiente no la verá allí y que será indudable que la busque. Además, un cierto presentimiento amoroso le decia que su amado vendria á ponerse al pié de sus ventanas. Comprendeis ahora, amado lector, el porque la niña habria abierto los cristales y se habia sentado al fresco?

El presentimiento del amor es muy rara la vez que se engaña. Emelina sentada en la ventana tomando el dulce ambiente de la noche iba quedándose embelesada pensando en el objeto de su amor, cuando una voz grata, sonora, dulce como la de un ángel dice: «Emelina.» Y la divina jóven, saliendo del dichoso letargo que la sobrecojiera, mira hácia la calle. En efecto, era Isidoro arrimado á la ventana, el que pronunciará tan hermoso nombre.

Como hemos dicho ya; el primo de Bouchonnier, viendo que eran las diez, y madama Clermont y Emelina no llegaban, se eclipsa.

só y abandonò la reunion dirijiéndose á la casa de Emelina , porque su corazon le decia que la veria: hemos visto que el corazon de la jòven le decia á esta que el doncel vendria , de modo que marchaban amorosamente uniformes los dos. Oh! solamente el amor, el verdadero amor, es el que puede combinar todo esto.

—Isidoro? balbució la jòven.

—Sí, yo soy, ídolo mio: Ab! cuanto me alegro de veros! no podia figurarme tanta ventura en esta noche (en esto mentia, pues se lo habia imaginado). Noche que hará època en los anales de mi vida, noche en la que puedo hablaros y contemplaros á mi placer.

La ventana estaba bajita; podian darse las manos y estrecharlas mutuamente... es verdad que no podian abrazarse, pero, por ahora, se veian, se hablaban, se estrechaban las manos... los dos jòvenes no ambicionaban mas.

—En este momento, hermosa mia, salgo de casa de madama Michelette; me habian asegurado que irian ustedes, y esta sola esperanza, la de veros allí: fué la que me impulsò à ir yo tambien... pero eran ya las diez no pareciais...

—Mamá no pensó nunca el ir... rehusa todo trato... si ha cedido al de vuestra prima es porque es tan difícil el resistir á sus rue-

gos!.. Pero, caballero... siento infinito que estéis en la calle... mas mi mamá acaba de acostarse y yo no me atrevo...

—Señorita, estoy aquí muy bien... además, la hora no es de visita por cierto!.. Estoy perfectamente, porque me encuentro á vuestro lado, porque os veo y os oigo... Solo si desearia que me permitiéseis hablásemos un rato, para que esta dicha fuera continua por algun tiempo.

—No tengo inconveniente, caballero... Os habeis divertido mucho en la reunion?

—Puedo yo por ventura distraerme donde vos no esteis?

Estas palabras las ha pronunciado el jóven con esfuerzo tan entrañable y amorosa, que la tierna Emelina, muda por la sorpresa, no encuentra palabras conque contestar. Isidoro comprendió aquel silencio y lo interpretó cual debia. En aquel momento la jóven estaba radiante: el doncel, con la cabeza apoyada sobre la reja, la contemplaba estasiado.

Entre dos personas que se aman, el silencio tiene un encanto, una elocuencia indefinible; y si á este silencio se añade una amorosa contemplacion... oh! entonces el placer mas grato, la ventura mas eminente, sobrecoje nuestra alma y nos hace partícipe de los

destellos celestiales. ¿Por qué no han de ser eternos estos momentos de delicias?

—Volveis esta noche quizás á Paris? preguntó Emelina saliendo de aquel éxtasis que la sobrecojia.

—Creo que ya habrá salido el último convoy. Además Paris! qué ofrece para mí? nada: tedio y fastidio... el tiempo se me aterniza... pues mi pensamiento, mi corazón, mi alma, todo yo, está siempre á vuestro lado... en todas partes os veo, y sola vos sois el móvil de mi existencia.

La tierna jóven, en un movimiento de expansion amorosa, sin saber como, abandonó una mano á su apasionado amante; Isidoro la coje, la estrecha entre las suyas, con ardoroso ahinco, y llevándola á sus abrasados labios, la cubre de amorosos besos, todo esto con una prontitud increíble antes que la jóven reflexionase si la debía retirar ó no.

La caricia mas insignificante, entre dos seres que se aman, causa un placer tan íntimo que, comunicándose á nuestro corazón cual una chispa eléctrica, lo conmueve y magnetiza.

Es verdad que Emelina debiera haber retirado su mano: ¡mas los ardientes besos de Isidoro, le causaban un placer tan grande! y co-

mo hacerlo cuando su corazon jamás estuviera mas dichoso? Además, la inocente jóven ignoraba que á un amante, concederle el mas ligero favor, espone siempre à tener que concederle todo, y por esta causa debemos disculparla.

Aquella alabastrina mano, que Isidoro estrechaba con un amoroso frenesí, lo habia transfigurado en un ser radiante de placer y ventura.

—Querida Emelina, sí, es tiempo de que lo sepais... os amo, os adoro, y quiero saber si soy correspondido.

A esta declaracion tan repentina é inesperada, la tierna jóven bajò los ojos y (aunque tarde) retiró la mano. Entonces el doncel clava en ella una mirada llena de amor y tristeza à la vez.

—Què! quizá, será cierto, Dios mio, lo que preveo... sentis acaso que os ame, ó por ventura os coje mi declaracion desprevenida?... sin embargo, debiais haberlo adivinado... Y yo, que esperaba en vuestra correspondencia, en vuestro amor, tambien, puro como el de los àngeles... Ah! sí, lo conozco, no me amais... y mi présencia os molesta infinito; pues bien, yo renunciaré á este amor que es mi vida... yo sabré llorar vuestro desden en el retiro y... ja-

más sabreis si ecsisto. No os molestaré mas, tranquilizaos.

—Pero... sì... es que... balbució Emelina con rubor, bajando, de nuevo, tímidamente los ojos, pero abandonando otra vez su blanca mano al amante.

Isidoro la vuelve à estrechar y á llenarla de apasionados osculos antes que su amante la retire, pero esta en su lugar mira con terneza à Marcelay, y aprieta sus manos tambien con entusiasmo.

El doncel todo lo adivina: aquella presion le dice que es correspondido, y pasando de la tristeza, al placer mas vivo y afectuoso, los dos amantes se miran, se estrechan, se besan mutuamente.

—Oh! gracias, Dios mio, gracias por el placer tan inefable que me concedeis en poder estrechar á un querube de vuestro regio alcázar... Sí, Emelina mia, yo os amo, no lo dudeis, vuelvo á repetiroslo. Tengo bienes de fortuna, soy libre, enteramente libre, y os pediré á vuestra madre por esposa... ella no me lo negará, deseará vuestra felicidad en este mundo y esa felicidad quiero yo hacerla... no lo dudeis... quiero ser vuestro esposo para no abandonaros nunca, para estar siempre juntos y sumergirnos en un océano de delicias y placeres.

—Tal vez! murmuró la jóven, eesalando un ìntimo suspiro. Pero temo que mi madre no apruebe nuestros proyectos.

—Por ventura temeis?..

—Hay tantos misterios!

—Temeis el confiármelos?

—No, Isidoro, no lo temo; porque cuando una ama... quiero decir, cuando tiene un amigo verdadero... es tan grato confiarse á él!

—Sí, amada mia, es grato cual es bien del cielo, y yo serè digno de vuestra confianza... de esa confianza que me vais á probar... Vuestra alma pura, cual la de un serafin, hallará en mí siempre un amante... un hermano... un amigo para participar recíprocamente de vuestras penas y placeres.

—Sí, os creo, Isidoro, os creo como á mi madre... Pues bien, escuchad.

Emelina, antes de empezar su narracion, volvió la cara atrás y miró hácia dentro á ver si podia departir con su amado sin inquietud ni zozobra. Mas un profundo silencio reinaba en toda la casa y solamente el balanceo del follage que se mecia en las ramas de los arbustos, era el que lo interrumpiera con religioso eco. Despues de asegurada que se hallara completamente sola, volvió á estrechar la mano de Isi-

doro lanzándole una mirada lánguida y amorosa.

—Ya comprendereis, amado mio, que mamá no me comunicará todas sus penas por mas que me ame y quiera. Sin embargo, cuando la veo triste le digo las mas veces.

—«Tu tienes algo que te atormenta, dímelo, quiero participar de tus quebrantos.

Entonces ella suspira y me responde:

—«Para que quieres, hija mia, que te lo cuente?... hay mil cosas que deben ocultarse y llevarlas una en su corazon hasta la tumba.

En seguida vuelve á suspirar, embebien- dose en un éstasis doloroso. De vez en cuando me contempla estasiada y, creyendo que no pueda oirla, suelta estas misteriosas palabras:

—«Desgraciada, si algun dia llegara à amar... si se le presentase un ventajoso partido... entonces tenia que rechazarlo... comunicarle nuestro infortunio... y decirle que no soy dueña de disponer de su porvenir.»

—No es dueña! exclamó Isidoro con una admiracion atroz.

—Silencio, silencio, callaos, por Dios, pueden oirnos y si mamá supiera que yo os participaba esto me refiriria cruelmente.

—Oh! Emelina mia, esto es un misterio complicado. Madama Clermont, vuestra ma-

dre, no es viuda? ó por ventura ecsiste su marido?

—No se, lo ignoro todo completamente.

—No recordais haber visto nunca à vuestro padre?

—Oh! jamás. Lo que únicamente conservo, como el recuerdo de un sueño, es que, en mis primeros años, venia á visitarnos, muy ameno, un anciano caballero... un abogado, segun creo, que me abrazaba, me contemplaba y exclamaba conmovido: «Pobre niña... si él te conociese, estoy seguro que te amara.»

—Es original!.. y despues?

—Despues, mamá lloraba y le decia: «No, caballero, él detesta á la madre, jamás querrá à la hija.» Ved aquí lo único que recuerdo. Pero todas las veces que delante de mi madre se ha hablado de casamiento, he observado que se ha entristecido y que la tal conversacion la ha aflijido en extremo. Este es el motivo que, si descubre que... que nos amamos... que vos quereis desposaros conmigo... temo mucho que...

Un ruido sordo, repentino, que sonara, cerca de los dos amantes, interrumpió la conversacion. Emelina tembló: Isidoro miró hácia todos lados.

El ruido pareció ser prodecido por una per-

sona que cayera al suelo.

—Isidoro , habeis oido?

—Sí , en efecto...

—Qué será?

Isidoro abandonò la ventana y diò algunos pasos en la calle. No habia nada , seguia el mismo silencio , y sus ojos nada descubrieran.

—Tened cuidado , replicò Emelina ; no os alejeis tanto... puede ser algun ladron... Venis armado?... Dios santo , ni siquiera traeis un baston para defenderos!.. es una imprudencia salir de noche sin armas.

Isidoro , un momento despues , volvió à la ventana.

—No hay nada. Quizà nos hayamos engañado... seria el viento ò , cuando mas , algun perro del vecindario que andará recorriendo la aldea.

—Tengo miedo , Isidoro , y os entretengo demasiado hablandoos cuando todos duermen... Si llegáran á saberlo!.. Mas de una vez mamá me ha dicho que *las acciones mas inocentes aparecen culpables y capciosas si llegan á practicarse en el silencio y oscuridad...* Conque así quedaos con Dios , Isidoro.

—Tan pronto?... si supierais cuan dichoso me es estar á vuestro lado... contemplaros y

miraros sin testigos... no me priveis tan pronto de esta dicha... Sí, todos duermen, y sumidos en siete sueños se olvidan del mundo, mientras nosotros, aprovechando estos momentos tan cortos, nos identificamos en un mismo ser de amor y felicidad... Ahora, si os disgusta estar à mi lado....

—Ah! ni aun lo digais siquiera... disgustarme de vos... cuando... sois mi felicidad... mi ventura... cuando os amo como à mi madre.

La inocente jóven no podia decir mas. Isidoro estrechó y besò de nuevo la hermosa mano de la hurí de sus pensamientos. El jóven juró no tener otra esposa que la jóven Emelina; esta, por su parte, jurò otro tanto por Isidoro. Entre dos personas que se aman y que se lo dicen por vez primera, se pasa con rapidez el tiempo, las horas vuelan, porque no se cansan de decir, ciento y una vez, que se amaràn eternamente, y que serán constantes hasta morir. En seguida se pasan á hacer proyectos para el porvenir de una existencia molice y de una vida de placeres. Pero en todos los proyectos que forman, Emelina pone siempre la primera á su madre; porque su amante y puro corazon, no separa el amor de una tierna esposa, del de una buena hija. No es

natural que las horas pasen tan breve? La dicha que experimentan no es dulce é inefable? No es una dicha real y efectiva creer en ella aunque no se goce en un todo?

Entre tanto Emelina insta á su amado á que no se descubra aun á su madre. Es temprano todavia para tal manifestacion. Las palabras de la amada son tan eficaces que el doncel se convence y promete callar hasta que se gane la confianza de madama Clermont y su entera amistad, y despues que halla conseguido esto, declarará à la madre de Emelina todo el amor que siente por su hija, y la suplicará le conceda su mano.

Hablando de este modo, haciendo mil proyectos y jurándose mutuamente amor eterno, la Aurora, una vaga claridad, empezó á inundar la calle y la campiña...

—Ah! Dios santo! será posible?... el dia ya? exclamó la jóven.

—El dia! qué, tan pronto el dia! repitió Isidoro. Cuan breve se me ha pasado la noche á vuestro lado...

—Ahora si que es indispensable despedirnos, amaneciendo y... los criados, los labradores... los carreteros, saldrán y nos verán... A Dios, Isidoro.

—A Dios, divina Emelina... pero irse tan pronto!

—Pues si hemos estado hablando toda la noche... no he dormido, y sin embargo, no tengo sueño... Pero partid... A Dios, amado mio.

—A Dios, hechizo; y el apasionado joven estampó el último beso en la mano de su ídolo.

La joven cerró la ventana é Isidoro desapareció; sin ver, á algunos pasos de él, un hombre sentado en un tronco, y el cual, sino estaba dormido, era indispensable se hubiera enterado de la conversacion de los dos amantes.



La mutacion de Creps.

APENAS acababan de dar las doce, y ya un movimiento de mil demonios habia en la cocina de una de las principales hosterías de Corbeil; hostería perfectamente preparada, donde no faltaba nada, hasta su mesa de villar, en la cual (entre paréntesis) el hijo de madama Michelette y su amigo Saucissard, pasaban todo el dia fumando y jugando; puesto que Mr. Bouchonnier estaba en Paris, y su señora esposa jamás estaba visible.

José Tourinet (al que ya conocemos perfectamente) acababa de entrar en la hostería à leer el diario , y tomar un huevo frito y una taza de café con leche.

—Parece que hay bulla , dijo al hostelero, observando la agitacion y movimiento de los mozos: hay quizá comida de boda?

—No , señor , no tenemos nada de eso. Es un caballero... un particular que ha dado, hace dias, en almorzar aquí... y cuando digo almorzar , bien podia decir comer ; puesto que siempre viene á esta hora , y se està en la mesa hasta las seis ò las siete de la noche... á veces mas...

—Voto à cribas que si come todo ese tiempo , debe tener un estómago sin fondo.

—No , señor, es mas lo que desperdicia que lo que come ; pues , el tal caballero , es mas delicado que una niña mimada ; ahora , lo que es beber , bebe terriblemente , y paga la cuenta sin repasarla... Conque ya veis si debemos estar en un piè, como la grulla para tenerlo gustoso y contento.

—Es alguno del pueblo ò de Paris , de esos elegantones que vienen à pasar la temporada?..

—Es... es...
En este momento la esposa del hostelero lle-

gó á su marido , é incòmoda por la flema de este , le dijo con viveza:

—Anda , hombre , que Mr. Creps está llamando... dice que los riñones de hoy no están buenos... vè y conténtalo.

El hostelero partiò como una flecha. Tourinet , picado de la curiosidad , dijo á la muger:

—Me parece que habeis dicho Creps... pero no puede ser ese pobre diablo , que se mantenía de cerezas y patatas hurtadas, el que anda con tanta munificencia...

—Pues èl es.

—El Amante de la luna?

—El mismo... Oh! ya hace dias que viene à regalarle aquí!.. La primera vez que vino y pidió lo que tuviésemos mas rico y mas caro: nos sorprendimos , pues sabíamos no tenía un cuarto para pagar: lo atribuimos á un acceso de locura. Pero el Amante de la luna adivinò nuestro recelo , y sacando una infinidad de piezas de oro , nos dijo: «Ya ven ustedes si tengo hasta para comprar la hosteria.» Entonces le servimos todo cuanto pidió. El primer dia hizo de gasto treinta francos.

—Para él solo?

—Sí, señor , para èl solo... al dia siguiente otro tanto, y casi todos los dias gasta mas bien mas que menos.

—Vamos, no hay duda que *ha explotado alguna mina*.

—Ignorámos completamente de donde provenga esa nueva fortuna, ni nos concierne el indagarlo. Paga perfectamente, y eso es lo único que nos interesa.

—Y ha abandonado la cabaña de Roberdin?

—Ya veis que para uno vivir con tantas comodidades, la cabaña de Roberdin no es la mas apropiado.

—Y en donde toma Mr. Creps su desayuno?

—En ese aposento de la derecha.

—Pues señor, voy á ver tragar á ese nuevo buitre.

—Sois muy dueño... Os prevengo que cuando come no mira ni habla á nadie; mas despues que llega á la tercera botella grita, canta, arma una jarana de mil demonios... Mas la alegría no os intimida, no sois un Canton como vuestro hermano.

—Y por donde lo sabeis?

—Me consta.

—Quisiera que lo dijerais por experiencia.

El delgado Tourinet echò una miradilla tierna á la hostelera, y se encaminò al aposento de la derecha.

En efecto, junto á una ventana, el Aman-

te de la luna parecia dispuesto á atacar à un rico pollo dorado que acababan de traerle. El vestido del hombre de la noche es el mismo que antes , esceptuando un par de botas muy buenas y una rica corbata de raso negro.

Josè Tourinet saludó, con infinita política, al misterioso personaje y se sentò en una mesa frente à él.

—Caballero , os incomodará el que yo me desayune frente á vos? preguntòle.

—Y por qué diablos me he de incomodar? contestò Creps sin levantar la cabeza y tragando como un descosido. Cree usted que no sè comer delante de la gente? ó por ventura que huyo de ella?

—Oh! no , señor , ni lo uno ni lo otro: pero no ignorais que algunas veces... le gusta á uno comer solo... para abandonarse à sus ideas y caprichos... Eh! muchacho (llamando) traeme el huevo frito y el café con leche.

—Muchacho , dijo Creps , una botella de primera... este Burdeos que ha venido últimamente no vale nada.

—Señor , es que...

—Vamos , acabad , no hay mas que esto? pues decidlo de una vez , yo bien se que Corbeil no es Paris ; por consiguiente no hay donde escojer.

El muchacho se alejó. Creps mirò entonces al vecino del almuerzo y se llevó la mano al sombrero. José Tourinet lo saludò cortésmente y con una ligera sonrisa.

—Amigo, se pasa el tiempo sin sentir. Vea usted, ya las doce y media! dijo Tourinet que deseaba á todo trance entablar conversacion.

El muchacho vino con el desayuno indicado, y con otra botella para el Amante de la luna.

—Caballero, verà usted como le gusta este vino, es el mejor que hay en la casa.

—Bueno, pues dile á tu amo que me lo reserve, pues voy á agotar la bodega.

—Qué demonios! murmuró Tourinet, me han traído el huevo duro...

El muchacho sin hacer caso de lo que este dijera, preguntó á Creps:

—Que tal, es bueno ese?

—Así, así, á mí no me gusta mucho, contestó Creps despues de gustar el vino que lo trajeran.

—Ya ha concluido usted el pollo?

—Sí, llévate ya todo esto.

—No quiere usted nada mas?

—Hay hoy algo de nuevo?

—Sí, señor, ahora van á salir unos ricos pasteles de anguilas.

—Pues vengan pasteles.

El muchacho desapareció. José Tourinet dió un profundo suspiro, pues se pirraba por los pasteles de anguilas; pero su esausto erario no le permitía mas que desayunarse (y eso á las tantas del dia) con un huevecito frito y una taza de café con leche.

—Amigo, pocas ganas hay, dijo Creps observándole.

—No, señor, sino que me lo han traído tan duro... y á mí que me gusta mojar sopitas...

—Pues pida usted otro, hombre... cada uno por su dinero...

—Ya! pero que quiere usted, desatienden los desayunos medianos, por acudir á los suntuosos...

—Mal hecho, pues los suntuosos se acababan pronto, mientras los medianos duran mucho... por consiguiente producen mas.

—Este hombre se explica perfectamente, murmuró José Tourinet disponiéndose á tomar su desayuno; pero con una pausa y ceremonia tan grande, que el Amante de la luna, que lo observara todo, soltó una estrepitosa carcajada... José Tourinet, en vez de incomodarse, hizo otro tanto.

—Os reis? dijo, de ver la ceremonia que gasto para comer un solo huevo... que quereis!

es menester hacerlo durar.

—Justamente, caballero, era por eso: no os habréis incomodado, es verdad?

—Hombre, no lo diga usted siquiera... soy acaso un niño?... sois dueño de decir y hacer lo que gustéis.

—Gracias, señor mio. Yen agradecimiento, queria haceros una proposicion y no me atrevo.

—Hable usted, hombre, sin reparo cuanto quiera, cuanto se le ocurra.

—Pues bien, quisiera que dejaseis vuestro ceremonioso huevo y me acompañaseis à echar à perder los pastelillos... Pero soy un atrevido, no es verdad?... Desayunarse uno mal vestido é indecente, en compañía de un hombre tan honorable... Caballero, dispensad, pues creí que todo el mundo es tan naturalote como yo...

—Si, señor, yo opino como vos; el vestido, no porque sea modesto...

—Oh! el mio es modestísimo cual ninguno.

—Y para probaros que me honrais con vuestra proposicion... acepto la mitad de vuestro desayuno.

—De veras?

—La prueba es que aquí me veis.

Diciendo esto, José Tourinet se sentó en

la mesa de Creps ; este le cojió la mano y se la apretó cordialmente.

—Sois un hombre en forma , dijo. Muchacho , traele al señor un cubierto.

El muchacho cojió el huevo frito y la taza de café con leche , y la iba á poner en la nueva mesa , creyendo fuera esto lo que le indicaran , cuanto el Amante de la luna le dijo:

—Zopenco, llévate eso, ó lo tiro por la ventana. Traete , antes de los pasteles , un buen guiso de perdices y otra botella de este vino... Vamos , despáchate , demonio , parece que tienes las patas de yeso.

El muchacho estaba atónito de ver al hombre del dinero , como él lo llamaba , tan familiar con el metódico Tourinet.

—Nosotros , interin , continuó el Amante de la luna , echarémos un traguito , es muy bueno para abrir el apetito. El vino!.. el vino!.. no hay como él solo para hacer dichoso á los que no lo son. Camarada, á vuestra salud.

Tourinet chocó su vaso con el de su anfitrión.

—A vuestra salud , Mr. Creps.

—Ah! me conocéis? murmuró este arrugando el entrecejo.

—Ba! pues no os he de conocer , si soy vecino de Corbeil!.. casi todas las noches os he

encontrado en la floresta... sentado à la luna...

—En efecto, es mi astro favorito... Vaya otro trago.

—La gente del pueblo no os conocen mas que por el Amante de la luna.

—Lo sé, pero me importa poco. Digan lo que quieran.

—Esò mismo digo yo. Tenga uno su conciencia tranquila...

Creps mirò á su convidado como para adivinar la intencion que llevara al pronunciar aquellas palabras. Pero Tourinet estaba embebido en las ricas perdices que el muchacho habia traído, y tragaba sin levantar la cara.

—Estàn riquísimas... Jamás las he comido tan buenas.

—Me alegro que os gusten... Ah! aquí están ya los pasteles... Muchacho, traete Champaña del mejor que haya.

El muchacho corrió hàcia dentro.

Josè Tourinet amenudeó tanto los tragos hasta ponerse en aquel estado de alegría, inepto y expansivo. Por lo que hace à Creps no se escedió lo mas mínimo, conservando su habitual firmeza y enerjía.

—Canario, monseñor Creps, que aquí se comerá mejor que en la cabaña de Roberdin.

—Por supuesto, contestó sonriéndose, pero no por eso la cabaña de Roberdin es menos digna de mi aprecio... tanto mas cuanto será probable que la vea pronto.

—Bá! ba!... acaso quereis meteros otra vez en ese nido?... Un caballero como vos... que se regala tanto... hareis mal, palabra de honor, que hareis muy mal.

—Vos lo pensais así, mi querido Tour...

—Tourinet... José Tourinet, maestro de música... de composicion... es decir, en otro tiempo, pues ahora no me ejercito en nada... vivo con mi hermano del producto de nuestras rentas...

—Oh. esa es la mejor vida de todas.

—No lo crea usted, nos vemos obligado á observar una continua dieta; asi es, que las perdices y los pollos están para mí demás... se me indigestan terriblemente... pero vos, amigo mio, creo que habeis hallado algun tesoro... vamos, contadme... (Y despues, reflexionando la sandez que habia dicho, continuó:) Esto es broma, por decir algo... yo no tengo derecho à interrogaros nada.

—Como que no! podeis preguntarme cuanto querais, contestò Creps tocando su vaso con el de Tourinet.

—Y si yo adivinara! la causa de vuestra

nueva fortuna... qué diriais?..

—Me admiraría mucho... muchísimo en extremo.

El hostelero, trayendo el Champaña pedido, interrumpió esta conversacion. Destapa una botella y se la presenta al Amante de la Luna, diciéndole con tanto respeto como si hablase à un príncipe.

—Me parece, caballero, que habreis bebido pocos vinos como ese... ni mas esquisito ni mejor.

—Bueno, con eso, querido, echareis un vaso con nosotros.

—Caballeros... me lisonjeais infinito... y no debo rehusar.

El hostelero se echò un buen vaso que Creps le presentara.

—Me parece, dijo José Tourinet tartamudeando, un poco (efecto, sin duda, del Burdeos) que debeis estar loco de contento con vuestro nuevo parroquiano, el inclito é invicto Mr. Creps, y sumamente agradecido en que os haya preferido à vuestro cuñado... me remito al que tiene la posada en la calle Grande... que es tambien de las buenas.

—Oh! mi cuñado ha perdido mucho crédito desde que tuvo lugar en su casa ese maldito acontecimiento...

—Qué acontecimiento? le dieron à algun viajero gato por liebre?

—No, me refiero á ese duelo... ese caballero muerto que se ha encontrado en el campo de Juan-Pedro... ¿pues què, ignorais eso?

—Maldito si se jota del tal duelo.

—Y usted, caballero Creps.

—Una vaga idea... lo he oido decir por encima... pero si tubieseis la bondad de decirnoslo...

El hostelero cojió una silla y se sentò en la mesa con nuestros conocidos, y afectando un aire misterioso, para dar mas importancia à lo que iba á decir, empezò su narracion.

—Señores, habrá ocho ó nueve dias... Yo podia saber á punto fijo cuando fuè, con solo preguntàrselo á mi muger, pero el tiempo esacto no interesa. Pues como iba diciendo, hace diez dias que un caballero y una señora, en silla de posta, pararon en casa de mi cuñado... Los dos eran jòvenes... y oh! grandes personajes: El conde de Norbelle y su linda esposa, viajando para Suiza...

—El conde de Norbelle! interrumpió José Tourinet paladeando el Champaña: no conozco à ese individuo.

—Ya lo creo, murmurò Creps, tambien puede ser que el mismo personaje lo conozca...

cuando se viaja de ocultis , toma uno , en las posadas , el nombre que mejor le parece.

—Creeis , Mr. Creps , que realmente no fuera ese el nombre de ese individuo? preguntò el hostelero admirado.

—Hombre , esto no es mas que una objecion mia... Continúe usted.

—Los viajeros llegaron á la caida de la noche. La dama que , como he dicho , era preciosa como una plata , subió en seguida á su aposento... Digo estos detalles, porque asi Mariquita , la sirviente de mi cuñado , me lo ha referido. El conde se quedó abajo y pidió de cenar... pero cenò descomunamente. Durante la cena encargò mucho, que cuidado como decian á nadie que viniera , que ellos estaban allí: concluyó de cenar y se acostò con la condesa. Pero hete aquí que ya casi al rayar el dia entra atro viajero. Este venia á caballo y era mas viejo que el conde... Mariquita fué la que lo recibió... mi cuñado se quedò en el lecho con su muger... Vean ustedes aquí su gran falta. Ah! si se hubiera levantado cuantas desgracias no hubiera impedido!.. Caballeros, desengañense ustedes , en nuestro oficio no se debe ser perezoso: esto es lo que le digo à mi muger cuando me acuesto con ella... sobre este punto soy inflexible...

—Vamos, hombre, concluya usted, replicó Creps con impaciencia.

—Pues señor, Mariquita le preguntó al caballero que si queria comer. El dijo que no... pero en su lugar hizo mil preguntas relativas à los viajeros que le habian precedido... probablemente le daria alguna propina. En resumidas cuentas, Mariquita le hizo el retrato del conde de Norbelle y de su esposa, y justamente eran los que el señor buscaba... Lo que siguiera à esto no lo sé, mas si que, al rayar el dia, salieron el conde Norbelle y el otro señor con una pistola cada uno. Ya ven ustedes, si Clàudio hubiera entonces avisado à los municipales y gendarmes, hubiera suspendido el duelo... Ah! si tal hubiera sucedido en mi casa, á buen seguro que se hubieran batido. Yo no soy perezoso... sino preguntadlo á mi muger...

Al grano, como he dicho ya, salieron los dos caballeros... Ah! se me olvidaba decirlos que el señor conde de Norbelle ordenó á Clàudio que á su vuelta tuviese la berlina enganchada; no parece sino que el tal señor estaba seguro de vencer... eso sí, hay personas que tiran perfectamente la pistola... En efecto, poco despues volvió el señor conde, y montando en su berlina con su muger, partiò de la posada.

—Y el otro? balbució Tourinet completamente ébrio, mientras el hombre de la noche parecia sumerjido en una profunda meditacion.

—El otro? Pardiez! el otro fué el que sucumbió. Lo encontraron muerto en el campo de Juan-Pedro. Una bala le habia atravesado el pecho...

—Conque... estaba... muerto?

—Ira de Dios! no lo ois? el conde de Norbelle tenia excelente punteria.

—Y no se ha sabido quien era el muerto? preguntó Creps saliendo de su profundo letargo.

—Sí, señor, en unos papeles que se el encontraron, llevaba el nombre del mayor Giroval, que probablemente seria el suyo.

—Y no se encontraron otros papeles?

—Se le encontró un medallon de oro en el cual habia un rizo de cabello rubio y esculpido el nombre de *Valeria*. Además, los diarios habrán referido circunstanciadamente esta aventura.

—El mayor Giroval! murmuró Creps embebiéndose de nuevo en sus reflexiones.

—El que se sirve de la espada morirà por la espada: dice la escritura, y mi muger me lo repite à cada instante.

—Entonces usted, patron, morirà frito

en la sarten... porque os servis de ella: replicò Tourinet riendo á làgrimas vivas.

Unos gritos que se oyeran en la sala do villar, hizo al hostelero que se levantara y corriera allá diciendo:

—Perdonen ustedes, caballeros, pero mi presencia es indispensable en otra parte; oigo gritos y como ese Mr. Almenor es tan penden-ciero...

El Amante de la luna continuaba en sus reflexiones, y una melancolla profunda se pintara en su rostro. Tourinet, viéndolo así y queriéndolo sacar de su letargo, sacudiéndole el brazo, le dijo:

—Eh! mi amigo, en qué demonios estais pensando?... no bebeis?... no decís nada?

—Sì, teneis razon... es menester beber... es indispensable el aturdirse.

—Es necesario, sobre todo, agotar el tesoro, que cuando se acabe, lugar hay de volver otra vez á admirar la bella luna... Amigo, como os estaba diciendo antes que viniera el posadero... yo conozco la causa de vuestra nueva fortuna.

—Qué decís?... sabéis acaso de donde me ha venido el oro que prodigo.

—Sì... sí... lo sè.

—Me parece que os engañais...

—Oh! no , amigo , vos sois un excelente hombre , y por eso he aceptado vuestro desayuno... desayuno hermoso... desayuno sublime... desayuno delicioso... siempre os tendré grabado en mi memoria y al autor de vuestro desayuno celestial. Sí, amiguito, aunque vuestro redingote , este sucio y agujereado... habeis practicado una accion... que escede al mas rico paletó... Salvasteis la vida à la hija de madama Clermont... arrojandoos al agua trás ella... Es verdad que Mr. Isidoro se arrojò tambien , mas no es tan nadador como vos; y no hubiera hecho mas que ahogarse con la otra... Ya lo demás se deja entender , la madre de Emelina... os veria y...

La fisonomía de Creps se cambió totalmente , apareciendo en ella la satisfaccion y alegría. El Amante de la luna chocó su vaso con el de Pepito y le contestò sonriéndose:

—Lo cree usted así como lo dice?

—Estoy seguro de lo que digo.

—Pues amigo , se engaña usted, yo no he visto á la tal madama Clermont ; si, es cierto que estuvo á buscarme en la cabaña de Roberdin ; pero conociendo yo que sin duda venian à recompensarme ; á mí que me digustan tanto las recompensas , me negué completamente á que me vieran.

—Pues señor, eso indica... que me he equivocado de medio á medio.

—Sin duda, y si quereis creerme no os atormenteis en indagarlo.

Un ruido mas fuerte que el anterior se oyó de nuevo, y la puerta del salon se abrió de par en par. Almenor y Saucissard aparecieron en ella con un pedazo de taco cada uno.

No habia duda, era gresca.



13.

Guerra y paz.

EL hijo de madama Michelette (retrocederémos un poco) y su amigo Saucissard, siguiendo su costumbre cotidiana, habían ido en casa de madama Bouchonnier; pero le dijeron que el amo estaba fuera y la señora no estaba visible.

Esta contestacion había chocado en extremo á Almenor, que contestò á la sirviente:

— Tienen el vecino y su esposa, quizá miedo de mí? el primero por que le he gana-

do unos cuantos napoleones al villar , y la segunda por que he jurado en su presencia?.. Digale usted que à mí no me acomoda visitar à personas que están en su casa y se niegan; y que se vayan à... usted comprende?

Despues , llevando à su amigo casi á remolque , Mr. Almenor habia vuelto à su casa con la sana intencion de echar á perder cualquier cosa , à pesar de haber almórzado ya. Mas la mamá Michelette que habia conocido que su uiñito no era modelo de templanza en el tragar , supuesto que , desde la llegada del hijo y del amigo , el vino , los licores , todas las provisiones iban en posta, determinó echar la llave en todo ; pues suponía y con razon que cuando ella estaba fuera era cuando asalataban la bodega.

La mamá Michelette , habiendo tenido aquella mañana que hacer unas visitas indispensables , lo habia cerrado todo , previniendo á la moza , la mas ligera consigna.

Pues , como hemos dicho , no habian sido recibidos los dos amigos en casa de Bouchonnier , se volvieron á casa de su madre haber si podian pescar algo. Un salto de alegría dieron al saber que madama Michelette habia salido.

—Justina, dijo Almenor á la sirviente,

traenos unos vasos y una botella de ese vino tan rico que la mamá teme que se concluya... con esto , un par de roscas é higos... anda, morena, y estaremos matando el tiempo hasta que llegue la hora de la comida.

—Señorito , no puedo servirlos , supuesto que la señora se ha llevado las llaves de la bodega.

—Mi madre se ha llevado las llaves de la bodega! qué te parece , Saucissard?

—No me parece cosa muy elegante.

—Pues , Justina , tráenos aunque sea aguardiente y bizcochos ; anda , chica , cualquier cosa.

—Os lo repito , no puedo daros nada ; si la señora ha echado la llave en todo... Lo único de que puedo disponer porque no está encerrado , es el pan.

—Ira de Dios! tú te burlas , Justina , no es posible que mi amada madre se muestre tan roñosa con su dulce hijo... poner al hijo y al amigo á pan seco!.. Voto à brios! Cree la mamá Michelette que hemos venido á acompañarla para hacer dieta?

—La señora al salir me dijo: «Esos señores han almorzado brutalmente , de manera que no querrán nada hasta la hora de comer.»

—Valgame san Luis!.. que horror!.. noso-

tros siempre tenemos necesidad de algo. Saucissard tiene el estómago sumamente delicado, yo tambien, por manera que, nos es indispensable estar meneando las quijadas continuamente... Vamos, Justina, traenos algo que echar à perder, y no te chancees mas.

—Señor, os lo repito, es imposible... no tengo mas que pan seco.

—Pues yo vuelvo à decir que eso es mentira... Y sino, Saucissard, vamos à pasar una revista general à la concina, à la bodega, à la despensa, en fin, à todo.

Mr. Saucissard siguió à su amigo Almenor: estos señores lo visitaron todo, pero en todas partes encontraron cara de palo, tratando en vano de abrir las puertas. La visita hecha à la bodega no tuvo ningun resultado feliz; la puerta tenia un enorme candado que el demonio que lo farzara. Mr. Almenor juraba, pateaba y tiraba cuanto encontraba; y Saucissard, por imitarlo tambien, y deseando cojer cualquier cosa, puso sus manos en las caderas de Justina, con la sana intencion de hacerle cosquillas; mas la sirvienta que no puede ver los hombres atrevidos, le regalò un buen arañazo, el que fuè à aumentar la coleccion que tuviera el doctor en su horrenda cara.

Almenor, en medio de su cólera, deter-

minò bajar al corral , destruir los conejos , ahogar las gallinas , por ùltimo , armar un safarrancho completo ; mas el sàbio Saucissard le hizo presente que no adelantaria nada ; todo lo contrario , irritaria mas á la mamà y quizà lo escaparían peor. Que mas adelante , si la mamà no variaba en su método , se haria el ataque à los polluelos , gallinas , pavos y pichones. Cuyo asalto , segun afirmaba el doctor , seria de noche para evitar las sospechas y eludir las.

Almenor conoció que Saucissard tenia razon ; y despues de haberle pedido á Justina treinta sueldos , ùnica cosa que esta tubiera en metàlico , salieron de su casa y se dirigieron à la hosteria del villar , à ver si sacaban lasca aunque fuera por carambola.

Los treintas sueldos se despabilaron en un momento , en cuatro ò cinco vasos de licor ; pero el pobre Almenor estaba aun bajo el dominio del fuerte apetito que la miseria de su madre le causara y determinó jugar el tanto à un pollo dorado , aunque no tenia un ochavo con que pagar.

El hijo de madama Michelette contaba con el crèdito que el retumbante nombre de su madre le diera , y Mr. Saucissard se referia probablemente à la garantía de su amigo. Mas

ya los conocian en Corbeil por tramposos y tramoyistas: ved aquí porqué á todo lo que pedian le contestaban (por mandato espreso del hostelero):

—No tenemos.

Esta òrden , fielmente cumplida , contrariaba mas al jòven gastrònomo , y aun podemos decir que avivaba mas su carpanta desenfrenada.

—Vive Dios! qué es lo que tienen ustedes? nada, nada? ni aves, ni cuadrùpedos?... ni pescados? esto es imposible.

Justamente , el hambriento señorito hacia estas preguntas , cuando pasara un mozo, llevando las perdices y los pasteles de anguilas; el ambiente tan rico que las perdices escalaron hizo perder à Almenor la chabeta ; cojió el taco y gritando como un foragido , juró que iba á dar fin del hostelero , de la hosteria y de cuantos hubiera en ella.

En vano Saucissard y el hostelero lo calmáran , pues un fuerte olor á estofado que de pronto se apercibiera , hizo al hijo de madama Michelette dar un fuerte empellon al hostelero y á su amigo , echàndolos por tierra.

—Fuera embelecos... atrás , canalla.

Creps , al entrar à aquel individuo dando unos gritos desaforados , se contentó con vol-

ver la cara lanzándole una mirada de indiferencia.

—Caya! es Mr. Michelette, exclamó José Tourinet. Hola, amigo, parece que el villar está algo duro... bueno eso es bueno; cada uno se divierte como puede... nosotros lo efectuamos haciendo saltar los tapones del Champagne... y haciendo carambola con pasteles de anguilas.

—Conque sois vos, Mr. Tourinet? exclamó también Almenor, conociendo al hermano de Pedro. Conque sois vos, mi amigo, el que devorais todo esto?... pero hombre, debía usted haberme avisado antes... y sino, ya veis al amigo (dirigiéndose á Creps) como traga... es probable que no se vea todos los días en semejante fiesta.

El Amante de la luna arrugó el entrecejo y se tiró un sendo vaso.

—Vamos, ven acá, Saucissard... (el doctor se aprocsimò) què te parece el convidado del amigo Tourinet?

—Me parece que si paga en proporcion á sus vestidos... el hostelero hará fortuna.

—Que ha de pagar!... nuestro amigo Pepito es el pagano... el otro no hace mas que llenar la tripa... No te parece que es menester delirar para convidar à tal señor?

El hombre de la noche no hacia caso; con suma calma y flema, continuaba tragando su pastel de anguila, mientras el flaco Tourinet completamente ebrio, ni aun comprendia lo que dijera Almenor.

—Caballero, dijo el hijo de madama Michelette al misterioso personaje, dandole con el taco de villar, os advierto que no teneis mas que dos botones en el chaleco.

—En su defecto tengo una docena en las... narices; contestò Creps con infinita calma.

—Hola, tambien lo tenemos jaranero?... es chistoso!... Saucissard, has oido la respuesta del señor?

—Sí, la he oido perfectamente, està hecha en el género anacreóntico.

—No hay duda, el señor tiene unas narices que parecen una botonera... Decidme, caballero, me vendeis el redingote? Me parece original; y como quiera que algunas veces me disfrazo de traperero, me vendria perfectamente. Vamos, es un negocio completo; os doy quince sueldos por él, y no andèmos en polèmicas.

—Yo, ni cuatro cuartos doy por él, replicó Saucissard haciéndose tambien el gracioso, creyendo que el individuo á quien ellos se dirijeran, no tendria valor ni aun para contestar.

—Ea , ya veis , yo soy el que pujo mas; conque , decidios , continuó Almenor tocando con el pedazo de taco á Creps.

Este vació un vaso de un trago ; y echándole una mirada rápida y escrutadora , contestòle con serenidad y aplomo:

—Creo que no teneis necesidad de disfrazaros , pues tal como estais , teneis una completa facha de trapero.

—Qué habeis dicho? exclamó Almenor poniéndose encendido de coraje... Creeis que yo aguanto desvergüenzas?... ah! Voto à brios! que tengo el corazon muy duro... y cuidado que si me enfado , parará mal la fiesta... faltarme à mí , á Almenor Michelette!..

—Vamos , no se sofoque usted , caballero, que estoy ya temblando de oiros , contestò Creps sonriéndose.

—No ves , Saucissard , á este caballero qué insolente es?... no te dan ganas de abofetearlo?... de pisotearlo?

El doctor , desde que viera la terrible mirada que el Amante de la luna lanzara à su amigo , conoció era un hombre de puños; así es que , manteniéndose á una distancia respetable , estaba indeciso en lo que respondiera.

José Tourinent , previendo que iba à haber camorra , tratò de aquietarlos.

—Vamos, hijitos, no os sofoqueis, no paseis el tiempo en peleas y jaranas cuando podiais gastarlo en beber, comer y cantar... lo que es yo jamás he tenido una voz tan hermosa como hoy.

—Pues esa es nuestra intencion, comer, beber y cantar; dijo Almenor arrojando el pedazo de taco y sentándose en la mesa. Anda, Saucissard, siéntate, participaremos de este festin inesperado. Caballeros, os empeño mi palabra que como se me sirva bien, olvido todos los insultos que he recibido del señor; que tal vez sea un estrangero y no sepa tiene el honor de hablar con el hijo de madama Michelette, una de las mas ricas propietarias de Corbeil.

En efecto, el bello Almenor y su amigo Saucissard se sentaron á la mesa; pero Creps levantándose con la mayor ligereza increible, los cojió á cada uno por el cuello de la levita y sacudiéndolos con frenesí les dijo:

—Os he convidado acaso para que con tal desvergüenza os sentéis en mi mesa?... Si con política me hubiéseis pedido para echar un trago y comer una tajada conmigo, tal vez lo hubiera concedido; pero venir con esa desfachatez y repanchigarse en los asientos... Ea, fuera, que no quiero.

Diciendo esto el hombre de la noche, los arrojò con una fuerza increíble. Saucissard, à tan brusco sacudimiento, fuè á dar con su cuerpo en las rodillas del flaco Tourinet: pero Almenor, rodando como una pelota, coje el taco del villar y, volviéndose á Creps, le amenaza con furor.

—Si no me permitis que còma con vos, tendré el gusto de habriros la cabeza por indecente y atrevido... hombre, quítese usted de en medio, porque sino lo mato... La mano me está ya echando fuego... idos de aquí, hombre, mirad que soy un hércules...

—Ah! sois un hércules?.. Pues bien, yo quiero verlo; replicó Creps corriendo á Almenor, arrancándole el pedazo de taco y tirándolo al aire.

Pero, valgame Dios! el taco fue á dar de lleno (y digo que venia echando chispas) en la cara de Saucissard, el que dando un doloroso grito, cayò al suelo llevando en pos de sí al pobre Tourinet, que habia perdido el equilibrio á tan repentino movimiento.

Mientras que Pepito y el doctor pateaban en el suelo deshaciéndose el uno del otro; Almenor, furioso porque le han quitado el palo, coje un taburete y tíraselo á Cresp; el cual, evitando el golpe, hizo caer el pesado

banquete encima de los dos pròjimos que se revolcaban por el suelo. Nuevo y doloroso grito del sàbio y mugriento Saucissard. Mr. Pepito no hacia mas que gritar que lo ahogaban. Almenor busca con los ojos otro nuevo objeto que tirarle á su contrario ; pero esta vez el hombre de la noche no le dá tiempo ; y corriendo à él , cójelo por medio del cuerpo y tiralo brutalmente contra la pared. El hijo de madama Michelette hace una mueca terrible del dolor que sintiera ; pero antes que pudiera recobrar el equilibrio , el Amante de la luna lo coje por las piernas , como si fuera un muñeco , y llevàndolo hàcia la ventana, sacàndolo por ella , le dice sonriéndose:

—Ea , señor hércules , ahora vá usted á volar como Mercurio ; conquie , prepárese usted ; à una... à dos... à...

—Eh! amiguito , paraos , gritò temblando Almenor , lívido como un cadáver , viéndose suspendido quince pies del suelo. Párese usted, caballero... me doy por vencido... y pido cuartel... yo no soy mas que un canalla que os ha insultado... conozco mi error... y...

—Bueno , con tal que conozcais vuestro error y que confeseis sois un mandria...

—Lo conozco y lo confieso à boca llena.

—Pues ya se acabò todo.

—Sois un bravo, amigo mio; exclamó Almenor, así que se vió pisando tierra firme y estrechando con profusion las manos de Creps. Sois un bravo... sois el hombre de Diógenes. Un hombre completo, en fin: lo que es por mí ya soy vuestro amigo... Pardiez! vuestro amigo íntimo. Si, quiero vuestra amistad á muerte ó vida... nosotros ya nos entendemos, somos un par de piezas buenas... somos desde este momento Castor y Polux... Yo seré Castor, es verdad?

—Pero, hombre, vos no me conocéis... interrumpió Creps sonriéndose.

—Sí, hombre, vive Dios! si os conozco. Se lo que sois y lo que valeis... y seré muy dichoso con llamarme vuestro amigo, y lo declaro, si gustais, á gritos pelados por las esquinas.

—No tanto, en vez de ir á gritar por las esquinas, sentaos conmigo á la mesa, y comerémos y beberémos juntos... Yo soy el que os convida ahora.

—Y yo acepto con mil amores, mi querido... mi querido... vuestro nombre lo ignoro...

—Creps.

—Mi querido Creps. Vamos, levante, Saucissard, el invicto Creps nos convida á su fes-

tin... Vamos , anda , y vos tambien , vecino Tourinet.

Saucissard , arrinconado , tenia aun el pañuelo contra el ojo izquierdo , porque el pedazo de taco , arrojado con violencia por el hombre de la floresta , estuvo á pique de dejarlo tuerto , mientras el infernal taburete vino de refresco á levantarle un bollo en la calavera. Sin embargo, haciendo horribles gestos y contorciones , se acercò á la mesa y se sentó. El Amante de la luna hizo al muchacho traer mas vino y mas pasteles , los que devoraron los nuevos convidados con un hambre canina.

El hombre de la noche no comia ya ; pero en su defecto se tiraba buenos vasos de Champafia.

Media hora haria que estaban comiendo y bebiendo , cuando notaron que José Tourinet no habia acudido al llamamiento. El ex-profesor de música estaba sobre un banco echo un tronco.

—Vamos , Josè Tourinet , venid acà... bebereis y comereis en compaña del invencible Creps... hoy debe ser un dia completo. No es verdad , Saucissard? cuando olvidarèmos la generosidad y munificencia del señor?

—Nunca , contestó el sábio , mucho menos en las terribles horas de carpanta.

—Y vea usted, continuò el hijo de madama Michelette, vea usted como hemos tratado nuestra amistad à porrazos y cachetes: oh! los valientes asi se unen y conocen. Sí, amigo Creps, os doy palabra de caballero de que probareis el escelentísimo vino que la madama Michelette tiene encerrado... Motivo por el cual Saucissard y yo hemos estado tan indignados hoy... oh! pero ya sitiaremos la bodega y la conquistaremos... ¿eh, señores? le enseñaremos á madama Michelette nuestra pericia militar... Guerra á sus vinos, guerra á sus conejos, guerra á sus gallinas, guerra á todo cuanto sea comestible; y paz á nosotros que los tragarémos acompañados de buenos vasos de vino.

El Amante de la luna, viendo que se acercaba la noche, levantase, y pagando el gasto de aquel dia, se retirò á sus paseos.

Como ya hemos dicho, José Tourinet estaba echado sobre un banco como un tronco. Saucissard se tambaleaba del mucho Champaña que habia bebido; lo que es Almenor estaba firme como una roca: (el tal hijo de madama Michelette era una cuba andando).

No podeis figuraros, amado lector, lo que costó que el flaco Tourinet pudiera ponerse en pié: por fin, lo hace aunque con mil peninos

y dificultades ; el jóven Almenor lo cojió de un brazo , à Saucissard de otro , y todos tres salieron de la hostería , poco menos que à remolque.

Pocos momentos despues José Tourinet entraba en su casa, donde hacia tiempo que Periquito lo esperara llorando por su ausencia.

Almenor y Saucissard se retiraron á dormir la mona , en casa de la gorda mamá.

Asi terminó aquel festivo dia.



El baile de las coristas de la ópera.

ISIDORO, despues de aquella noche que tan felizmente pasara, al pié de la ventana de la bella Emelina, noche feliz, en que supiera era correspondido: oh! desde aquella hermosa noche el jòven doncel se conceptuaba el mas dichoso de los mortales, sus ojos radiaban de la alegría mas pura, y una continua sonrisa de satisfaccion se pintaba en sus làbios. No hay nada que en este mundo embellezca tanto como la dicha. De modo que nuestra habitual

belleza depende de las caricias y cariños que nuestras amadas nos prodigan. Y por qué no nos las han de prodigar continuamente? Picaronas!

No creais que, porque Isidoro amase tanto á Emelina, estuviera con Felicia menos amable, todo lo contrario, nunca estaba con ella mas amable, mas cuidadoso y mas zalamero. Pero la hermosa Felicia recelaba mucho y le pedia à su amado mas amor, mas pasion y menos cariños y requiebros.

Por fin, llegó el deseado y famaso sábado: á las ocho de la noche Bouchonnier aseado, peinado, remilgado y perfumado, cual una niña del conservatorio, entraba en casa de su primo.

El jóven Isidoro estaba aun aviándose. El marido de Elmonda, loco como un chiquillo, se sentó en una butaca.

—Isidoro, dijo, me parece que tenemos tiempo todavia. Toma, lee ese billete que acabo de recibir.

—Anda, leelo tú mientras concluyo.

Bouchonnier desdobló el billete y le leyó:

«Caballero: aunque sois un picaronazo, no me ha intimidado eso para dejar de escribiros. Me gustan los picaronazos mucho; y soy aun

bastante jòven para tener mis caprichos amorosos. En fin , os he visto diferentes veces y he deseado encontrarme alguna vez á solas con vos. Me parece que como caballero que sois no rehusareis à mi súplica , ni desatendereis mi invitacion. Mañana domingo vais á los Campos-Eliseos , tomais por la alameda de Viudas, y en casa de un tal Petit-Moulin, preguntareis por madama de Nápoles. El tal os conducirá al gabinete en que os aguardo. Mirad , caballero , que os espero ; y os suplico que vayais ; pues no saldreis arrepentido.»

—No tiene firma. Què te parece , Isidoro? no te dije yo , en cierta ocasion , que recibia anónimos declaratorios amorosos? pues ya lo vez.

Isidoro cojiò el billete , observó la letra y murmuró:

—En efecto , viene dirigido à ti... mas esto no prueba nada.

—Como que no prueba nada!.. pues es friolera! prueba evidentemente que las mujeres se pirran por mí.

—Además , querido , ese billete puede ser una farsa , una mistificacion... no es bueno fiarse de anónimos , y tambien...

—Y tambien qué?... acaba, di lo que sien-

tas ; yo no me amosco por nada , tengo mas correa que san Agustin.

—Pues bien , ciertos hombres que por parecer mas enamorados y preferidos... ellos mismos escriben billetes amorosos... anònimos declaratorios...

—Y me crees á mi capaz de eso?

—Hombre , yo no digo tanto.

—Ya , pero lo imaginas. Pues bien , para que tú veas la verdad ò la mentira por tí mismo, voy á hacerte una proposicion. Cojes este billete y vas á la cita en mi lugar. Te cedo de buena gana á madama de Nápoles , á la que no conozco ; y ya ves que en su billete se llama jòven y linda... Conqué vamos, qué dices?

Isidoro reflexionò un momento: la proposicion de Bouchonnier era bastante singular. No se hallaba en el caso de adquirir nuevas relaciones ; y sin embargo , desea ir ; porque le parece que madama de Nápoles será algun vestiglo femenino , alguna, mas fea que quince mil pares de demonios, y quiere ser el primero en reir la ocurrencia. Por otra parte , el jòven jamás habia recibido billetes declaratorios y no podia creer como fuera que las bellas hijas de Adan , prefirieran de tal modo á su panzudo pariente.

El resultado de la reflexion fué , que Isi-

doro apretò la mano de Bouchonnier , y lleno de alegría exclamó:

—Venga ese billete. Yo voy.

—Iràs à casa del tal Petit-Moulin.

—Iré.

—De veras?

—Como lo oyes.

—Es que sino vas... yo iré.

—No hablémos mas de eso. No digo las cosas dos veces.

—Ea , pues toma , chico , Dios te dè un buen dia con la napolitana... Pero , mira , dame palabra de...

—De qué?

—De contarme circunstanciadamente todo lo que ocurra con la tal madama.

—Te lo prometo.

—Convenido?

—Convenido.

—Pero , mira , querido , si es alguna farsa ò mistificacion... no respondo: ¿oyes?

—Tranquilizate , estoy dispuesto à todo.

—Entonces se terminó el negocio.

Y Bouchonnier sonriéndose , entregó al jóven doncel el billetito de madama de Nápoles.

Media hora despues entraban los dos en casa de la hermosa Felicia.

La linda morena tenia un traje de baile, tan primoroso y escogido, que le daba á su persona, à mas de lo ordinario, un aire seductor è irresistible.

Bouchonnier se quedó atónito; su corazon palpitaba precipitadamente, y exclamaba:

—Vive Dios! y que guapa, que hermosa!.. si la tal madama de Nápoles fuera tan hermosa, no cedia yo mis billetes... ay! Felicia, quien te comiera... tus ojos.

En cuanto á Felicia hizo un amabilísimo saludo á Bouchonnier, dirijiéndole algunas miradillas amorosas y revolucionarias, de esas que son capaces de incendiar nuestro corazon, principalmente si nuestro corazon está hecho una manteca. La linda morena le pide parecer al panzudo caballero sobre su vestido, sobre su peinado, sobre su talle en fin. El marido de Elmonda está chochito, y se cree ya un rival efectivo de su primo Isidoro. En cuanto à este acostumbrado al carácter de Felicia, no estrañaba nada; intimamente convencido de que su querida tenia el gusto muy delicado para pagarse de hombres tan tripones.

—Partamos ya, dijo Felicia ofreciendo su mano à Bouchonnier, que, cojiéndola con avidez, no hacia mas que estrecharla al bajar la escalera.

—Vamos, madama, á casa de alguna amiga vuestra? preguntò Bouchonnier subiendo á la berlina.

—Si, señor.

—La conozco yo?... Ha estado alguna vez en casa de madama Mirobelly?

—No lo sé de fijo... tal vez.

—Como se llama?

—Hoy dia se llama la condesa Boursicoff.

—Diablo!... esa es sin duda una dama rusa.

—No diré yo tanto.

—Y esa condesa se trata con coristas de la ópera?

—Oh! las aprecia mucho.

—Pero, querido Bouchonnier, interrumpió Isidoro sonriéndose; no has oido que madama Felicia ha dicho: «*Hoy dia se llama la condesa Boursicoff.*» Luego es probable que antes llevara otro nombre.

—Es indudable, contestó Felicia mordiendo los labios por no soltar una carcajada.

—A mí me es enteramente igual, contestó Bouchonnier. En vuestra compañía iria á ver damas; no digo rusas, sino chinas, turcas, griegas y salvajes tambien... oh! me parece que me habian de gustar las mugeres salvajes, solamente por sus cálidas costumbres. Já! já! já!

Por último, la carretela paró en la calle

Samson , delante de una hermosa puerta cochera , perteneciente à una de esas casas elegantes , construidas sobre las ruinas de Wauxhall: sitio donde tuvieron lugar tantas fiestas campestres , tantas comidas de campo ; sitio hermoso que ofrecia al público honrado y laborioso, momentos de descanso y placer ; en el cual habia un inmenso salon donde tuvieron lugar mil conciertos , mil asaltos de esgrima y mil bailes de máscaras , mientras los jardines y bosquecillos fueron testigos de *otras mil cosas...* Pobres jardines públicos!.. desapareceis repentinamente para dar lugar á la construccion de las casas ; la arquitectura invade todo Paris y puede llamarse feliz si conserva por mucho tiempo los boulevards.

—Madama Boursicoff? preguntò Felicia al conserge.

—En el quinto piso , la escalera de la derecha , en el último corredor.

—Vaya , que la señora condesa vive en el primer piso bajando de las nubes ; dijo Isidoro frotándose las manos.

—En el dia de hoy, replicò Bouchonnier, los últimos pisos son los mejores y mas cómodos. Sobre todo , mejor vista. Y la moda es vivir lo mas alto que se pueda.

—Sí , eso está muy bueno , pero debian

tener una garrucha en el balcon y subir à las visitas en un canasto... ó en globo... como en las minas.

—Es probable que , visto el estado de progreso en que vivimos , se ocuparan pronto de esto ; y dentro de poco se inventarán máquinas que reemplazarán á las escaleras... porque no hay duda que las escaleras son terriblemente incòmodas.

—Y fatigosas , exclamó Isidoro que seguia à Felicia y á su primo.

La escalera de la casa habitada por Tintin, á pesar de ser muy larga , estaba , sin embargo , sumamente clara. Al llegar al tercer piso, ya se apercibia un guirigay de instrumentos y voces.

—Parece que las lindas niñas han empezado ya... dijo Bouchonnier... Creo que están cantando un coro de la Semiramis.

—Me parece que no. Opino que gustan mas del baile que del canto , contestó Felicia.

Por fin, llegaron al último piso. Bouchonnier corrió á empujar una puerta. Felicia lo detuvo.

—Aguardad: es preciso llamar antes.

—Es verdad , se me olvidaba , y debémos disponernos antes y preparar el corazon... por que no hay duda, que ver tantas mugeres reu-

nidas y todas bellas... debe hacer una revolucion completa en nuestro individuo.

Bouchonnier sonó la campanilla: de pronto cesó el ruido y un general silencio reemplazó al anterior bullicio.

—Ya podemos entrar, dijo Felicia.

El marido de Elmonda empujó la puerta y se encontró con un corredor estrecho y opaco que servia de vestuario. Paletós, capotas, chalecos, esclavinas, todo está, no solamente colgado, sino tirado en el suelo: por consiguiente, era indispensable luchar ó nadar por entre tanto trapo.

Como quiera que Bouchonnier llevara à Felicia de la mano, todas las puertas que veia se le antojaban ser la del salon.

—Esta es, abrámos y entrémos.

En efecto, abrieron la primer puerta que encontraron, era la de una espaciosa cocina completamente desprovista de sartenes y caserolas.

—Pues no es esta.

Vuelta á caminar.

—Oh! esta sí que es (abriendo una puertecita que estaba á la izquierda). Calla! pues si es el patinillo.

Dichosamente el jòven Isidoro reparò una primorosa mampara, empujó el boton y se en-

contró en el magnífico salon de baile. Casi toda la reunion estaba apiñada allí. Una infinidad de damas de todos tamaños y hechuras, de todas edades y coloridos, blancas y morenas, rubias y pelinegras, chatas y narigonas, gordas y flacas, vivarachas y sosas, chocantes y seductoras, frias y ardorosas, sábias y tontas, alegres y melancólicas. Oh! amado lector, allí habia donde escojer en grande.

Pero eso sí, en todos los rostros, fueran del género que fuesen, se veía un mismo deseo, un mismo sentimiento; el de divertirse y gozar del tiempo precioso que tan felizmente se presentara.

Mas no se crea que todas fueran damas de teatro, no señor, las habia jóvenes, guapas y pertenecientes á otras artes, tambien muy recomendables.

De modo que entre ellas se veian á la grande Aglaura (la que tenia honores de cosaco) á la apellidada Leonis, á Antonina, á Zizi Petard, en fin, que se llamaba entonces madama Leandra.

En cuanto á los caballeros los habia de todas clases y condiciones; però lo mismo que entre las señoras, reinaba entre ellos la mas completa armonía.

La llegada de Felicia produjo un bello efec-

to. Bouchonnier entró y empezó á mirar á su alrededor.

—Calla!.. la grande Aglaura... toma, Antonina... digo, la Leonis... Ay Dios mío! que no vea yo entre ellas á... diablo! donde está la condesa de Boursicoff?

—Ya vendrá: respondióle Felicia.

—Estará sin duda en esa otra pieza... replicó Bouchonnier dirigiéndose á ella.

—No, no os vayais; teneis que bailar conmigo.

—Con mil amores, divida Felicia.

—Señores, á quien le corresponde tocar ahora el piano para el rigodon? preguntó una bella morena, de cuerpo hechicero y voluptuoso, y mirada atrevida y ardiente.

—A mí, señorita, contestó un jòven levantándose y corriendo al piano. Formad la cuadrilla.

Isidoro, viendo á Felicia con Bouchonnier, se dirigió á un grupo de coristas, y sentándose junto á una rubia, pequeñita, de una elasticidad indefinible, y de una seducción instintiva, empezó á dirigirle mil flores y galanteos.

En un instante se formó la cuadrilla, á pesar de ser la sala no muy grande. Pero no pudiendo formar dos, por esta circunstancia, se

hizo que la primera y única fuera de tomo y lomo: la cadena inglesa se bailaba á veinte, ó veinte y cuatro, algunas veces á treinta y dos. Como quiera que Bouchonnier no estuviera acostumbrado à esta manera de figurar, se hacia un lio y no sabia donde ir ni venir, atropellando à todos y atropellándose él tambien; de modo, que á fuerza de apuros y rodeos, no llegaba á obtener á su pareja hasta la última figura.

—Sois galantísimo, caballero, le dijo la linda morena, me dejais hacer sola la pastorela... De modo, que à no haber sido por un caballero que tuvo la bondad de acompañarme, me hubiera visto sin pareja.

—Bella dama, no ha sido la culpa mia; me ha sido imposible llegar hasta vos, por mas que he hecho... pero con tanto tropel... era un batallon batiendo en cuadro... Y la condesa de Boursicoff?

—Paciencia, ya vendrá: ¡Ave-Maria! no pensais mas que en esa dama!

—Perdone usted, señora... pero es en otra en la que pienso... otra que vos la conoceis bien... otra que me tiene puesto el pié sobre el pescuezo... No adivinais quien?

Felicia iba á responder al barrigudo caballero; cuando reparó en Isidoro que continua-

ba tan rendido con la corista de la ópera: soltando entonces el brazo de Bouchonnier, corre à su doncel, y cojiéndolo por el brazo, le hace á viva fuerza abandonar el puesto.

Algunos murmullos de admiracion, salidos de la pieza inmediata al salon, anuncia á los concurrentes pasaba allí alguna cosa de nuevo. Todos corrieron allí: Bouchonnier lo hizo tambien; cuando una dama alta, bastante linda en verdad, y vestida con suma gracia y gallardía, le dirige una mirada irónica y lisonjera al gordo señor: este se quedó helado: acababa de reconocer à la Tintin.

—Me alegro mucho de encontraros en mi reunion, dijo la dama haciendo una profunda cortesía.

—Vuestra reunion!.. balbució Bouchonnier. Como!.. no comprendo... es que...

—Sí, señor, yo soy la condesa de Boursicoff.

—De cuando acá?

—Desde que he heredado un chaleco de franela y lo he puesto en rifa.

—Señora... os... chanceáis?

—Es la verdad. Ya no me llamo Tintin, como antes, sino la condesa de Boursicoff; es un nombre ruso que he adquirido. En cuanto al chaleco que me refiero no lo dudeis que es

positivo: lo he puesto en rifa, y sino, para que os convenzais, entrad y leereis.

En efecto, Bouchonnier, inquieto hasta lo infinito, entró en aquella especie de gabinete, y sobre la mesa de noche, habia una infinidad de papeluchos, entre estos debia estar sin duda el anuncio de la rifa; y el gordo señor empieza á buscarlo con mano trémula. Para colmo de su desdicha la diabólica Leonis entrò tambien en el gabinete y empezó á buscar.

—Este es, exclamó sacando uno de medio pliego. Señores, lo leeré recio para que todos se enteren.

—Ah perra! murmurò Bouchonnier; que no te quedáras muda!

—Atencion.

«La señora condesa de Boursicoff, tiene el honor de prevenir à su tertulia que, con el objeto de iluminar su escalera con quinquès y reverberos de moda, ha determinado hacer una rifa. El billete será á medio franco, debiendo haber cien papeletas. Lo que se rifa es un chaleco de franela, perteneciente à un caballero muy conocido en Paris. Las personas que tomen diez billetes, tendràn opcion à examinar el susodicho chaleco.»

Carcajadas terribles de aprobacion, reso-

naron por todas partes. El pobre Bouchonnier estaba hecho una escarlata y á punto de dar un estallido.

—Ah! Tintin, dinos el nombre del caballero del chaleco...

—Sí, sí, su nombre, su nombre: gritaron las coristas de la ópera.

—Con eso veremos si se merece que juguemos á su chaleco.

—Señoras, continuó Tintin, si conocierais al individuo á quien el chaleco pertenece... (la dama se detuvo).

—Sí, sí, dínos su nombre pronto; al momento.

—Señoras, mas tarde tal vez lo diga... eso depende de las circunstancias... Vamos, bailémos la polka.



El baile de las coristas de la ópera.

[Continuación.]

LA reunion volvió al salon. Bouchonnier se quedó en el gabinete hecho un papanatas , y en un terrible devaneo. Se preguntaba si Felicia estaria de acuerdo con Tintin al llevarlo al baile , ò si seria una casualidad. Mas de una vez estuvo tentado de irse ; pero lo detenía un inconveniente , y era , tener que atravesar el salon , y repararian todos entonces su subita desaparicion y adivinarian era él el propietario del chaleco. Huvo tambien un mo-

mento en que determinó meterse bajo de la cama y estar allí escondido hasta que todo el mundo se hubiera marchado. Fatigas mas grandes, con dificultad las pasa nadie. En estas reflexiones y aglomeraciones de ideas, se llega á él Tintin, y apretándole su mano le dice:

—Vamos, caballero, se va á walsar, y como sé que os pirrais por ese baile...

—Tintin!.. condesa de Boursicoff... sois terrible, cual ninguna, en vuestras venganzas... Qué os he hecho yo para que me trateis así?

—Vos me habeis engañado, amiguito, y quiero haceros saber que á mi no me engaña nadie impunemente.

—Os juro que mis intenciones son las mas...

—No tengo nada que ver con vuestras intenciones, sino con el schal azul.

—Lo tendreis, Tintin... lo tendreis.

—No me fio de vuestras palabras.

—Os lo juro por mi honor, mañana sin falta os lo traigo.. ahora, lo que es el color no puedo fijarlo.

—El color me es indiferente, lo dejo á vuestro gusto.

—Pues entonces, amiga mia, os suplico

que rompais ese maldito papel , y digais à la reunion que esto no ha sido mas que una broma.

—Poco á poco , caballero , dispensad , pero no puedo decirlo ; sois un embustero y no me fio... necesito que me deis una prenda en depósito... y sino me la dais , voy á decir que el chaleco es vuestro ; casualmente las iniciales que tiene son T. y B.: es decir , Tiburcio Bouchonnier.

—Pero , por san Luis! qué quereis que os dé?

El pobre señor estaba à pique de arrancarse los cabellos ; cuando he aquí que Tintin le repara en la mano izquierda una excelente tumbaga.

—Ea , ya teneis que darme en rehenes... esa tumbagaba que llevais en el dedo.

—Esta tumbaga!... imposible! es el arras de mi esposa... un obsequio durante la luna de miel.

—Pues , señor , lo dicho... vuestra luna se me importa un bledo.

—Creedlo , señorita , es imposible; deshacerme de esta sortija , seria la señal del divorcio.

—Creeis , caballero , que yo trate de quedarme con ella. Quiero solamente conservarla hasta tanto que me traigais el schal... ahora

bien , si no cumplierais la promesa , entonces si que iria à vuestra esposa y le decia donde estaba vuestra sortija.

—Oh! no , por Dios. Tened , cara amiga, guardadla y mañana sin falta me la devolvereis cuando os entregue el schal.

—Dadmela. Negocio concluido.

—Pues bien , romped el papel.

—Al momento.

Bouchonnier se quitó la tumbaga y la entregó á Tintin: esta , por su parte , corrió á la chimenea é hizo pedazos el papel. El panzudo caballero respirò con mas desahogo.

—Caro me cuesta... pero es preciso pasar por todo para obtener... ah! se me olvidaba.

Bouchonnier corrió de nuevo à la Tintin.

—Una palabra , madama Boursicoff.

—Hablad , querido.

—Espero que cuando me devolvais la tumbaga , me dareis tambien el chaleco de franela.

—Oh! lo siento , pero me es imposible.

—Imposible! y porqué? por estar en rifa?

—No , caballero. Lo de la rifa ha sido una broma... puesto que el chaleco hace tiempo que no lo tengo en mi poder... lo he lavado...

—Lo habeis dado à lavar? gracias, salada,

en verdad, estaba ya algo sucio... pero eso què impide para que me lo devolvais?

—Vaya, no sois *colas* y así no comprendéis nuestro lenguaje: nosotras por *lavar* entendémos *vender*; de modo, que quiero decir que lo he vendido.

—Vendido!

—Sí, señor, un día que me hacian falta unos cuartos...

—Os burlais, querida? quien diablos habia de dar por él ni medio franco?

—Siento mucho lisongear vuestro amor propio; pero la verdad, caballero, lo he vendido. Una dama, sabiendo que era vuestro, me ha dado quinientos francos... ya comprendereis que lo solté al momento.

Bouchonnier contemplaba á la Tintin admirado y estupefacto.

—Quinientos francos! repetia, vamos, es imposible.

—Pues no es mas que la verdad.

—Oh! es particular!... Y esa dama se lo ha puesto interior?

—Tanto como eso no os dirè, pues no me lo ha participado.

—Desea por ventura tener chiquillos?

—Os repito que no sè el uso que de él quiera hacer la dama. Y tal vez, como decís,

vuestro chaleco tiene la habilidad de hacer chiquillos? Vive Dios! que si tal hubiera antes sabido, lo hubiera vendido mas caro.

—No, no lo digo por eso; pero no me negareis que hay mugeres supersticiosas... que tienen fé en esos agujeros... En fin, no hay duda que ésta pasion por mi chaleco de franela, es sumamente lisongera para mí y...

—Y si un dia me dejais vuestros colzones, à proporcion, encontraré otra que me dé mil escudos. Anda, Bouchonnierito, dame, pichon, tus calzones; anda, quiero hacer negocio completo.

—Vamos, no os burleis mas, y decidme quien es la dama que tan caro ha pagado mi chaleco de franela.

—Oh! eso no, seria cometer una indiscrecion terrible... basta con lo dicho.

—La conozco yo?

—Y bastante.

—Está aquí en la reunion?

—Quien sabe.

—Serà alguna corista... es indispensable que sea una artista para tener esa estravagancia... para dar quinientos francos por el chaleco que su adorado chacho ha llevado á la raiz de las carnes.

—Os equivocais de medio á medio, las co-

ristas como decís, no hubieran dado ni un ochavo por él.

—Entonces será...

—Es inútil que lo imagineis... no dareis con ella.

—Pues nombrádmela, nombrádmela, hermosa Tintin.

—Y qué me dareis?

—Lo que querais.

—Una elegante esclavina, además del schal.

—Contad con ella.

—Pues bien, la dama que tan caro ha pagado vuestro chaleco, es Felicia, la querida de vuestro primo.

—Felicia!! esa divina morena!.. será posible! Tintin, por piedad, no me engañéis.

—No digo las cosas mas que una vez; es Felicia.

—Oh! cielos! soy el hombre mas feliz del mundo. La verdad, madama, cuando entré aquí, creí que estabais de inteligencia las dos... visto el empeño que tenia en que yo viniera.

—Pues nada, caballero. Felicia ignora completamente nuestras *sensibles relaciones*; la he dicho que me llamo la condesa de Boursicoff, y no ha preguntado mas.

Bouchonnier no quiso oír mas: su alegría era estrema, su gozo completo; corre al salón

de baile y busca á Felicia con denuedo. Ya tropieza con este, ya empuja à aquel, ya le pisan un cayo, ya le echan un bombro abajo: tal era el panzudo caballero metido entre los danzantes, buscando á su encantadora Felicia; y en medio de su atolondramiento, no reparara que fuera ella la que le diera un terrible codazo que lo incomodara bastante. Por fin, el barrigudo doncel se llegó à Aglaura y le preguntó:

—Y Felicia? donde está Felicia?

—Etais ciego? contestò Aglaura, no la veis walsando con su amante.

—Ah! sí, ella es.

—Y ese maldito Courtinet que no viene!.. me dijo que aguardaba al sastre con unos pantalones nuevos y que vendria en seguida...

Bouchonnier no escuchaba nada, y habia vuelto á internarse en el corro. Leonis, viéndolo tan embarazado y aturdido, se llegó à él y le dijo:

—Hola! parece que se anda afanado.

—En efecto, tengo una cosa terrible que me preocupa...

—Tal vez alguna corista...

—No lo creais.

—Será entonces Zizi Petard... Ah! no sabeis que se llama hoy dia madama Leandra?

Andad con cuidado no os pesque el amado.

Por último, finalizò el wals y Bouchonnier corriò á una ventana, en cuyo canapé estaba Felicia descansando.

—Aquí me teneis, hechicera criatura... aquí teneis al mas dichoso de los mortales... en este momento no me cambio ni por Napoleón, despues de la batalla de Austerlitz... Lo se todo...

—De veras? dijo Felicia sonriendo, veamos que sabeis.

—Los sentimientos que he tenido la dicha de inspiraros...

—Cómo?..

—Sentimientos de amor... ilusorios y...

—No comprendo...

—Sí, lo se todo... el chaleco de franela... los quinientos...

Felicia estuvo á pique de soltar una estrepitosa carcajada; mas en un momento pensó lo que Tintin pudiera haberle dicho, y las ideas que esta llevara: y conociendo que aquella incidencia protejia sus miras y que podia à favor de ella enterarse si Isidoro era efectivamente amante de su prima, como se figuraba, mordiòse los labios y aparentando suma timidez y ruborizacion, contestòle bajando la voz infinito:

—Pues bien, caballero, siendo así que sabeis también mis más ocultos pensamientos... os encargo la discreción y la reserva.

—Descuidad, madama.

—Y estareis siempre dispuesto á complacerme?

—Cada instante... de día, de noche... por la mañana, por la tarde...

—Está bien: uno de estos días pienso ir á Corbeil... os diré cuando.

—Dios divino! los instantes se me van á hacer siglos.

—Silencio, que llega Isidoro.

—Es justo, seré tan prudente como una culebra.

Un ruido inmenso y una algazara terrible se oyó de todos los extremos del salón. Los caballeros reían á más no poder; las señoras reían también, pero acompañadas de un horroroso guirigay. Qué cosa pues motivaba aquella repentina jarana? La llegada del deseado Mr. Courtinet.

En efecto, el tal caballero, que esperaba los pantalones, era el que causara aquel movimiento general. El pantalón que traía dicho señorito, era de gasa y sumamente claro. Por supuesto, nada de calzoncillos blancos y la blusa que traía era tan sumamente corta, que

el chistoso jovencito lucia perfectamente muslos y pantorrillas.

—Bien, muy bien, decian... està el hombre original!.. si estuvièramos en carnaval, pase... y con todo...

—Pero, señores, decia Aglaura corriendo de un lado à otro, qué tiene eso de particular?

—Nada, chica, podia venir encueros.

—Para lo que le falta.

—Vamos, es una farsa ocurrente del caballero Courtinet, exclamó Tintin muerta de risa de ver las patitas del caballero. Además, no estàmos entre gazmoñas ni beatonas. Nada, siga la broma: caballero Courtinet, quiero bailar con vos una contradanza... vuestro pantalon tiene una cierta cosa que me ha dado flechazo.

—Ay! santo Dios, esclamó una corista, con la danza se le vá á romper el trasparente pantalon.

En efecto, no tardò mucho en cumplirse la prediccion de la corista: tanto, que lo mandaron salir à fuera y le prohibieron la entrada como no trajera un redingote que le llegara hasta los tobillos; con infinito disgusto de su querida Aglaura, que protestaba no tenia su amado nada de indecente, supuesto que lo envolvía aquel velo misterioso.

El amigo Courtinet encontró casualmente un redingote á propósito en el corredor, y volvió con él á la sala, dandose la importancia de un juez togado.

Un momento despues dieron las tres de la madrugada y la reunion bajó al piso inmediato para el ambigü; supuesto que estando vacío, el conserge habia permitido se efectura allí.

Elcuarto tercero habia sido preparado brillantemente, en proporcion á los concurrentes y al precio de la suscripcion. Viandas esquisitas y delicadas, y licores finos, amenizaban aquella divertida soireé.

Isidoro, aunque su corazon, su pensamiento, su alma toda estuviera siempre embebida en la hermosa Emelina, sin embargo, embromaba y divertíase á mas no poder: si bien es verdad que la divina Felicia no le permitia hacerlo así, como él quisiera; pues sus escesivos celos no la apartaban un momento de su lado.

El mismo Bouchonnier, tan tímido y temeroso en un principio, al fin se despabiló, y viendo que Felicia seguia con Isidoro, y creyendo fuera aquello una especie de reserva, se pronunció por la Tintin; la que estuvo tambien muy propicia; en consecuencia de lo

cual creemos no le disgustàra la escena que fuè causa de la pérdida del chaleco de franela.

Por último, cada uno bajò con su cada una; pues aquella noche, todas encontraron quien las obsequiase y con quien pasar el rato. La suculenta cena animó á la reunion mucho mas de lo que estuviera. Huvo sus canciones chuscas, sus coplillas revoltosas, cuyos coros verdes (no eran celestes por cierto) los repetian todos á una voz y con unos gritos desaforados. Concluida la cena y agotados los licores, todos se conocian, todos eran amigos, todos se abrazaban, se besaban... &c., &c.; solamente diré (y terminaré con esto el segundo tomo) que creo no habrá habido una reunion que haya presentado ni mas igualdad... ni mas animacion... ni tanta franqueza, como el baile de las coristas de la ópera, dado en Paris, en la calle de Samson número 3.

Fin del tomo segundo.

UNIVERSITY OF CHICAGO

1911

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
PUBLISHED BY THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO, ILL.
1911

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO, ILL.

¡Dos cuartos el pliego!!!

BIBLIOTECA ECONÓMICA POPULAR.

Se publica en Cádiz un dia sí y otro nó un pliego.

EN PRENSA.

EL AMANTE DE LA LUNA.

A los SS. suscritores.

Siguiendo el editor de esta Biblioteca en el constante empeño de proporcionar á sus suscritores obras baratas y escogidas, tiene el gusto de anunciar al público, acaba de recibir de la BIBLIOTECA SEVILLANA, á mas de la *Jóven Regente*, el *Zanoni*, y *Sevilla por dentro*, la hermosísima novela de Mr. Alejandro Dumas, titulada: *El callebaro de la Casa-Roja*; y la gran *Historia de los Girondinos*, por el célebre Mr. A. de Lamartine.

El editor ha conseguido de la empresa de la *Biblioteca Sevillana*, el que no altere el precio de sus obras en esta plaza, por lo que, los SS.

suscriptores obtendrán la entrega de los *Giron-
dinos*, á REAL Y MEDIO, constando cada entre-
ga de ¡CUARENTA Y OCHO PAGINAS EN
CUARTO MENOR!!! Siendo el precio de las
demás obras, arriba citadas, el de ¡TRES
REALES EL TOMO!!!

Se suscribe en los puntos de suscripcion de
esta *Biblioteca*, y en su imprenta calle de la
Torre, número 58½.

AVISO.

Los SS. suscriptores al *Huerfano errante*
pueden pasar, cuando gusten, á recoger la úl-
tima entrega de esta interesante novela.

ERRATA.

En la octava línea del aviso á los SS. suscri-
tores, donde dice, *El callebaro de la Casa-Boja*,
léase, *El caballero*, etc.



